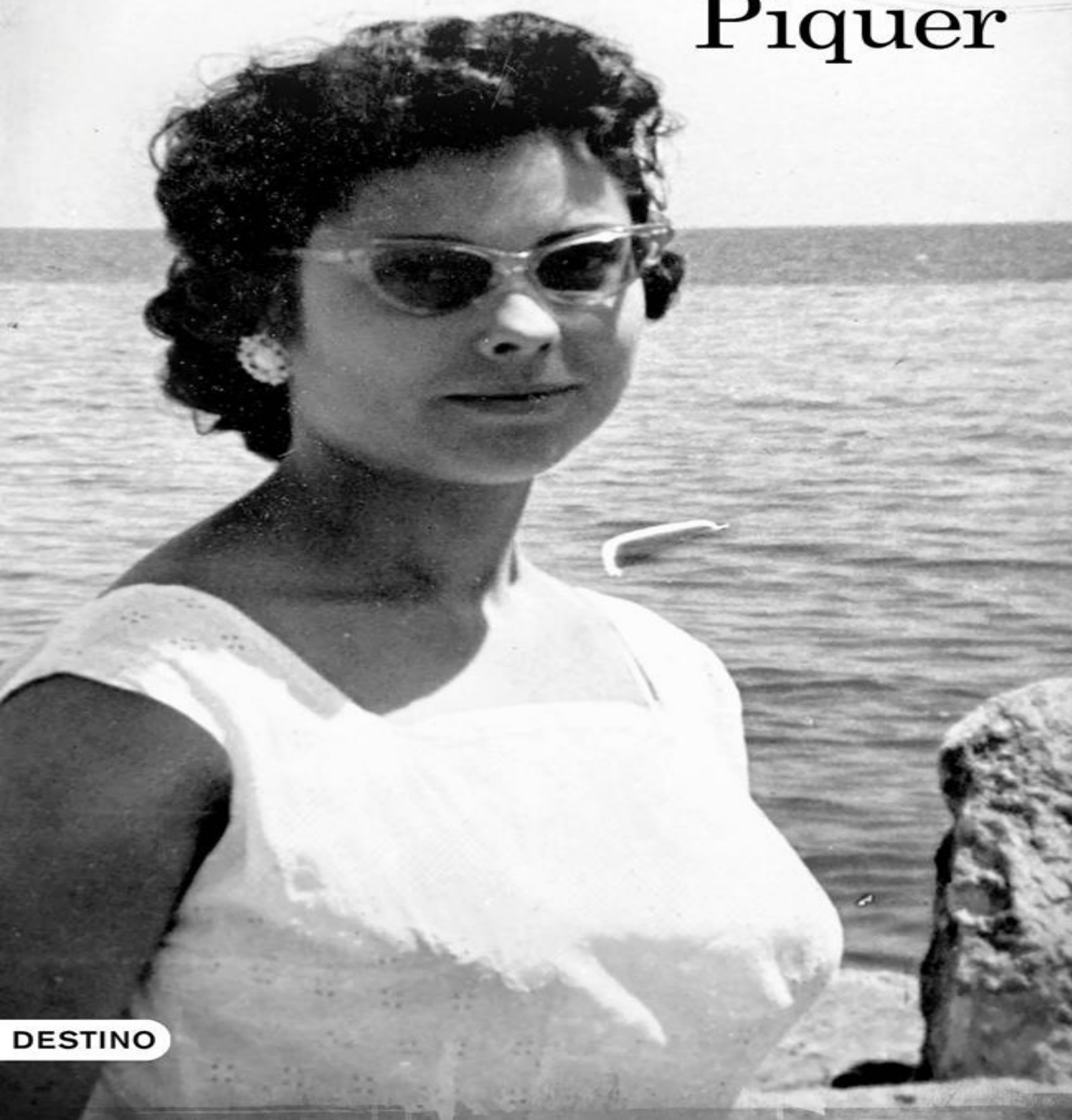




Quédate más tiempo David Viñas Piquer



DESTINO

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Mi madre me acaba de decir...](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿Qué se le puede decir a una madre mientras el alzhéimer se la lleva? Pepita Piquer conversa con amigas que fallecieron hace mucho tiempo y cree que sigue trabajando en la fábrica de caramelos de la calle Trafalgar, como cuando era joven. Una de sus obsesiones a lo largo de su vida fue que sus hijos nunca la llevaran a una residencia, pero por culpa del alzhéimer tienen que ingresarla en una, y más tarde en otra, y después en otra más.

Ante el impacto que le ha producido esta nueva situación, uno de sus hijos, profesor de literatura, decide escribir una novela. Con gran delicadeza y una profunda humanidad y ternura, convierte a varios de los residentes que conviven con su madre en personajes literarios que sorprenderán al lector. A través de una narración que destila ironía y humor, logra que la tragedia sea divertida sin dejar de ser trágica y termina descubriendo que escribir sobre su madre es también una forma de estar juntos.

Escrita en forma de breves fragmentos que se cruzan entre sí y van generando ecos a lo largo de la lectura, *Quédate más tiempo* nos descubre una sensibilidad literaria muy original, capaz de invocar a la vez la risa y la reflexión.

QUÉDATE MÁS TIEMPO

David Viñas Piquer

Ediciones Destino

Mi madre me acaba de decir que mi padre llegó tarde anoche y que mi tía Flora se ha enfadado con su amiga Anita porque ayer no quiso acompañarla a comprar un abrigo.

Mi padre, mi tía Flora y Anita murieron hace ya bastantes años.

Mi madre tiene alzhéimer.

*

No puedo quitarme la imagen de la cabeza. Entre mi hermano mayor y la cuidadora cubana bajaban a mamá por la escalera. Veinticinco, treinta escalones como mucho, no suman una escalera larga, pero a mí me pareció interminable y nunca como entonces eché tanto en falta un ascensor en esa casa. Al principio, yo estaba esperando en la calle, dentro del coche, escuchando tranquilamente la radio, pero luego tuve la sensación de que tardaban demasiado y me preocupé, así que puse los cuatro intermitentes y fui a ver qué estaba pasando. Todavía iban por el primer tramo de la escalera. Comprendí que iba a ser imposible llevarla al hospital en ese estado y llegar hasta el mostrador de admisiones, donde seguro que nuestros nervios iban a contrastar con la calma insultante con la que nos atenderían. Sugerí que llamáramos a una ambulancia. Mi hermano me dio a entender que estaba de acuerdo moviendo la cabeza arriba y abajo varias veces, sin apartar la vista de mamá en ningún momento, ni siquiera para comprobar si yo había entendido su gesto de aprobación. Marqué el número de emergencias en mi móvil y tardaron menos que nada en atenderme. Mientras esperábamos, siguió el descenso. Mi hermano sujetaba a mamá por la cadera y la animaba para que diera un paso más, y luego otro. La cubana (¿se llamaba Delia?, ¿Celia?) iba delante para frenar a tiempo una posible caída. A veces miraba hacia arriba y otras veces hacia la puerta, donde estaba yo mirándolos a los tres sin saber si era mejor quedarme quieto para no estorbar o subir algunos escalones y dejar que mi cercanía generara por sí sola la sensación de ayuda. Cuando por fin llegaron a pie de calle, sentamos a nuestra madre en un banco para que descansara hasta que llegara la ambulancia. No tardó mucho. Tendieron a mamá en una camilla y preguntaron quién de nosotros iba a ir de acompañante. Se apuntó mi hermano, seguramente porque la pregunta lo pilló más cerca de la ambulancia que a mí, o tal vez porque no quería separarse de mamá, no lo sé. La cubana y yo (Delia, seguro que Delia) seguimos a la ambulancia en mi coche y luego estuvimos horas y horas

en la sala de espera. En algún momento se sumaron mis otros dos hermanos. Serían ya más de las once de la noche.

*

—Pasad, pasad, por favor. Sentaos. Podéis usar esa silla también. Así que sois cuatro hermanos. Bueno, supongo que ya intuís lo que pasa. Se quedará aquí unos días y haremos algunas pruebas, pero parece un diagnóstico muy claro.

No estoy seguro de si dijo «muy claro» o «muy evidente», pero las otras palabras son exactamente las que pronunció el neurólogo.

*

La oscuridad es un lugar que solemos pisar con miedo escénico porque pensamos que siempre hay algo, da igual qué, que los demás esperan que hagamos allí dentro, así que lo mejor es respirar hondo, muy hondo, y asumir que tarde o temprano vamos a decepcionar a alguien.

La oscuridad que llegó con el alzhéimer me situó en la posición de tener que saber reaccionar como hijo, como marido, como padre. Demasiados frentes. Saber cómo se llama el monstruo no hace que dé menos miedo ni ayuda a prepararte para su embestida, y desde luego no te proporciona ninguna estrategia de reacción que te garantice acertar en algo. En medio de la oscuridad avanzas a tientas, improvisas, pruebas a ver qué tal te iría con esa decisión, aunque intuyes que la contraria habría sido mucho mejor.

Ahí estaba el diagnóstico, como una amenaza ya hecha realidad, como una herida que empieza a sangrar mientras la miras atónito sin tener la más mínima idea de cómo podrías detener la hemorragia.

En fin, nada que no pueda resumirse con la pregunta: ¿y ahora qué?

*

Les conté que su abuela nunca iba a dejar de ser su abuela, pero pronto iba a dejar de ser ella misma. Dije *pronto* y me arrepentí de no haber buscado otra palabra o alguna expresión que asustara menos y que tal vez hubiera evitado la pregunta de Lia.

—¿Cuánto tiempo es pronto?

Les dije que teníamos que hacernos a la idea de que cada día estaría un poco más lejos y que tendríamos que prestarle nuestros recuerdos para retenerla entre nosotros porque los suyos iban a traicionarla. Les dije que había dicho *pronto* por decir algo, pero que también podría ser que pasara todo poco a poco, que nunca se sabe, que nadie sabe nada con seguridad, ni los médicos saben nada con seguridad. Poco a poco sonaba mejor, indicaba un tránsito, daba tiempo a

despedirse. Adiviné cierto alivio en sus caras. Su abuela no era un fantasma que iba a desaparecer. Su abuela era su abuela. Les repetí que iba a seguir siéndolo, que eso nunca cambiaría. Fuimos a verla aquella misma tarde y mis hijas fueron tan cariñosas como siempre con ella, y hasta un poco más que siempre. Comprendí que tantos abrazos y tantos besos eran su manera de pedirle quédate más tiempo.

*

—¿Tú y yo dónde nos conocimos?

—En una sala de partos, mamá.

*

La ventaja de ser cuatro hermanos es que podíamos hacer relevos para montar guardia y no dejar nunca sola a nuestra madre. Aunque el problema fue cuadrar agendas. Yo puedo por las mañanas, de nueve a doce. ¿Quién viene luego? Yo lo tengo fatal. Yo peor. Ricard sugirió que se quedara la cubana la mayor parte del día y que nosotros pasáramos de vez en cuando, de visita, y así ella tendría algún descanso. A los demás nos pareció un abuso porque ya estaba previsto que Delia se quedara todas las noches. Albert creyó encontrar la solución: él vendría todas las tardes, de cuatro a ocho, y por las mañanas podríamos turnarnos los demás. En realidad, redujo el problema, pero no lo solucionó porque de doce a cuatro nadie podía adaptarse. Ricard volvió a ser Ricard: que venga la cubana. No le hizo falta decir lo que todos sabíamos que estaba pensando: le pagamos para eso. Al final pudimos desbloquear la situación porque Xavi hizo una llamada, yo otra, y los lunes y martes fueron para mí, y los miércoles y jueves para él. ¿Los viernes? Todos miramos a Ricard y nos quedó muy claro que vendría Delia.

*

Han pasado ya diez días. El médico dice que la trasladarán a un hospital muy cercano. Ya está mucho mejor, ya se parece un poco a ella. Del Hospital Vall d'Hebron al Hospital de Sant Rafael no debe de haber más de ¿cuánto?, ¿un kilómetro? Ni eso. Quince días allí, bien cuidada, y luego a casa. O tal vez no.

—¿No os habéis planteado una residencia geriátrica?

*

Creo que fue Albert quien le preguntó, porque Albert siempre pregunta, si había visto muchos casos parecidos. La enfermera lo miró con ternura, con la ternura de quien ha vivido esa escena

muchas veces pero entiende que para los demás es siempre la primera vez, y solo dijo: «Cada cuatro segundos se diagnostica un caso de demencia, con un 70 por ciento de posibilidades de que sea alzhéimer». No sé de dónde habría sacado un dato tan preciso, pero dijo lo que dijo con tanta seguridad que era imposible poner en duda sus palabras y muy fácil entender que había respondido a mi hermano de forma indirecta. Había visto muchos casos parecidos porque había muchos casos parecidos.

A mí lo de los cuatro segundos me impresionó bastante. Cada cuatro segundos. Uno, dos, tres, cuatro. Ya está, ya han diagnosticado otro caso de demencia.

¿Será alzhéimer?

*

—¿Cómo pudo irse sin decir nada?

Ya estamos con la historia de mi hermano pequeño. Según mi madre, Xavi se fue de casa hace mucho tiempo sin avisar y ella no se lo perdona.

—Pero, mamá, si Xavi estuvo aquí ayer con sus hijas y te quiere mucho.

—¿Sí?

—Sí. Mira, es este de la foto.

Mientras mira la fotografía en mi móvil, aprovecho para hacerle un comentario en voz baja a mi hija Lena. Le digo: «Pobre Xavi, que tenga esta fijación justamente con él».

Mi madre replica enseguida:

—¿Pobre Xavi? ¿Y yo qué? ¿Sabes lo que se siente cuando se te va de casa un hijo sin avisar?

*

Mi madre nació en 1933 y yo en 1968, así que me tuvo con treinta y cinco años. No sé si nació el 28, el 29 o el 30 de abril porque nunca me quedó claro; lo que sí recuerdo es que la inscribieron tarde en el Registro Civil y eso hizo que celebrara sus cumpleaños el 1 de mayo. Cada 1 de mayo volvía a contar que no había nacido exactamente ese día y todos esperábamos puntualmente esa cita anual con la anécdota antes de que soplara las velas del pastel.

Cómo cambia todo cuando las repeticiones ya no son divertidas.

*

El día antes de que lo operaran de un tumor en el hígado (fue abrir y cerrar, dijo el médico, porque no había nada que hacer) mi padre y yo tuvimos una larga conversación en el hospital. Me contó toda su trayectoria profesional, desde aprendiz en el taller de una óptica, primero en la Plaça de Catalunya y luego en la Ronda de Sant Antoni, hasta que pudo montar su propio

negocio en un minúsculo local al principio y más tarde ya en un lugar mucho más digno, donde se convirtió en un respetable óptico que podía presumir de tener como clientes a miembros de hasta cuatro generaciones distintas de una misma familia. La ilusión que desprendían sus ojos mientras hablaba, como si escucharse a sí mismo contando lo que había dado de sí su vida le hiciera tomar consciencia de que había valido la pena vivir, era tan contagiosa que me prometí un peregrinaje a todos los lugares en los que él había estado trabajando. Tardé muy poco en cumplir mi promesa.

*

—Conozco a uno de los directores. La residencia era de su madre, pero ya se jubiló y ahora la llevan entre él y un primo suyo.

—A mí me parece bien. No sabemos nada de ninguna otra residencia.

—¿Y dónde dices que está?

—En la Diagonal, muy cerca del Passeig de Sant Joan. Muy céntrica.

—Yo vivo a diez minutos de allí.

—Es verdad. Genial.

—Bueno, yo puedo coger el metro y en media hora me planto.

—Sí, pero a mí me queda muy lejos.

—A ti todo te queda muy lejos. Vives en Sitges.

—Allí también hay residencias.

—Bueno, yo de momento aprovecharía esta oportunidad y luego ya veremos.

—Estoy de acuerdo. Suele haber lista de espera en todas partes.

—Aquí también, pero me han dicho que, por ser nosotros, encontrarían una solución.

—O sea, ¿que no tenemos plaza aún?

—Lo sabré mañana. Van a proponer a los familiares de alguien un cambio de habitación y, si aceptan, quedaría una cama libre.

—¿Una cama? ¿No es una habitación?

—De momento sería una habitación compartida con otra señora. Pero me han dicho que está muy bien.

—Bueno, a ver qué te dicen.

—Mientras tanto que se quede con Celia, ¿no?

—Se llama Delia.

—Sí, será lo mejor.

Hablábamos los cuatro hermanos. No importa quién dijo qué.

*

Habla y habla. Nada es demasiado coherente, pero las historias no dejan de sucederse. En su mundo paralelo, ella sigue trabajando en una fábrica de caramelos de la calle Trafalgar, donde una mujer odiosa no para de dar órdenes, y vive en la calle Àlaba, en un Poblenou anterior a las olimpiadas del 92. Vive con sus padres y con sus hermanos, Flora y Cristóbal. Pero, según cómo, ahí vivimos todos. Ni rastro de nuestra casa de dos pisos en la calle Joaquim Valls.

*

—¿Cómo está mamá?

—¿Qué mamá?

—La nuestra.

—Mi mamá eres tú. Tu madre era mi abuela.

*

No sé bien cuándo empezó esto porque ignoro en qué momento se cruza la frontera entre la demencia senil y el alzhéimer, y lo que parecía una cosa acabó siendo otra. Después de haberla tenido los últimos años en su casa a cargo de una cuidadora cubana, mis tres hermanos y yo decidimos ingresar a mamá en una residencia geriátrica. Fue una experiencia traumática, aunque nos pareció la mejor decisión. Últimamente había estado muy mal, casi sin poder hablar ni caminar. Y ya no parecía reconocernos. Según dijeron los médicos del hospital en el que estuvo ingresada más de diez días, ese estado se debía a una infección de algún tipo, puede que pulmonar, y a un evidente avance de la enfermedad. Fue uno de esos médicos quien nos dio el diagnóstico definitivo y nos aconsejó lo de la residencia.

*

El buen sabor de boca que me dejó aquella conversación que tuve con mi padre antes de que lo operaran hizo que tratara de tener una conversación parecida con mi madre durante mi turno de los lunes y los martes por la mañana en el Hospital Vall d'Hebron, que siguieron luego en el de Sant Rafael. Pero nada. No hubo manera de recuperar los lugares en los que ella había trabajado. Hice más de cinco intentos. No sé por qué insistí tanto. O sí, puede que sí que lo sepa. Quería desafiar a esa realidad que hasta hacía bien poco me resultaba tan ajena, cuando alzhéimer era eso que tenían algunas personas mayores que no eran mi madre.

*

Dos pisos antiguos que comparten rellano en una finca regia del distrito del Eixample y han

quedado unidos al derribar algunas paredes medianeras. Suelo de mosaico hidráulico, techos altos, puertas de madera maciza. Habitaciones muy amplias. Dos pasillos largos y estrechos. Glorieta en la fachada principal, que da a la Avinguda Diagonal, y gran patio en la parte posterior. Nada fue pensado para ser lo que ahora es, pero se supone que todos los elementos cumplen con la normativa exigida para adquirir la licencia de actividad o apertura de una residencia para la tercera edad.

*

Fue Ricard quien lo dijo. Se metió a fondo en su papel de hermano mayor y, después de aclararse la garganta haciendo un ruido que confería gravedad a las palabras aún no pronunciadas, nos pidió que intentáramos ser realistas y añadió: «Ya nunca volverá a su casa». Entonces regresó la imagen del lento descenso por las escaleras. Antes no se me ocurrió interpretarlo de ningún modo y, de repente, ya no podía verlo de otra forma que no fuera la de un simbólico descenso a los infiernos. Se me ocurrió a mí llevarla de urgencias al hospital, pero nunca creí que salía por última vez de su casa. Una sombra de culpa empezó a angustiarme. Sentí un nudo en el estómago. Pero es que era lo mejor para ella. Es que había que hacer algo. Perdóname, mamá.

*

Ansiedad de separación. Al parecer, los niños y las niñas de entre ocho meses y un año suelen desarrollar este sentimiento de angustia cuando se separan de sus padres y se los deja al cuidado de otras personas. No saben si el padre o la madre que se ha ido va a volver o no más tarde y se sienten abandonados. El ejemplo clásico es el de los primeros días de guardería. Lloros y rabietas de niños y niñas indican que están pasándolo verdaderamente mal. Los padres también sufren, aunque experimentan a la vez una cierta satisfacción al comprobar que son tan importantes para sus hijos.

Yo no pude compartir la ansiedad de separación con mi madre ni vivir la sensación agradable de saber que soy importante para ella porque ya hace bastante tiempo que es inmune a las despedidas.

*

—El médico viene todos los miércoles por la mañana. Controlará la medicación de tu madre, no te preocupes.

—Muchas gracias, Ana.

Ana es la enfermera. Es muy agradable. Creo que está en la residencia por las mañanas. Sé que a mi madre le gustará porque siempre sonríe y mi madre es muy sensible a las sonrisas.

*

El deterioro cognitivo va provocando progresivamente cambios en el comportamiento de la persona. Me he estado fijando en lo que dicen los expertos acerca de esos cambios y digamos que no dejan mucho margen para el optimismo. Ningún margen, vaya. Desde los primeros síntomas de declive de la capacidad de juicio y razonamiento hasta que te quedes casi todo el tiempo en cama y seas totalmente dependiente hay un montón de cosas que pueden pasarte, mamá. Ni te imaginas.

*

—Se acostumbrará pronto, ya lo verás. Y vosotros también.

—Ojalá.

—Ahora tiene que encontrar su lugar aquí. Se tarda unos días, pero lo encontrará.

—Joder, es que te sientes fatal. Como si la abandonaras.

—Ya. Os pasa a todos. Es normal. Pero ya verás que luego todo cambia.

—¿De verdad?

—Además, se la ve muy sociable y enseguida se relacionará con los demás.

Marc tiene buen ojo. Mi madre es muy sociable, y muy agradable, y muy guapa. Es la más guapa de la residencia, eso lo noté enseguida. La más guapa.

*

Nunca me llevéis a una residencia. No lo soportaría. Quiero quedarme siempre en casa. ¿Lo habéis entendido? Nunca iré a una residencia. No intentéis llevarme.

No llegaba ni a los sesenta años cuando empezó a decir estas cosas. Cambiaban las palabras, pero el mensaje estaba siempre muy claro. No es que no lo entendiéramos, mamá. No es eso.

*

—Hijo, ¿cómo se llama ese cabrón alemán que me lo esconde todo?

—Alzheimer, papá, Alzheimer.

Me contaron este chiste hace algún tiempo y juraría que me reí bastante.

Pero no tiene ninguna gracia.

*

Le habré enseñado mil veces la foto que guardo en mi móvil. Aparece mi hermano Xavi con su mujer y sus hijas. Pero mil veces es igual a cero para ella. El neurólogo del hospital me explicó que el cerebro de mi madre funciona como un ordenador en el que el disco duro se ha dañado y, a partir de un momento determinado, ya nada queda grabado, pero lo que se grabó hace tiempo sigue ahí.

—Si la ayudas a buscarlo, lo encontrará. Necesitaré pistas, pero lo encontrará.

—¿Y lo que no se graba?

—Lo que no se graba no existe. Es inútil buscarlo. No recordará nada reciente.

*

—La doctora Parra solo viene de vez en cuando, si tenemos alguna urgencia. Trabaja en el Centro de Atención Primaria, muy cerca de aquí. Es la especialista en casos como los de tu madre. Le pediré que pase esta semana, en algún momento, y que te explique bien lo de las fases del alzhéimer. Así sabrás a qué atenerte. Y luego se lo explicas a tus hermanos. ¿Te parece?

Con una sonrisa, lo dijo todo con una sonrisa en los labios y sin dejar de ocuparse de mi madre ni un solo instante. A mí solo se me ocurrió decirle lo que no puedes dejar de decir cuando te tratan así.

—Muchas gracias, Ana.

*

Alois Alzheimer. Psiquiatra y neurólogo alemán. Hijo de un notario. Nació el 14 de julio de 1864 en Marktbreit, una pequeña aldea cercana a Würzburg. Estudió Medicina en las universidades de Berlín, Tübingen y Würzburg. En 1887 defendió su tesis doctoral. Comenzó su carrera profesional en 1888 como residente en el Hospital para Enfermos Mentales y Epilépticos de Frankfurt am Main. En 1906 describió la enfermedad que lleva su nombre.

¿Cómo se describe una enfermedad? ¿Con cuántos adjetivos? Si con uno basta: muy puta.

El adverbio es gratis.

*

Mis padres se conocieron en una sala de baile, como era típico entonces. Se llamaba La Gavina Azul y estaba en el número 50 de la Avinguda Mistral, muy cerca de la Plaça d'Espanya, entre las calles Entença y Vilamarí. *Gavina* es «gaviota» en catalán. Qué raro que en plena dictadura usaran una palabra catalana.

—La sala se inauguró en 1933 y existió hasta 1974. O sea, que empezó con la Segunda República y no con la dictadura.

—¿Y cómo es que no castellanizaron luego todo el nombre?
—No hizo falta. En castellano también se puede decir *gavina*.
—Vaya, pues no lo sabía.

*

Entrar ahora en casa de mi madre impone mucho. Sigo notando el olor de su perfume en cada rincón y todo está como antes, por eso siempre tengo la sensación de que ha salido a comprar y ya no tardará en volver. Es raro. Voy solo de vez en cuando, para comprobar que todo está en orden y para que se vea algo de movimiento. Por seguridad. También para escoger ropa de los cinco armarios que tiene mi madre allí. En la residencia piden que les llevemos ropa sencilla, muy cómoda, y que sea fácil de poner y quitar porque las auxiliares no pueden perder demasiado tiempo vistiendo a los residentes. Mi madre no tiene ropa así. No se llenan cinco armarios con ese tipo de ropa.

*

La residencia está gestionada por Marc y Xavier, que deben de tener unos cuarenta años. Son simpáticos. Ambos cocinan y se ocupan de un montón de cosas más. De abrir la puerta a los familiares, de arreglar los desperfectos que van surgiendo, de llamar a una ambulancia si hay alguna urgencia. De un montón de cosas. Son los jefes, pero también los primeros en arremangarse cuando hay que trabajar. Me caen bien. No sabría decir cuál me cae mejor. Al menos de momento, ninguno me cae mejor que el otro. No sé si con el tiempo la balanza se inclinará hacia algún lado. Por ahora está muy equilibrada. Empate.

*

H. P. Lovecraft escribió al principio de uno de sus grandes ensayos: «La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido».

Seguramente por eso ahora mismo siento pánico cada vez que escucho la palabra *alzhéimer*.

*

Mi madre nunca supo demasiado de geografía y cuando quería hablar de algún latinoamericano siempre decía lo mismo: «Es de aquellos países». Mis hermanos y yo acabamos adoptando la expresión y hoy es ya una broma privada de nuestras familias y hasta de algún que otro amigo.

No sé si ahora puede darse cuenta o no de que la mayoría de las auxiliares de la residencia son

«de aquellos países».

*

—¿Y de Mireia sí que te acuerdas?

—Sí. De Mireia, sí.

—Ah, muy bien.

—Estuvo ayer aquí.

—¿De verdad?

—Sí, y me trajo a las niñas para que las llevara al colegio.

Vaya. Esto sí que no me lo esperaba. Mamá, tú no has llevado a mis hijas al colegio en toda tu vida. Veo que el alzhéimer te está ayudando a ser mejor abuela. Eres lista. Bien hecho. Si no puedes contra tu enemigo, únete a él.

*

—Son como críos. Tienen sus peleas, dejan de hablarse y se critican unos a otros constantemente. Y hacen sus grupitos. Es muy divertido.

—Ahora que lo dices, Marc, el primer día me sentí exactamente como cuando dejaba a mis hijas en la guardería y lloraban. Me sentía el peor padre del mundo. Como si las abandonara.

—Pues aquí todo es como en la guardería. ¿Ves aquel señor del fondo, el que está sentado en aquella silla? Se llama Raúl. La que tiene a su izquierda es Dolors y no se hablan desde hace meses. Y lo peor es que son hermanos. Como Aurora es amiga de Dolors, tampoco se habla con Raúl. Entre las dos le hacen la vida imposible.

Los miré a los tres. A Raúl, a Dolors y a Aurora. Una imagen absurda cruzó mi mente. Los vi con un chupete en la boca.

Ya no sé si podré verlos de otra forma.

*

—¿Y tía Flora? ¿Dónde está?

Esto sí que es una putada. Su hermana murió hace dos años, pero no lo recuerda y entonces mi tía Flora se vuelve a morir cada vez que mi madre pregunta por ella. Un duelo permanente.

Mi estrategia consiste en cambiar enseguida de tema y, al minuto, ya no se acuerda de lo que me había preguntado. En su realidad paralela, tía Flora vuelve a estar entonces quejándose por todo y mi padre no para de trabajar, y mi tío Cristóbal está siempre operándose o de viaje, y los primos Maria Rosa y Jaume vienen de visita continuamente. Mis hijas, Lia y Lena, casi nunca

existen. Mis hermanos y yo existimos a veces, y al parecer tenemos una hermana pequeña que a lo mejor es mi sobrina Gala o puede que sea Abril, mi otra sobrina.

*

La auxiliar que los despierta por la mañana es bastante graciosa. El otro día me hizo una broma que debe de repetir a todos los familiares.

—Sea la hora que sea, yo siempre los levanto a las tres.

—¿A las tres? No te entiendo.

—Sí, digo «a la una, a las dos y a las tres...» y los levanto.

*

—Te lo resumiré en tres fases. La primera es la de ligeras pérdidas de la memoria reciente, desorientación y cambios repentinos de humor. A veces, también les da por ser agresivos.

—Mi madre no es agresiva, doctora Parra.

—Mejor. Yo diría que tu madre ha ingresado ya en una fase moderada. La segunda. Casi no os reconoce y, si te fijas, le cuesta hablar. Busca las palabras y no las encuentra. A esto se le llama afasia. Pronto necesitará ayuda para comer. Y puede que tenga alucinaciones.

—¿Alucinaciones?

—Sí. Rasgos de tipo psicótico. Verá personas que no existen y a veces creerá que quieren hacerle daño. Estará muy inquieta.

—¿Y la tercera fase?

—Bueno, la dependencia será ya absoluta. Necesitará ayuda para todo. Tendrá cada vez mayor rigidez muscular. Se olvidará de caminar y estará cada vez más apática. Por no hablar de las incontinencias.

*

Vivía dos vidas. Una contigo y otra con Rosa. Después de verte, de regreso a casa, hacía siempre el mismo camino. Nunca te lo he contado, Raquel. Bajaba por Torrent de l'Olla hasta Còrsega y luego hasta la Diagonal. Seguía por Passeig de Gràcia hasta el Passatge de la Concepció. Cruzar ese pasaje era cambiar de vida. Como un túnel en el tiempo. Como una puerta secreta hacia otro mundo. En cuanto llegaba a Rambla de Catalunya, recuperaba mi vida de siempre, la del director de banco casado con la pobre Rosa. Tú quedabas atrás, como un dulce recuerdo y a la vez como una promesa de reencuentro cuando volviera a cruzar ese pasaje en sentido contrario.

*

Después de quedarme más de media hora con ella en su habitación, escuchando lo que su amiga Anita le había dicho a mi padre anoche, salí un momento para pedir un vaso de agua y, al regresar cinco minutos después, mi madre se sorprendió y reaccionó como si fuera la primera vez que me veía aquella mañana.

—¡Qué ilusión que hayas venido! ¿Dónde nos conocimos tú y yo?

Está claro: no me grabó en su disco duro.

*

A lo mejor no se trata de una hermana pequeña inexistente, sino de aquella niña que nunca llegó a nacer. Alguna vez escuché algo sobre esto. Un aborto que tuvo mi madre por culpa de un susto. En la óptica de mi padre, algún aprendiz cometió un error y hubo un incendio que, por suerte, pudo ser controlado enseguida. Pero el susto hizo que mis hermanos y yo nos quedáramos sin una hermanita y mi madre sin la hija que siempre quiso tener. Por lo que recuerdo, aquella niña habría nacido justo después de mi hermano mayor, así que yo habría quedado desplazado a la cuarta posición. Igual es donde estoy ahora para mi madre, ya que su alzhéimer es más poderoso que cualquier incendio y que cualquier susto.

Bienvenida, hermanita.

*

—¿Me prometéis que nunca iré a una residencia?

—No seas pesada, mamá.

—Prometedlo.

—Prometido.

No sé si alguno de los cuatro se puso una mano en la espalda y cruzó los dedos alguna vez.

*

Raquel es argentina. Tiene cien años o puede que alguno más porque el otro día una auxiliar, creo que fue Fanny, le preguntó qué edad tenía y ella preguntó «¿en qué año estamos?», y Fanny contestó «en 2018», y entonces Raquel dijo «no te puedo creer» y luego añadió «yo soy del 17», y sonrió y se puso a cantar con mucha gracia una canción que sonaba así:

¿En qué se mete la chica del 17?

¿De dónde saca para tanto como destaca?

Será una canción argentina, supongo.

*

Pregunta de rigor: «Mamá, ¿sabes quién soy?». Mamá es educada y sabe quedar bien: «Sí, pero no mucho. Eres...».

Su intención es que termine yo su frase. Pero esta vez prefiero cambiar de tema para no agobiarla.

—¿Qué has desayunado hoy?

Ella no quiere cambiar de tema. Me lo demuestra con una frase que llevo horas analizando.

—Si tuvieras una foto para ver si me acuerdo de ti...

*

Cuenta la leyenda familiar que, de pequeño, yo quería jugar siempre con mi hermano Ricard y lloraba mucho si se iba de casa para reunirse con sus amigos. Nos separan un poco más de seis años y es lógico que él no quisiera que se le pegara continuamente aquel crío. Lo que ya es más discutible es la fórmula que ideó para librarse de mí. Fingía tener ganas de jugar al escondite y me pedía que yo fuese el primero en buscar. Contento, me dirigía al rincón de siempre, me ponía de cara a la pared y contaba hasta el número pactado, que se acercaba siempre a cien. Mientras tanto, él no se escondía en ninguna parte de la casa, sino que aprovechaba para escaparse sigilosamente y se iba con sus amigos. Yo pasaba mucho tiempo buscándolo hasta que la evidencia se imponía o alguien se apiadaba de mí y me hacía ver la realidad. Supongo que luego lloraba el doble de lo habitual. Tenía dos motivos: mi hermano no quería jugar conmigo y era cruel.

Ahora es a mi madre a quien busco por todas partes y casi nunca aparece.

*

Un promedio de siete pastillas por persona. Se las dan justo antes de las comidas. O todas de golpe o en dos tomas. Venga, cuatro en la boca y un vaso de agua. Para adentro. Venga, ahora tres más. Cuando llega la auxiliar con una bandeja llena de potecitos con pastillas (un nombre en cada potecito), ya los ves mentalizarse para lo que les viene encima. Va, trágatelo ya. Todos obedecen de mala gana. Pero obedecen.

*

Con tanto anciano desmemoriado cerca, se te está pegando lo de no recordar nada, Jacob. Claro que me habías contado lo del Passatge de la Concepció. Y me pareció hermoso. Fue así como

comprendí que yo no era la otra, lo prohibido, sino la protagonista única de una de tus dos vidas. Fantaseaba con eso. Me consolaba.

*

Me cuesta mucho asumir que no vas a volver a tu casa, mamá. Ya sé que tengo que ser realista, como pidió Ricard. Pero no fue él, sino yo, quien dijo que había que llevarte de urgencias al hospital. Ni él, ni Xavi, ni Albert. Lo dije yo. No puedo dividir la culpa en porciones.

¿Podrás perdonarme algún día?

*

Después de la conversación que mantuve con la doctora Parra, me quedó muy claro que no era lo mismo mirar hacia el alzhéimer con las luces cortas que con las largas, plantearse escenarios a corto o a largo plazo. Ciertas cosas ya habían llegado y otras eran inminentes, y más o menos podían asumirse con una buena dosis de resignación, pero las que nos esperaban un poco más lejos, casi frotándose las manos, parecían demasiado crueles, inasumibles, muy jodidas. Lo mejor era no pensar en ellas y tratar de avanzar con las luces cortas o cambiarlas por las únicas que verdaderamente resultaban adecuadas para las condiciones ambientales que estábamos viviendo. Las antiniebla.

*

Bernat es el más listo. Habla muy poco, pero cuando se decide a hablar siempre hace comentarios interesantes. Ayer perdió sus gafas y estaba muy nervioso. Buscándolas por todas partes. Debajo de la mesa, debajo de las sillas, detrás de los armarios. «Misterio, misterio», iba repitiendo sin parar. Su nerviosismo se contagió a otros. Todos buscando las gafas. Detrás de las cortinas, en la cocina. Misterio, misterio. Al final, Aurora le preguntó: «¿De verdad crees en los misterios?». Y Bernat, sin dejar de buscar (debajo de una silla de ruedas, detrás de todos los sofás), contestó: «Claro. *Separado* se escribe todo junto y *todo junto*, separado. Ahí tienes uno».

*

Acabo de leer en una revista especializada en enfermedades mentales que actualmente no hay ningún tratamiento eficaz que pueda curar el alzhéimer o revertir su evolución progresiva y que, por lo tanto, es una enfermedad incurable, degenerativa y terminal.

—¿No querías adjetivos? Ya tienes tres.

*

—Esta noche tu madre la ha liado.

—¿La ha liado? ¿Qué quieres decir?

—Que se ha despertado varias veces y se quería ir. Decía que la estabais esperando en casa y tenía que preparar la cena.

—Vaya. Lo siento.

—Pili le ha dado un calmante y al final se ha dormido.

Pili es una auxiliar de color. De color negro, para ser exactos. Hace el turno de noche y se encarga de los veintiséis residentes sin ayuda de nadie. No sé cómo puede hacerlo. Es más bien bajita, pero tiene una fuerza de gigante. La he visto levantar de la silla de ruedas a un hombre que debe de pesar lo suyo y sentarlo en uno de los sofás de la sala de estar como quien traslada a un bebé desde su cochecito hasta la cuna.

—Ya te han dicho que aquí todo es como en la guardería.

*

—No, hombre, no. No es una canción argentina. Se trata de un viejo cuplé de los primeros años del siglo xx. Lo compuso el maestro Francisco Alonso. Lo han cantado Lilián de Celis, Olga Ramos, Mercedes Serós, Lina Morgan, Marujita Díaz y no sé cuántas más.

—Pues no tenía ni idea.

*

Lo de la sordera no ayuda. Mi madre tendría que llevar dos audífonos, pero solo lleva uno y se le cae continuamente. En la residencia tienen miedo de que se pierda porque saben que es muy caro, así que procuran no ponérselo demasiado y ahorrarnos un posible disgusto. Se agradece el gesto, pero sin audífono los obstáculos para comunicarse con mi madre se multiplican qué sé yo por cuánto, por mucho. Y encima está lo de la operación de glaucoma, que fue un desastre, y parece que al final la pobre se va a quedar ciega.

Joder con esto de la vida, a veces.

*

El médico es un cachondo. Está siempre bromeando con los ancianos. El otro día se compinchó con uno y se burló de mí. Los dos sabían que yo estaba lo suficientemente cerca para escucharlos y simulaban una conversación seria.

—¿Qué vio en mis radiografías, doctor?

—Creo que tiene usted el mal de Wilkinson.

—¿Y eso qué es?

—No tengo ni idea, señor Wilkinson.

*

No hablar más de la cuenta o no dar más información de la que se requiere en un contexto concreto es un requisito imprescindible para que la comunicación entre las personas sea fluida y nadie secuestre la palabra demasiado tiempo. Los filósofos del lenguaje lo llaman la máxima de cantidad. La gente con mucha memoria es más propensa a violar esta máxima y, para resumir, a hacerse insoportablemente pesada. Montaigne recoge esta idea en sus ensayos y pone como ejemplo a algunos de sus amigos: «A medida que la memoria les presenta las cosas completas y presentes, retrotraen tan atrás el relato cargándolo con tantas y vanas circunstancias que, aun si el cuento es bueno, apagan su interés». Dice Montaigne que los ancianos son especialmente peligrosos en este sentido porque en ellos «perdura el recuerdo de las cosas pasadas habiendo perdido el recuerdo de sus repeticiones». Lo encuentro gracioso. Recuerdan muchas cosas, pero no que las han contado mil veces.

Montaigne, me temo que conociste a varias personas con alzhéimer.

*

—Desde que está aquí, ya he sido su marido, su hermano y su padre.

—Gracias por hacerle caso, Jacob.

Jacob se muestra muy atento con mi madre y por eso se está convirtiendo en mi residente favorito. Se ocupa de llenarle el vaso de agua en cada comida y de avisar a las auxiliares si cree que mi madre necesita algo. Se pasa el día caminando por la residencia con ayuda de un bastón. Se va por un pasillo y vuelve por el otro. Así varias veces. El ritmo es bastante acelerado. No pasea; hace deporte. Se ve que tiene el azúcar muy alto y es la única manera de bajarlo. Me lo explicó él mismo.

—Tengo el azúcar muy alto y es la única manera de bajarlo.

—Pues estará usted muy en forma si camina tanto y tan rápidamente.

—Tengo noventa y cuatro años.

Tema zanjado.

*

Extraño tu cuerpo. Te extraño.

*

«Cualquier cosa procesada por la memoria es ficción.» Lo escribe David Shields en el libro *Hambre de realidad*. En la memoria, la información suele adquirir una forma verbal y por eso los recuerdos tienen una estructura narrativa. Contar recuerdos es relatar historias. ¿Basadas en hechos reales? Puede que sí y puede que no. Pero no importa porque la memoria es siempre selectiva y no retiene nunca toda la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad. ¿Qué recordamos exactamente? ¿Lo que pasó? ¿Lo que creemos que pasó? ¿Las palabras con las que contamos ese recuerdo?

En el cuento de Borges titulado *La noche de los dones*, un personaje cuenta una parte de su vida y luego confiesa: «Los años pasan y son tantas las veces que he contado la historia que ya no sé si la recuerdo de veras o si solo recuerdo las palabras con que la cuento». No se puede explicar mejor.

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Para ver si ahora tienes huevos de decirle a mi madre que tía Flora, Anita y mi padre no pudieron estar ayer aquí porque están muertos.

*

—¿Tienes un cigarro? ¿Me das fuego?

—No fumo. Lo siento.

*

Dicen que puede ser hereditario, pero que se salta una generación. Me suena a leyenda urbana. Aunque habrá que ver. Habrá que ver.

*

Mi tío Cristóbal me ayudó un poco con el intento de reconstruir la trayectoria laboral de mi madre, que yo solo conocía vagamente por algún comentario suelto escuchado no sabría decir cuándo ni en qué contexto. Lo que me quedó más claro fue que, de todos los lugares en los que trabajó, el que la marcó más profundamente fue la fábrica de caramelos de la calle Trafalgar. Creo que por dos motivos. Porque allí conoció a su amiga Montse, que luego se casó y se fue a vivir a Madrid, donde pronto enviudó, y porque allí descubrió una parte de sí misma que desconocía, pues cuando un día la responsable de su sección amenazó con echarla por distraerse demasiado, ella se levantó de la silla, miró a un lado y a otro, y entonces improvisó un rotundo

mensaje de despedida: «A mí no me echa nadie de ningún sitio, me voy yo porque me da la gana».

Fue así como mi madre descubrió que era capaz de plantar cara al mundo si el mundo se atrevía a jugarle en contra.

*

Reconozco que lo primero que hice al llegar a casa fue encender el ordenador para conectarme a Internet y buscar en Google la canción de *La chica del 17*. La encontré enseguida. *¿En qué se mete la chica del 17? ¿De dónde saca para tanto como destaca?* Me encantó. Estuve escuchándola un buen rato y luego me pasó factura. No podía quitármela de la cabeza. La gente ya la critica, pues hace tiempo que no se explica a dónde va la chica tan bien plantá. Incluso durmiendo creo que la escuchaba.

*

A mi madre nunca le gustó el queso y ahora come queso no porque le guste el queso sino porque se ha olvidado de que no le gusta el queso.

Qué raro todo.

*

—Me has llamado, ¿verdad?

—No, mamá, no te he llamado. Te llamé ayer.

—¿Ayer? Pensaba que me habías llamado hoy.

—Pues no, fue ayer. Ayer por la tarde.

*

Yo también te echo de menos, Raquel. Extraño tu cuerpo y extraño mi propio cuerpo porque esto de hacerse viejo es como ir despidiéndose lentamente de una serie de imágenes que ibas reconociendo en el espejo hasta que las últimas empezaron a quedar demasiado lejos de las primeras y dejaste de entender cómo era posible que detrás de todas ellas estuvieras siempre tú.

*

He podido constatar que, efectivamente, la mayoría de las auxiliares son de aquellos países y hasta de más lejos. Yendi, Fanny y Jussiara no pueden disimular, ni falta que hace, que son de

aquellos países, pero es que también están Pili, que es de alguna zona de África, y Marcena, que no sé aún si es rusa o ucraniana y que me resulta muy agradable porque sonrío siempre y estoy seguro de que a mi madre le encantará.

—Sí, ya dijiste que es muy sensible a las sonrisas.

*

Marc me explicó que Pili tiene que aguantar insultos y burlas por el color de su piel. Algunos residentes son crueles y hay que reñirlos, llamarles la atención para que sean respetuosos con ella. Son gente mayor cargada de prejuicios. Lo de lo políticamente correcto no va con ellos. Moderneces.

—No toques mis pastillas con esas manos tan sucias.

—No están sucias; son así. Soy negra, señora.

—Pues eso.

*

Dije que quizás, que tal vez, que a lo mejor sí, pero en realidad no había escuchado bien la pregunta y creo que la estudiante lo notó y notó además algo peor: mi desinterés absoluto por lo que me había preguntado. Se ofendió con razón y se pasó el resto de la clase dejándome muy claro que a ella la teoría literaria se la traía floja. Cerró los ojos durante más de diez minutos, fingiendo dormir o quizás durmiendo, y cuando los abrió fue para lanzarme primero una mirada despectiva, de asco, y para distraerse luego con el móvil otros diez minutos. Me merecía su desprecio y probablemente el de los demás porque era ya la tercera clase seguida sin siquiera tomarme la molestia de disimular que no había preparado nada y que me estaba dedicando a improvisar acumulando digresiones tan alejadas del temario que parecían excursiones a ninguna parte y de las que me esforzaba más bien poco en volver con una cierta coherencia. Les habría contado por qué me comportaba así, por qué tenía la cabeza en otra parte, pero lo personal y lo profesional, me lo decía siempre mi padre, no deben mezclarse jamás (sé que mi padre decía *jamás* porque le parecía más enérgico que *nunca*, más contundente), y tampoco era cosa de convertir la clase en un confesionario y cruzar de repente la línea que separa al profesor distante que siempre he sido por pura timidez del profesor enrollado que nunca, que *jamás*, he querido ser.

*

Mala suerte. Lleva solo diez días aquí y ya vuelve a estar como el día en que saltó la alarma y la llevamos de urgencias. No dice nada. Solo duerme. Está apagada, completamente apagada. ¿Otra

infección? Albert y yo nos miramos y miramos luego a Marc, que llevaba rato mirándonos. Nadie dice nada. Que empiece otro, parece que estemos pensando todos. Al final, Marc se decide.

—Si queréis, la derivo al Hospital de Sant Pau y que la vea un médico.

—Pero habrá mucha gente en urgencias, ¿no?

—Seguramente. Puedo llamar a una ambulancia y que la vean primero aquí y luego los enfermeros deciden.

No tuvimos que decirle nada. Llamó enseguida.

*

Hace unos años paseé con mi madre por la Avinguda Mistral y buscamos el lugar exacto. Nada, no logramos localizarlo. Sus ojos emocionados, nostálgicos, buscando y buscando. Por aquí, seguro que era por aquí. Luego supe que ya no quedaba ni rastro de La Gavina Azul porque había pasado por allí algún amigo de Núñez y Navarro.

Nunca vuelve a crecer la hierba.

*

Mi madre está en una camilla, en un pasillo del hospital, con Albert, más allá de una puerta que no está permitido cruzar si no te lo indican. Yo me quedo en la sala de espera. Al rato, llamo a mi hermano para que me cuente cómo va todo. Nada, aquí esperando, dice. Ella muy inquieta. No para de hablar y de moverse. Se quita las zapatillas, arruga las sábanas, ya no sé qué hacer. Así me resume la situación. Turnémonos, le digo. Dentro de media hora hacemos el cambio, sugiere él. De acuerdo, digo. Comeré algo mientras tanto, pienso, y no sé si se lo digo o no a mi hermano.

Ahora yo con mi madre. Deja las sábanas, ponte las zapatillas, no te muevas tanto. Y para de hablar un ratito, por favor, o te quedarás sin voz.

*

—Siento la espera.

—Tranquila, doctora, ya veo que están muy liados.

—Le haremos una analítica. Sangre y orina. Buscaremos un posible foco de infección. Suele ser la causa.

—En la residencia estaba dormida, apática, y aquí no ha parado de moverse y de hablar.

—Está nerviosa. No conviene moverlos de sitio porque notan mucho los cambios.

—¿Y esto de no parar de hablar? Nada es coherente, pero va diciendo cosas.

—Es uno de los síntomas posibles. Verborrea. Acostumbraos a esto porque llega el invierno y cualquier mínima infección los transforma. Creo que vamos a vernos a menudo.

*

Ojalá estuviéramos disfrutando del recinto modernista del Hospital de Sant Pau y no en urgencias porque aquí el tiempo no pasa ni a empujones. ¿Se habrán olvidado de nosotros? Esta es la pregunta que todo el mundo se hace en una situación así, y yo me la he hecho ya varias veces esta tarde. Es verdad que la doctora ha dicho que íbamos a vernos a menudo, no pronto, pero tampoco me esperaba esto. Un momento. Ahí está, por fin. Viene hacia nosotros con paso acelerado, aunque en estos casos siempre es posible que, en el último instante, dé un inesperado giro a la derecha o a la izquierda y entre en cualquier otra habitación. No hay giro inesperado. Menos mal.

—Bueno, ya están los resultados.

—¿Y bien?

—Nada. No se ve nada. Todo es correcto.

—¿Entonces? ¿Qué le ha pasado?

—A ella nada. A vosotros. Os habéis alarmado. Tenéis que acostumbraros a esto. Cambios constantes, impredecibles. Esta enfermedad es así.

La doctora no lo ha dicho, pero yo sé bien que *así* quiere decir *muy puta*.

*

Xavier parece ocuparse más que Marc de la gestión interna de la residencia. Yo diría que es el que controla las cuestiones económicas. Seguramente estudió alguna carrera de ciencias, aunque no se lo he preguntado ni creo que haga falta porque se le nota que es de los que no acaban de entender que alguien pueda ganarse la vida enseñando literatura.

Nunca le diré que a mí me pasa lo mismo.

*

—Siempre nos ponen las bragas que ellas quieren, y no las que queremos nosotras.

Comentario (juraría que a mí) de Pilar. ¿Qué se dice en un momento así? Espero que le baste con mi sonrisa.

*

Ojalá que se haga amiga de Raquel. Parece una mujer culta. Y es muy elegante. El otro día

saludé a su hija. Le dije cuánto me sorprendió lo de los cien años. Ciento uno, matizó ella. Me pareció muy amable. También le expliqué lo de la canción. Sí, siempre la canta, le gusta mucho, me dijo. Madre e hija. La hija tratando a su madre como si fuera una hija y la madre haciendo caso de todo lo que su hija le decía con voz de madre. Cruzas esa puerta y te encuentras el mundo al revés. Da vértigo.

*

—Que me da igual que no se entere. Yo a tu madre no le compro un pantalón de chándal. Por respeto a lo presumida que siempre ha sido, le compro este y me importa un comino el precio y lo que digan las enfermeras.

—Son auxiliares, pero tienes toda la razón.

—Auxiliares, enfermeras o lo que sea. Una cosa es que nos la cambie el alzhéimer por dentro y otra es que estas nos la cambien por fuera.

Hacía tiempo que no veía reaccionar con tanto genio a mi mujer y reconozco que me sentí a la vez orgulloso de ella y avergonzado de mí porque acababa de recibir una lección que debería haber aprendido por mí mismo. Me acababan de enseñar cómo tenía que tratar a mi madre y en el fondo era la cosa más sencilla del mundo. Como se merecía.

*

Con Pili, Dolors es la peor. No creo que piense lo que dice, pero le gusta ganarse fama de impertinente. Tiene la mirada siempre perdida, como si lo atravesara todo con ella. Nunca la fija. Y le cuesta hablar. No sé qué problema tendrá, pero no mueve los labios cuando habla. Este aspecto hierático asusta un poco. Es como si, de repente, una momia te diera los buenos días.

*

La chica del 17 de la plazuela del Tribulete
nos tiene con sus toilettes revuelta a la vecindad.

La gente ya la critica,
pues hace tiempo que no se explica
a dónde va la chica tan bien plantá.

Por eso a las vecinas les da por murmurar
y al verla tan compuesta le dicen al pasar:

¿En qué se mete la chica del 17?

¿De dónde saca para tanto como destaca?

Pero ella dice, al verlas en ese plan:

La que quiera coger peces, que se acuerde del refrán.

*

—Un cigarro, por favor.

—Es que no fumo, de verdad.

*

Desde el primer día, al salir de tu despacho, en el banco, supe que ibas a formar parte de mi red afectiva, pero no pude prever entonces que, poco a poco, todavía no sé cómo, esa red iba a estar tejida únicamente para ti.

*

Está claro que el glaucoma ha dañado el nervio óptico. En los dos ojos. Yo diría que ya no ve nada. A veces parece que sí, que un poco sí, pero otras veces parece que no ve nada de nada. Y da igual que se lo preguntes o no porque la respuesta nunca es convincente. Hoy, por ejemplo, hoy estoy seguro de que no ve porque ni siquiera enfoca. Le pregunto si ve y dice que sí, pero mirando hacia no sé bien dónde. No ve. Yo creo que ya no ve.

*

Raúl le cuenta un chiste a Miguel en voz alta y, por lo tanto, nos lo cuenta a todos con la excusa de contárselo a Miguel.

Un anciano visita al cardiólogo y le dice: «Doctor, estoy muy preocupado. Cuando tengo sexo, escucho silbidos». Y el doctor le pregunta: «¿Y qué quiere escuchar a su edad? ¿Aplausos?».

No sé si me ha hecho más gracia el chiste o escuchar a un anciano contar un chiste de ancianos.

*

Jacob ingresó en la residencia hace bastante tiempo. Ingresó con Rosa, su mujer, para hacerle compañía. Ella sufrió un ictus y muchas neuronas de su cerebro quedaron afectadas. La pobre tenía solo cincuenta y ocho años. No podía hablar y apenas caminaba. No tuvieron hijos y Jacob se encontró muy solo. Sin ayuda. Durante siete años la cuidó en casa, pero luego decidió venir aquí. Cuando se jubiló. Estaba harto de cuidadoras y cuidadores que le proporcionaba una empresa y que nunca duraban más de tres semanas. Buscaba algo más familiar. No tan frío. Ella

murió hace tres años y él decidió quedarse. El otro día me dijo que tu madre le recuerda a su mujer. Y es verdad que tienen los mismos ojos.

Todo esto me lo explicó Marc.

*

La despedida esta tarde ha sido sublime. Mi madre no me ha reconocido en ningún momento y, cuando le he dicho que ya tenía que irme, me ha contestado:

—A ver si la próxima vez nos acordamos más el uno del otro.

*

Silla de ruedas plegable con estructura de acero cromado, ruedas macizas y bolsillo portadocumentos. Cuenta con radios de plástico para que el usuario pueda accionarla. Los reposabrazos y reposapiés son abatibles para facilitar su plegado.

Tarde o temprano teníamos que comprar una y nos decidimos por esta.

*

Interesantísimo lo que he descubierto esta tarde en la red. Se ve que las primeras alteraciones neuropatológicas de la enfermedad de Alzheimer afectan al hipocampo, la estructura del cerebro encargada de formar nuevas memorias y mantenerlas a largo plazo. Con la aparición de la enfermedad, los recuerdos consolidados se sitúan en otras áreas cerebrales, ya no en el hipocampo, que deja entonces de ser crucial para recuperar esos recuerdos. Hay distintos tipos de memoria. Memoria a corto plazo, donde se ubica la memoria inmediata y la de trabajo, y memoria a largo plazo, que incluye la implícita, que es inconsciente, y la explícita, que a su vez se subdivide en la memoria semántica y en la memoria episódica. De estas, la primera tiene que ver con los conocimientos adquiridos y con el dominio del lenguaje, mientras que la segunda se refiere a las vivencias personales, tanto lejanas como recientes.

—Joder, no me extraña que el médico te lo contara con la metáfora del ordenador y su disco duro.

*

Mamá, este año tu regalo de cumpleaños será como siempre gracias a Mireia. Las auxiliares dijeron que un chándal ya estaba bien. No tienen ni idea de quién eres. Un chándal. Mi mujer sí que te conoce. Podrás perder la memoria, mamá, pero mientras exista gente como Mireia no vas a perder la dignidad.

*

Entre las muchas habilidades que hay que aprender a desarrollar aquí están la de evitar a Mateo para que no te pida un cigarro y la de no cruzarte en el pasillo con Carmen para que no te toque el culo.

*

Marc pidió al médico que visitara a mi madre porque se había apagado de nuevo. Vistos los síntomas, el médico contemplaba tres posibilidades:

1. Que mi madre estuviera cogiendo alguna infección.
2. Que mi madre estuviera depresiva.
3. Que mi madre estuviera entrando ya en una nueva fase del alzhéimer.

Para mí, de las tres opciones la mejor era la cuarta.

*

Mi madre sigue sin dormir por las noches. Pobre Pili y pobres los que la escuchen hablar. Luego está muy cansada y duerme durante el día. Habrá que hacer algo.

*

Pasar de mi despacho a tu red afectiva fue la mejor transferencia que se hizo jamás desde aquella oficina bancaria, Raquel.

*

Mamá sigue con su peculiar flujo narrativo, una especie de *stream of consciousness* que mezcla múltiples pensamientos y sensaciones de forma caótica y desordenada o los asocia de forma muy difusa. Mantiene continuas conversaciones con no se sabe muy bien quién, y a la vez puede reaccionar ante cualquier estímulo que surja de su entorno (un saludo, una pregunta que alguien le hace, una sensación de frío o de calor). A veces es como si participaran varios en la conversación y ella dirigiese la orquesta de voces desde su silla de ruedas, voces de personas que no siempre fueron contemporáneas, pues los anacronismos son constantes y, algunos, hasta divertidos. Ahora mi madre tiene el poder de hacer que la gente viaje al futuro o al pasado y es

capaz de lograr que discutan entre sí (¿o con ella?) personas que vivieron en épocas muy distintas.

Ya le hubiera gustado tener tanto poder a H. G. Wells.

*

—Lo que menos me gusta es la decoración. Se ve todo muy viejo y en mal estado.

—Pero lo importante es que mamá está bien cuidada, ¿no?

—Sí, pero si vienes de visita es incómodo tener que quedarse en medio del comedor, en una silla, delante de todo el mundo.

—Puedes ir a la habitación y ahí estáis solos.

—La habitación también deprime.

—¿Y el saloncito aquel con dos sofás?

—Ahí la depresión ya es absoluta.

—Tenéis razón, creo que hablaré con Marc en plan amigos y le diré que tendrían que renovar todo el mobiliario.

*

Audífono y gafas en la mesita de noche. La fotografía con todos los nietos en la estantería que hay sobre el escritorio. El paquete de Kleenex también en la mesita de noche. Que se vea bien colgado su batín detrás de la puerta. La almohada colocada un poco en vertical, y la manta de refuerzo a la altura de los pies. Perfecto. Todo en orden. A ver si funciona.

En definitiva, no debéis ayudar a vuestro hijo a dormirse, es decir, no debéis tomar parte activa para lograr que concilie el sueño. Ha de aprender a hacerlo solo, y cuando tiene menos de seis meses, se le puede enseñar a hacerlo de cualquier manera. Se conformará con que las cosas estén tal como estaban cuando se durmió: su cuna, su mantita, su muñeco, su chupete... Cuando se despierte, y ya sabéis que lo hará varias veces, notará que todo está como siempre («mi osito está aquí, mi chupete también, todo sigue igual, qué tranquilidad») y volverá a conciliar el sueño sin más problemas.

Quién iba a decirme que tantos años después volvería a buscar ayuda en el libro *Duérmete, niño*, de Eduard Estivill y Sylvia de Béjar.

*

Hacemos todo lo que podemos para gestionar la situación, pero a veces uno de nosotros entra en crisis, como pasó ayer con Albert. Dijo que hemos tomado las decisiones equivocadas porque esto del alzhéimer nos pilló a todos en bragas y tendríamos que empezar a cambiar muchas cosas.

Si estuviera aquí, Pilar le explicaría que la vida nunca nos pone las bragas que queremos, sino las que le da la gana.

*

Ayer tuve un mal día. Empezó con la batería del coche, que decidió morirse justo una semana después de que la revisara el mecánico en la puesta a punto que hago cada año. Siguió con la llamada del colegio para que fuese a recoger a Lena porque tenía fiebre. Más tarde, la reunión del departamento en la facultad no pudo ir peor: la directora nos obliga a asistir a un curso organizado por pedagogos sobre recursos avanzados para la docencia. Y ya a media tarde la guinda del pastel: mi madre otra vez ingresada de urgencias porque se le había hinchado la cara y no sabían si era por culpa de algún medicamento o porque no deja de hablar y tanto movimiento de la mandíbula ha afectado a algún nervio.

Pero, en fin, ¿qué se puede esperar de una vida que comienza con los gritos de la madre que la da y los lloros del hijo que la recibe? Era algo así, ¿verdad, Gracián? Bueno, luego lo busco y te cito literalmente.

*

—Oye, ¿de quién es esa voz que de vez en cuando hace preguntas o suelta algún comentario?

—¿De verdad que no lo sabes?

—No, de verdad que no.

—Esa voz es tuya.

*

Me dio por contárselo aun sabiendo que era como hablar solo. Fue la primera vez que mi padre me dijo que me entrenaría. Tenía la ilusión de que yo triunfara en el mundo del fútbol. Se me daba bastante bien. Fuimos a un parque, un domingo por la tarde. No había nadie. Yo tenía catorce años.

—¿Y sabes qué pasó, mamá? Papá me miró muy seriamente, cogió la pelota con una mano, la alzó hasta la altura de mis ojos y me dijo: «La pelota es redonda».

—¿Sí?

—Sí, mamá, sí. La pelota es redonda. Ahí se terminó todo. Porque me puse a reír y papá se enfadó. Nunca más quiso entrenarme. ¿Y sabes qué?

—¿Sí?

—Pues que, después de tantos años jugando al fútbol, aquello fue lo más inteligente que he escuchado jamás. Precisamente porque la pelota es redonda hay cosas que se pueden hacer con

ella y cosas que no, y hay maneras de protegerla y de que sea imposible que alguien te la quite. Pura física. Fui un imbécil al reírme.

—¿Sí?

*

¿Dónde estás, mamá? ¿Dónde te escondes? Te ha copiado el truco, Ricard, y, mientras la busco, ella se va de paseo con sus amigas (con Anita y con Montse, casi siempre) y yo no aprendo que a lo mejor tendría que dejar de buscarla.

*

Hoy Marc no tiene buena cara.

—¿Estás cansado, Marc?

—Cansado no, lo siguiente.

Al escuchar estas palabras, Dolors se mete en la conversación.

—Lo siguiente de cansado es cansadísimo, hijo. Los jóvenes de hoy no sabéis hablar.

—Bueno, Dolors, es que ahora está de moda hablar así.

—Vaya moda idiota.

Ahora Marc se viene arriba.

—Idiota no, lo siguiente. ¿Ahora qué? ¿Qué es lo siguiente de idiota, listilla?

—Gilipollas.

*

Las manos heladas, mamá, como siempre. Toma las mías. ¿A que sí? ¿A que están calentitas? Aquí no tienen la calefacción tan alta como la tendrías tú en casa, pero tampoco puedes quejarte. Yo me asfixio. Lo de tus manos es otra cosa. No tiene remedio. Venían así de fábrica.

*

Dice Henri Bergson en *La risa* que lo cómico, para producir todo su efecto, exige como una anestesia momentánea del corazón.

Qué bien dicho.

*

Ya sé que no tenían sentido los celos teniendo en cuenta tus circunstancias, pero me sentí celosa

muchas veces, sobre todo cuando te preparabas para irte y yo veía cómo te quitabas mi olor con tu colonia.

No me gustaba que te esforzaras tanto en salir de allí sin que quedara rastro de mí.

*

Verborrea. La definición más completa que he encontrado habla de una alteración cuantitativa del flujo del lenguaje caracterizada por la aceleración del discurso y la dificultad para ser interrumpido.

Cómo odio esta palabra.

*

Hoy ha llegado a la residencia el resultado del examen que le hicieron a mi madre para valorar su grado de dependencia. No solo has aprobado, mamá, sino que has sacado la máxima nota. Grado 3. Como no debes de saber de qué va, te leo una parte del informe:

El grado 3 de gran dependencia es cuando la persona necesita ayuda para realizar varias actividades básicas de la vida diaria y, por su pérdida total de autonomía física, intelectual o sensorial, necesita el apoyo indispensable y continuo de otra persona o tiene necesidades de apoyo generalizado para su autonomía personal.

Es obvio que la especialista que te examinó te debió de ver bastante peor de lo que te vio la doctora Parra. Y, aunque parezca imposible, todos nos hemos alegrado un poco. La residencia cuesta casi dos mil euros al mes y ahora tendrás derecho a una prestación económica que aligerará bastante este gasto.

*

Esta enfermedad es imprevisible. Juraría que hoy sí que ve. Mi madre ve. Me ha reconocido enseguida y se ha alegrado mucho de verme. Me ha dicho muchas veces que me quería. Al menos en mi corazón ha sonado a un «te quiero» multiplicado por mil.

*

¡Qué cabrones los que han preparado este año el anuncio de la lotería! No pude retener las lágrimas. Publicidad directa a la fibra sensible. En el blanco. Dan en el blanco. Va de un pueblo de Galicia. Una señora mayor cree que le ha tocado la lotería porque ve el sorteo en la televisión y escucha cómo los niños de San Ildefonso cantan el número que ella guarda. No se da cuenta de que es solo un recordatorio de lo que había pasado otros años para que la gente se prepare porque

el día del sorteo está ya al caer. Es justo al día siguiente. Ella se pone muy contenta y sale corriendo a la calle para explicárselo a sus vecinas. Que le ha tocado la lotería, que le ha tocado la lotería. Su hijo está a punto de contarle la verdad, pero la ve tan feliz que decide seguirle el juego. No puede quitarle esa ilusión. El pueblo entero se confabula para hacer ver que le ha tocado el Gordo a la abuela Carmina. Lllaman al del bar para que prepare bebidas y pida colaboración para el espectáculo. Los pescadores que han salido ese día reservan toda la mercancía para la celebración. El vendedor de lotería se pone una camiseta de las que todos los vendedores deben de tener preparada por si acaso y en la que se lee: «Premio vendido aquí». Incluso suenan las campanas de la iglesia. Carmina echa de menos la televisión, pero su nieto se lo monta para que unos amigos se hagan pasar por periodistas y, micrófono en mano y con una cámara grabando, le hacen la entrevista esperada. Todos se van hacia el faro, escoltados por la policía, para celebrar allí tanta buena suerte.

En realidad, no queda claro si la abuela Carmina tiene algún tipo de demencia o es solo un despiste. Pero no importa lo que previeran los creativos porque la gracia del anuncio está en ver que todo el pueblo se vuelca para mantener la ilusión de una persona tan buena como Carmina.

Comentario en Internet de alguien que se burla de tanto sentimentalismo: «Uy, ¡qué bonito! Casi vomito un arcoíris».

*

Mamá ha estado contándome cosas sin parar durante una hora y cincuenta y tres minutos. He intentado seguirle el juego, hacerle preguntas, comentarle cosas sobre las cosas que me comentaba, buscar algún truco para que ella se sintiera atraída hacia un tema concreto y lograr así que su discurso tuviera un mínimo de coherencia. No lo he conseguido. No se entendía nada.

Me he acordado de cuando la patrona de Josef K. en *El proceso* habla de algo que no entiende, pero que tampoco hace falta entender.

*

Apreciada Pepita,

Me pongo en contacto contigo porque quiero transmitirte que **sigo a tu entera disposición** para todo aquello que puedas necesitar, tanto a través de mi teléfono móvil, 609528733, como de mi correo electrónico, maria.sanchez@caja-ingenieros.es.

Has recibido este mensaje del banco por correo electrónico, mamá. Ya ves que puedes estar tranquila porque María Sánchez sigue a tu entera disposición y, por si lo dudabas, lo ha puesto en negrita. No tienes que preocuparte porque, mientras les conste que tienes dinero, los del banco no tendrán alzhéimer y se acordarán de escribirte cada cierto tiempo.

*

Proust era un señor que comía magdalenas y escribía tumbado en la cama un libro muy gordo. Casi sangra mi orgullo al reconocerlo, pero una vez quise hacerme el gracioso empezando así un artículo y no me lo publicaron. Recuerdo con especial cariño la parte en la que comentaba el fragmento de la *Recherche* en el que se habla de «ese refinamiento de cortesía que consiste en afirmar a una persona a la que hacemos un favor que los favorecidos somos nosotros, pero sin aspirar a que se lo crean». Hace poco comprobé que Jacob conoce bien ese refinamiento. Cuida a mi madre y hace ver que en realidad es él quien se beneficia porque así ella le hace compañía. Todo un caballero.

*

Nunca he conocido a ninguna mujer tan presumida como mi madre. Aunque solo tuviera que salir de casa para comprar el pan en la acera de enfrente, se tomaba su tiempo para vestirse y maquillarse porque no soportaba que la vieran en cualquier otro estado que no fuera la perfección. Si ahora te vieras, mamá, te enfadarías mucho. Te visten con la ropa que escogimos de tus cinco armarios, sí, pero nada combina con nada. Y tus zapatos de tacón son ahora zapatillas de estar por casa. Y la que te maquilla debe de tener siempre mucha prisa. Por no hablar de tu pelo. Ya nunca lo llevas como antes. Aquellos reflejos tan logrados, aquellas ondas.

¿Pero sabes qué? ¿Sabes qué, mamá? Eres la más guapa de la residencia. Te lo prometo.

*

A veces creo que me he acostumbrado ya a ver así a mi madre y otras veces creo que no me acostumbraré jamás. Seguramente por eso hoy he salido nervioso de la residencia y me ha costado tanto encontrar el coche. No lograba recordar dónde lo había aparcado. He dado vueltas y más vueltas hasta que, por fin, me ha venido a la cabeza la imagen de una escuela de música que me había llamado la atención y me he acercado de nuevo a la residencia para preguntar al portero del edificio si sabía dónde estaba exactamente esa escuela. Por suerte, la conocía y me ha indicado el camino. Casi llego tarde a clase hoy por culpa de este incidente.

*

—Jacob me ha vuelto a decir que tu madre le recuerda a su mujer.

—Parece un señor amable.

—Sí, es muy agradable, y siempre está dispuesto a ayudar a todo el mundo.

—Pero se tiene que aburrir mucho aquí, ¿no? Si lo comparas con los demás, parece que esté

mucho mejor.

—Pues tiene ya noventa y cuatro años.

—Me lo dijo el otro día, sí.

—En realidad, hay un motivo importante que lo retiene aquí.

—¿Ah, sí?

—Fíjate en cómo mira a Raquel.

Me había fijado. La mira de forma especial y, cuando sus miradas coinciden, ella sonríe abiertamente y se hace la tímida, y mira hacia abajo o hacia arriba o hacia cualquier parte donde no esté Jacob mirándola fijamente, con ojos fascinados, descarados, casi perversos.

*

Hoy me siento en una silla al lado de mi madre, que comparte mesa con Jacob, Joana, Aurora, Dolors y Raquel. Queda más de media hora para que las auxiliares sirvan la cena, pero ya están todos preparados, siguiendo su rutina. Pregunto, a nadie en concreto, si mi madre habla mucho, si les cuenta cosas. Quiero saber si interacciona con los demás. Aurora, que está siempre con el cuerpo tendido sobre la mesa, como si estuviera agotadísima, dice con un inequívoco acento andaluz que mi madre no habla mucho. Esa ce hache tan aspirada me hace gracia. Suena como *mucho*. Dolors no está de acuerdo con Aurora.

—Pero si no calla.

Palabras que salen como por arte de magia de una boca inmóvil. Me creo más a Dolors, aunque contemplo la posibilidad de que Aurora, la andaluza, haya querido resultar irónica. Mi madre, efectivamente, no para de hablar. No me extrañaría que las auxiliares buscaran de vez en cuando, desesperadas, el botón *off* debajo de algún brazo para desconectarla un rato.

*

—Pepita, mira quién ha venido a verte. ¿Qué, quién es?

—¡Mi hijo!

—¿Estás contenta? ¿Cómo se llama?

—Es. Se llama. Es mi hijo... más guapo.

—Claro que sí, mamá, muy bien, vamos a buscar un abrigo y saldremos a pasear.

Al menos hay que reconocer que mi madre tiene recursos.

*

Se acerca la Navidad. Llego a media mañana y están jugando al bingo. Mi madre no: está sentada en un sofá, con los ojos cerrados. Me temo lo peor, que esté enferma otra vez. La

despierto y me sonrío. Hablo con ella mientras escucho a la animadora cantar los números del bingo: el 29, el 64, el 40.

—Recordad que cuando salga el 24 tenemos que cantar un villancico. El que empieza: «Esta noche es Noche Buena...».

—Y mañana Navidad.

—Ahora no, Miguel, cuando salga el 24.

Al oír lo del 24 por segunda vez, todos se ponen a cantar: «Esta noche es Noche Buena y mañana Navidad...».

La animadora se da por vencida y canta también.

*

Se ha agotado el brillo de tus ojos, mamá. Tantas operaciones para nada. La última fue peor que las otras, que ya habían ido bastante mal. Un auténtico desastre. Nos podríamos haber ahorrado tanto ajetreo, tantas revisiones, tanta medicación. Y aquel pinchazo que tanto me impresionó. En la consulta, en frío, por sorpresa. Ni parpadeaste. Se te escapó tan solo un quejido mínimo y hasta te supo mal no haberlo podido controlar, como si eso pudiera ofender a la joven doctora que te atendía. Me dolió más a mí que a ti, muchísimo más. Qué valiente fuiste. Y qué rabia que el glaucoma haya ganado todas las batallas.

*

También yo sentía celos cuando me iba porque los dos sabíamos que tú eras libre y en cualquier momento podía pasarte con otro lo que te pasó conmigo. Sumar ese miedo a mi conciencia culpable me hizo pasar muchas temporadas en el infierno.

*

Raúl escribió algo en su libreta, con la mano temblorosa, muy lentamente, haciendo un gran esfuerzo. Cuando terminó, me acercó la libreta. Leí lo que había escrito. No se entendía muy bien porque la caligrafía era muy irregular y la letra, minúscula. De insecto. Además, algunas letras estaban invertidas, como si las hubiera escrito un disléxico. Su hermana Dolors, que está siempre en todo, me sacó de dudas.

—Es disléxico.

—Sí, ya me lo parecía.

Pero Dolors es mucha Dolors. Mirando a Marc, que nos miraba desde la cocina, siguió hablando.

—Bueno, disléxico no, lo guisante.

*

Mi mujer y yo hemos decidido sacar a pasear a mi madre en la silla de ruedas que nos ha prestado una auxiliar porque a la suya se le ha desmontado uno de los reposapiés y no hemos logrado colocarlo en su sitio. Nos sabía mal que molestara a los demás hablando y hablando en voz alta sin poder parar. Hemos pensado que con el aire y el traqueteo igual se calmaba un poco y se callaba. Pero no. Ha seguido hablando mientras la paseábamos por el Passeig de Sant Joan. De repente, Mireia y yo hemos caído en la cuenta.

—Es como cuando las niñas eran bebés y no se podían dormir por culpa de los cólicos o por el calor. Las sacábamos a pasear en el cochecito, arriba y abajo, hasta que se dormían.

—Sí, ya me lo advirtieron el primer día. Vuelven a ser como niños.

*

La pelota es redonda.

*

En una novela de Ismaíl Kadaré, un personaje se acuerda de lo que le preguntó una vez a su abuela: «Abuela, ¿por qué cuchicheas en voz alta?». La abuela respondió: «Para que seamos dos, hijo, para no sentirme sola».

Ya sé que es una tontería, pero cuando veo que mi madre no para de hablar pienso que al menos ese discurso incoherente, poblado de tanta gente que ya no existe, le hace compañía.

*

Por fin me han comunicado en la facultad que reúno todos los requisitos para solicitar un semestre sabático. Me irá muy bien, mamá. Pasaremos más tiempo juntos. Tengo un gran proyecto. Eso les he dicho a mis colegas de departamento, y es verdad, pero no les he dicho que mi proyecto no tiene nada que ver con la investigación académica. Voy a escribir una novela. Como divertimento. Contaré tu historia y la de la residencia. Con Raquel, y Jacob, y Dolors, y Aurora. Con todos. Pero no será triste. Me inspiraré en una frase de Eugenio. Dijo que el humor verdadero procede de la tragedia. Escribiré esta frase en un papelito y lo colgaré con un imán en la nevera. Así la leeré muchas veces y no se me olvidará. Nada de historias lacrimógenas. Nada de tragedias. Pura comedia. Con muchos chistes. Chistes plagiados, reciclados, adaptados, inventados. Qué sé yo.

*

Un personaje de Lorrie Moore le pregunta a otro personaje de Lorrie Moore si cree en Dios y el personaje que tiene que contestar dice primero «es una larga historia» y luego explica: «Tenemos una especie de acuerdo mutuo: yo no creo en él y él no cree en mí. Así nadie se hace daño».

Ahora hazte tú la pregunta. Pregúntate si crees en Dios y pon cara de trascendente (aunque nadie te mire) y que parezca que estás reflexionando. Intenta recordar si de pequeño, por las noches, rezabas antes de dormirte. Si de alguna manera notabas una presencia. Prueba a cerrar los ojos y reencontrarte contigo mismo en aquel colegio religioso en el que don José María Arellano os castigaba a todos copiando frases absurdas y encabezando el castigo con un estúpido canto (una, dos y tres, a copiar otra vez por no obedecer) y donde Esteban Baigorri no tenía que decir nada para que se notara que era la máxima autoridad allí dentro y dar más miedo que cualquier monstruo que diera mucho miedo, y donde hacíais gimnasia el mismo día en que se murió Félix Rodríguez de la Fuente (amigo Félix, cuando llegues al cielo...), y donde entonabas a voz en grito cosas en las que ni creías ni ibas a creer jamás (antes morir que pecar...). ¿Qué ves? ¿Qué sientes? ¿Alguna emoción especial? ¿Alguna epifanía mientras desenvolvías el bocadillo de mortadela? ¿De turrón? ¿Tu madre te hacía bocadillos de turrón de Jijona? ¿En serio?

*

—Hola, David. Me has llamado, ¿verdad?

—Pues no, no te he llamado, mamá.

—¿No?

—No. ¿Te pasa algo?

—No, nada. Es que creía que me habías llamado.

*

Paulo Coelho en *El Alquimista*: «Cuando deseas alguna cosa, todo el universo conspira para que puedas realizarla».

Otro que ha visto el anuncio de la lotería y la abuela Carmina.

*

En la mesa de detrás, escuché un murmullo y me di la vuelta. Me pareció que Miguel y Aurora cerraban los ojos y rezaban. Marcena, la auxiliar rusa o puede que ucraniana, se dio cuenta de mi indiscreción y opté por preguntarle algo para fingir naturalidad.

—¿Siempre rezan antes de comer?

—No. Aquí cocinamos bastante bien.

*

Otra vez he olvidado el móvil en la facultad y no tengo clase hasta el miércoles, así que o voy a buscarlo esta tarde o intento sobrevivir dos días sin él. Empiezo a intuir que la angustia será insufrible (¿Estará bien mamá? ¿Habrán llegado ya al colegio las niñas? ¿Por qué tarda tanto Mireia?).

Voy a buscarlo.

*

—¿Y esta Celia de dónde es?

—Se llama Delia.

—¿Y de dónde es?

—No sé bien. Creo que de Cuba o de Venezuela.

—Ah, de aquellos países.

—No pongas esa cara, mamá. Te gustará.

*

Un conocido catedrático de Lingüística General, que quería que nos tocáramos todos mucho y todo el día, decía que probablemente el tacto es el más primitivo de todos los sentidos porque a través de él empezamos a explorar el mundo y descubrimos dónde termina nuestro cuerpo y empieza el exterior. Primero tocamos y luego ponemos nombre a lo que tocamos. Las palabras vienen después. Ahora con mi madre tengo que hacer el recorrido inverso. Le digo cosas, no las entiende, entonces cojo sus manos y me dice que las mías están muy calientes y sonrío feliz porque ya entiende todo lo que hay que entender.

*

Carta de una auxiliar de geriatría colgada en Internet y luego colgada por Fanny o Marcena o Pili o Yendi o Jussiara en el mismo tablero de corcho en el que suelen colgar el menú de cada mes:

Querid@s compañer@s,

No sé vosotras, pero yo me siento muy desilusionada. Llevo veintitrés años como auxiliar de geriatría y estoy muy cansada de trabajar con tantos obstáculos, tanto en residencias privadas como en concertadas o municipales. Los políticos presumen de que nuestra sociedad avanzada cuida a sus mayores, pero somos solo nosotras las que estamos todo el día con ellos, quienes los levantamos, lavamos, afeitamos, cortamos uñas, limpiamos sus orinas y heces, vómitos, mocos, babas, etc. Somos nosotras las que les damos de comer,

pelamos su fruta, espesamos su comida, los hidratamos. Nosotras nos encargamos de moverlos, de acostarlos, de que cambien de postura para que no se llaguen. Seguro que me dejo un montón de cosas, pero hasta de escribir estoy cansada. Estoy muy cansada de los turnos horribles, de que no se cubran las bajas, de que tengamos que trabajar en pésimas condiciones. Y encima, cuando llegan las visitas, se nos pide que echemos más ambientador porque a todo el mundo le molesta el olor de la gente mayor. Estoy cansada de tanta hipocresía y de familiares que ven mal incluso el color de la chaqueta que ponemos a los residentes. Estoy muy cansada de que me queme mi profesión, porque es estupenda. La elegí hace muchos años, cuando escuché por primera vez la canción de Serrat que se titula *Llegar a viejo* y deseé con todas mis fuerzas ser alguna vez auxiliar de geriatría.

*

No sé dónde leí, creo que en un artículo de periódico, que uno no se compra una brújula para ir al Polo Norte, sino para que le señale el norte y sentirse orientado. Es lo que me pasaba contigo. Necesitaba mantener nuestra relación porque me indicaba un camino hacia alguna parte, pero yo sabía que nunca llegaría allí porque estaba atrapado en mi vida.

*

—Prométeme que cuidarás de los niños y les hablarás de mí.

—¿Ya has vuelto a poner tus síntomas en Google?

—Te quiero mucho.

Parezco yo el del chiste. Pero es que no puedo evitarlo. No sé qué busco, pero busco algo. Paso horas enteras conectado a Internet. Quiero y no quiero saber.

*

—Cada vez estás más gorda, niña.

—Mamá, haz el favor. Perdona, Yendi.

Yendi no perdona. Ni siquiera mira a mi madre. Pone cara de desprecio y sigue haciendo lo que estaba haciendo, que básicamente consiste en hacer ver que hace algo. Yo creo que tendría que estar ya más que acostumbrada a estas cosas, aunque entiendo que no es de piedra y que un comentario tan impertinente como el que le ha hecho mi madre tiene que afectarla un poco. Debe de estar algo acomplexada. El otro día hablaba con Ana sobre la proximidad del verano y la operación bikini de cada año. Operación bikini. Si se lo plantea cada verano, yo diría que lleva años en lista de espera.

*

Según Freud, «la compasión ahorrada es una de las más generosas fuentes del placer humorístico». O sea, que cuando nos están contando algo que debería compadecernos, pero, de

repente, la historia gira en una dirección inesperada, nos ahorramos un gasto psíquico y lo agradecemos tanto que nos reímos.

Más o menos es esto lo que explica Freud en *El chiste y su relación con lo inconsciente*.

Ejemplo:

—Mamá, ¿puedo mecer al abuelito?

—No hasta que sepamos quién lo ahorcó.

*

Cuando decidí escribir esta novela en castellano no pensé que se me haría tan extraño dirigirme a ti en una lengua distinta a la que siempre hemos usado para hablarnos. No sé si tú también lo notas, pero cada vez que digo «mamá» y luego viene lo que sea que venga siento que esa mamá no eres tú y que quien te llama así no soy yo.

Qué cosa esto de la lengua materna.

*

La primera vez que me tocó el culo me puse rojo. Dolors lo notó y se burló de mí.

—No te emociones, que se lo toca a todos los hombres que vienen de visita.

Implacable Dolors. No me emociona que una anciana me toque el culo. Es un gesto simpático. Y cuando cruzas esa puerta ya sabes que todo puede pasar. Lo que sí que violenta un poco es que ponga esa cara medio obscena y saque la lengua y se la pase por los labios.

—Esto no va a colar en el libro, tío.

—¡Pero si pasó de verdad! Te lo juro.

*

Antonio Machín. Te encantaba, mamá. Con aquellas maracas. Voy a ponerte alguna canción suya para ver cómo reaccionas. La doctora Parra me dijo que esto iba muy bien. Me habló del poder de la música y de cómo os afecta. Madrecita del alma querida, a ver si reconoces las canciones. Dos gardenias para ti. De esta me acuerdo mucho. No sé si, a papá, Machín le gustaba tanto como a ti. De eso ya no me acuerdo. Aunque juraría haberos visto bailar en alguna fiesta mientras sonaba toda una vida me estaría contigo, no me importa en qué forma, ni dónde, ni cómo, pero junto a ti. Quizás fue en vuestras bodas de plata. En el restaurante La Masía. Tengo una debilidad. Yo llegué tarde porque venía de jugar un partido de fútbol, en autocar, creo que de Zaragoza. Ya habíais empezado a cenar. Ay, qué calamidad, mi vida es un disgusto. Vergüenza de llegar el último y ser, de repente, el centro de atención. Los ojos de todo el mundo sobre mí. Con catorce años, eso se lleva fatal. Somos novios, pues los dos sentimos mutuo amor profundo.

Papá se levantó enseguida para preguntarme por el resultado del partido. Tú estabas radiante. Feliz. Mantenemos un cariño limpio y puro. En el comedor de casa hay una fotografía de aquel día. Estás guapísima. Y papá, muy elegante. Corbata azul marino. Anoche hablé con la luna y le conté mis penas. Creo que no volvimos nunca a La Masía. Es como si aquel lugar hubiese existido solo un día, para vuestra fiesta. Para aquel baile. Me confesó la luna que nunca tuvo amores, que siempre estuvo sola llorando frente al mar. Bailabais bien. Se notaban las horas invertidas en La Gavina Azul. Yo, desde luego, no he heredado esa habilidad. Soy muy patoso. Pero contigo sí que he bailado alguna vez, medio en broma. Siempre lentas, para que tú me llevaras. La última Navidad, en casa de Xavi, ¿te acuerdas? Mira que eres linda, qué preciosa eres. Se me daba mejor lo del fútbol. Papá se ilusionó con eso. La pelota es redonda. Cuánta razón, papá. Aunque amores yo tenga en la vida que me llenen de felicidad, como el tuyo jamás, madre mía, como el tuyo no habré de encontrar.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué lloras?

*

Ahí sigue la carta de la auxiliar de geriatría, colgada en el tablero de corcho. No sé si tendrá mucho éxito con las reivindicaciones implícitas que plantea, pero, por lo que a mí respecta, hoy me ha parecido que la chaqueta granate de mi madre conjuntaba perfectamente con el pañuelo de cuello azul celeste y los pantalones negros.

*

Al poco tiempo de morir mi padre, a mi madre le detectaron un tumor en el riñón izquierdo y nos temimos lo peor. Mi padre había vivido solo tres meses desde el diagnóstico de su enfermedad, así que la sombra de aquel recuerdo empezó a cubrirnos a todos. Al principio pensaron que lo de mi madre era solo un cálculo renal, pero luego se dieron cuenta de la gravedad y tuvieron que quitarle un riñón y todos los conductos. Por suerte, la operación fue un éxito y aquella sombra inquietante empezó a batirse en retirada. De aquel susto solo quedó una revisión anual en la que invariablemente el nefrólogo reñía a mi madre porque no bebía la cantidad de agua que era aconsejable y de la que ella regresaba a casa siempre muy feliz porque las enfermeras, tras consultar su ficha, le decían que la edad anotada debía de estar equivocada porque seguro que ella era mucho más joven.

*

Bernat y Raúl discutían por algo. Se disputaban una revista tirando de ella cada uno hacia sí. Pero en broma. Reían como niños. Era una pelea de guardería, aunque los dos invertían toda la

fuerza que podían en el juego y se miraban desafiantes. Entonces Bernat, sin soltar la revista y sin dejar de mirar fijamente a su rival, preguntó en voz alta y adoptando un tono chulesco que no le pegaba en absoluto: «¿Quién creéis que ganaría en una lucha a muerte entre Raúl y yo?».

Dolors no se lo pensó dos veces: «Todos ganaríamos».

*

Pertenece a un grupo de medicamentos denominados antipsicóticos. Tiene efectos sedativos. Le irá bien cuando esté muy nerviosa.

—Repítame el nombre, doctora Parra, que lo anotaré.

—Quetiapina.

—¿Cuántas puede tomar al día?

—Lo normal es dos. Pero si está muy agitada, pueden ser tres.

*

La historia de Jacob y Raquel promete. Ana, la enfermera, conoce todos los detalles y he logrado que suelte alguno. A cambio he tenido que ayudar a su sobrina con la matrícula de la universidad. Se hacía un lío con los créditos de las asignaturas y los horarios. Le presenté al coordinador de estudios y tema solucionado. Solo entonces Ana accedió a contarme algún detalle. Nada es gratis. Esto no cambia cuando cruzas esa puerta.

*

Mi madre ha perdido su audífono otra vez. Lo han buscado por todas partes, pero nada. Se nota que a las auxiliares les sabe fatal y que se sienten culpables porque mira que lo sabemos, dicen ellas mismas, y supongo que se refieren a que saben que tarde o temprano mi madre va a quitarse el audífono y va a dejarlo en cualquier parte, aunque también es posible que se refieran a que saben que esto de los audífonos es una cosa muy cara.

Ahora, digas lo que digas, mi madre pregunta siempre «¿sí?», y ese «¿sí?» se parece a veces a un «¿qué quieres?» y otras veces es más bien un «¿de verdad?». Hay que apoyarse un poco en el contexto para decidirse por una interpretación u otra, o para decidir no interpretar nada porque también pasa que ese «¿sí?» tan repetido es solo un síntoma de que no te oye o no te entiende, y entonces lo que no queda claro es si el problema es la sordera o el alzhéimer.

Ojalá encuentren el dichoso audífono en la residencia y así por lo menos despejamos alguna de las incógnitas.

*

Otro *spot* de los que o lloras o vomitas arcoíris. Este es de TV3, para «la Marató» que organiza cada año con el fin de reunir dinero y donarlo a la investigación sobre alguna enfermedad. Este año toca el alzhéimer.

Dos niños van grabando distintos sonidos (de una cafetera hirviendo, de unos pájaros volando, de una vecina que grita, de unas sábanas tendidas al sol, del pitido que hace un afilador para avisar de su presencia, del golpe que da un vendedor de butano en una bombona, de la lluvia, del viento entre las hojas) y van explicando en cada momento a qué corresponde exactamente cada sonido. Luego encienden la grabadora delante de su abuela para ayudarla a recordar esas pocas cosas esenciales.

No sé vomitar arcoíris, pero sé llorar y se me ha notado bastante cuando he visto a esa señora con la mirada perdida y sin brillo en los ojos escuchando sonidos acompañados de las voces de sus nietos.

Me hago mayor.

*

Lo de la desinhibición es la hostia. Ellos pierden la vergüenza y dicen directamente lo que piensan, sin filtros. El que se muere de vergüenza eres tú.

—Esa es una imbécil.

—Mamá, por favor.

—Una imbécil.

—¿Qué te ha hecho?

—Imbécil.

—Vale, pero que no te oiga porque igual la imbécil no es sorda.

*

Ya sé que estabas atrapado en tu vida y que no tenía que hacerme ilusiones, pero aun así, aun así...

*

Cuando le dije a la doctora Parra que tenía razón con lo de la música, que mi madre llegó incluso a llorar el otro día mientras escuchaba a Machín, me pidió que la esperara un momento, entró en el despacho que comparte con el médico de la residencia y tardó menos de dos minutos en salir con un libro que me entregó ya abierto por la parte final. Me pidió que leyera un fragmento que había subrayado a lápiz, no sé si justo para la ocasión. Lo leí.

Desde el punto de vista fisiológico, se ha comprobado que los estímulos musicales activan los sistemas de excitación corporal, que segregan sustancias como la norepinefrina y la serotonina, que además regulan las respuestas emocionales. También se presenta una importante estimulación en los sistemas que trabajan con dopamina. La memoria es uno de los ingredientes básicos de la habilidad musical. La memoria musical podría subdividirse en memoria tonal, memoria rítmica, memoria armónica, memoria musical-verbal y memoria musical motora, que posee elementos implícitos.

No entendí muy bien por qué la doctora Parra me había hecho leer parte de un artículo escrito por una especialista en musicoterapia. Yo ya me había creído todo lo que ella me había contado acerca de los efectos que la música puede tener sobre los enfermos de alzhéimer, así que no necesitaba ningún refuerzo científico que confiriera más autoridad a sus palabras. En realidad, tampoco habría necesitado sus palabras porque después de ver cómo mi madre cerraba los ojos y sonreía feliz mientras seguía el ritmo de las canciones de Machín moviendo delicadamente la cabeza de un lado a otro, y en algún momento hasta moviendo los labios para saborear las letras, ya sabía perfectamente qué es capaz de hacer la música contra ese cruel ladrón de la memoria.

*

Cumplías ochenta y tres años y lo celebramos en un restaurante de la calle Santaló. Cuando trajeron la tarta, te animaste a soplar con ayuda de todos tus nietos. Gerard, Guillem, Marc, Lia, Lena, Gala, Abril. Son siete, mamá, y te miman un montón. Aquel día las niñas pasaron más de media hora maquillándote para que estuvieras muy guapa. Después de la tarta, vinieron los regalos. Un pañuelo de cuello, un jersey, un collar, perfume. Lo de siempre. Para qué arriesgar. Ningún pantalón de chándal, por supuesto. Nadie esperaba que hablaras, pero lo hiciste. Os quiero mucho a todos. A todos. Os quiero mucho. Lo que dijiste segundos después sonó como un disparo por la espalda.

—Pero no me llevéis a una residencia.

*

Le han cambiado la medicación para ver si se recupera un poco y vuelve a tener más energía. Ya se nota alguna mejora, pero los nervios se le han disparado y ahora va a mil por hora. No para de hablar en voz muy alta, casi a gritos. No para porque no puede parar. Le decimos que se calme y que esté un rato en silencio para descansar, y ella no deja de repetir: «Callar, sí, callar, tengo que callar, callar, callar, tengo que callar, sí». La veo sufrir porque se da cuenta de su incapacidad para hacer lo que le pedimos. Habla con infinitivos, a lo indio tipo Hollywood: «no gustar», «hacer frío», «doler barriga».

En cuanto a mí, verla así «joder mucho».

*

Otra vez he cometido el error de no fijarme dónde he aparcado. Vamos a ver, venía por la calle València, he subido por Girona y luego he vuelto a girar por Còrsega (¿o por Rosselló?) hasta Roger de Flor (¿o aquello era ya Nàpols?).

En fin, tiene razón Pavese cuando dice que no entiende por qué la gente, cuando comete un error, suele decir «la próxima vez ya sabré cómo hacerlo», cuando debería decir «la próxima vez ya sé cómo lo haré».

*

Típico chiste del doctor que tiene una noticia buena y una mala.

—¿La mala? Que tiene usted alzhéimer.

—¿Y la buena, doctor?

—Que cuando llegue a casa ni se acordará.

Ya estamos otra vez con lo de la compasión ahorrada. No sé si a mí esto me gusta tanto como a Freud. Vale que como recurso cómico a veces puede funcionar, pero yo lo veo más bien como un gesto frívolo para provocar la risa. El humor auténtico es otra cosa, para mí es otra cosa, no sé cómo explicarlo, no solo busca hacer reír, quiere que veamos que detrás del hecho gracioso se encuentra algún tema grave, quiere que pensemos, que primero nos riamos y luego pensemos, porque entonces la carcajada inicial se convierte ya solo en una media sonrisa que tiene poco que ver con lo que nos ha hecho reír y mucho con la aparición de un nuevo sentimiento que lo reestructura todo y que para mí se parece mucho a la ternura. A los chistes sobre el alzhéimer les falta ternura y por eso no me gustan. No me gustan nada.

Métase las dos noticias, la buena y la mala, por donde le quepan, doctor.

*

Otra vez dudamos de si ve o no ve. A veces juraríamos que sí, pero nunca llegamos a estar seguros. Tiene la mirada perdida. No enfoca. Le paso la palma de la mano derecha por delante, muy cerca de su cara, pero los ojos ni se mueven. ¿De qué color es mi camisa? ¿Cuántos dedos ves aquí? Preguntas y más preguntas, pero ninguna respuesta clara. Ayer probé otra cosa. Le pasé un catálogo de Ikea y le pregunté si le gustaba. Raúl y Dolors se quedaron mirando el catálogo.

Primero habló Raúl: «Una vez monté una cama de Ikea sin mirar las instrucciones».

Dolors tardó menos de dos segundos en replicar: «Pero era un armario».

*

Antonio Abad Lugo Machín, más conocido por Antonio Machín. Cantante de boleros. Nació el 11 de febrero de 1903 en la localidad cubana de Sagua la Grande y murió el 4 de agosto de 1977 en Madrid. Está enterrado en el cementerio de San Fernando, en Sevilla.

Ya ves, mamá. También era de aquellos países.

*

Esta vez ha sido más descarada que nunca. Pili me contaba cómo había pasado la noche mi madre, que no había dejado de hablar y quería levantarse de la cama continuamente. Yo iba a decirle algo amable, elogiarla por su trabajo, expresarle mi admiración por tanta paciencia, no sé, algo que pudiera funcionar como reconocimiento y a la vez como motivación para seguir trabajando así. Quería decirle que para un familiar reconforta saber que existe gente como ella. Ya tenía la frase pensada. Iba a funcionar seguro. Pero ni llegué a abrir la boca porque, de repente, a traición, noté una vez más esa mano lasciva apretando con fuerza mi nalga derecha.

*

Me sienta bien escribir todo esto. Es una manera de estar contigo cuando no puedo estar contigo, mamá. Procuro no faltar los domingos por la tarde y me escapo siempre que puedo entre semana, pero el día a día pesa mucho. Las clases, la investigación académica, la logística familiar... A veces parece que todo se conjure para apartarme de ti, como si no quedara suficientemente claro que ya existe alguien, algo, eso, que está apartándote de mí. Pero en cuanto tengo un momento libre, me siento frente al ordenador y escribo. Es como si te invocara. De pronto, apareces.

*

—Yo sí sé lo que buscas en Internet. Quieres saber si es una enfermedad hereditaria.

—No digas tonterías.

—No te agobies. Los investigadores dicen que solo en un tanto por ciento muy reducido se dan casos de alzhéimer hereditario.

*

Mi madre estaba comiendo su yogur a paso de tortuga.

Dolors no se pudo reprimir:

—Dile que espabile, que caduca dentro de tres días.

*

—¿Qué le pasa?

—No sé, lleva así toda la tarde. Por eso te he llamado. Está muy nerviosa.

—Hola, mamá, soy yo, David. ¿Qué te pasa?

—Hola, hola, hola. Vete, que no te vean. Vete. Rápido. Vete. Vete.

—¿Que no me vea quién, mamá? No hay nadie.

—Sí, están allí. Que no te vean. Son muy malos. Te harán daño. Te matarán.

—A ver, mamá. No hay nadie, tranquila. Estoy aquí contigo, dame la mano. Joder, está temblando. ¿Le habéis dado algo? ¿Alguna quetiapina?

—Sí, pero no le ha hecho ningún efecto. Sigue igual de inquieta.

—Escucha, mamá, tienes que calmarte un poquito. No hay nadie. No te va a pasar nada.

—Vete, vete antes de que te vean. Por favor, vete.

*

Gracias por todos los momentos de incomparable felicidad.

*

—¿Qué silbas?

—¿Cómo?

—Que qué silbas. Llevas rato silbando una canción.

—Ah, nada. No sé. Se me ha pegado. La escuché en la radio.

Maldita canción pegadiza que me obliga a mentir para no hacer el ridículo. La chica del 17 lleva zapatos de tafilete, sombrero de gran copete y abrigo de petit-gris. Y, a este paso, también va a llevar instalada en mi cabeza días enteros. No puedo librarme de ella.

*

—Tiene razón tu madre cuando dice que Yendi está gorda.

—Ya, Dolors, pero esas cosas no se pueden decir a la cara.

—¿Por qué no?

—Pues porque ofenden. Además, me consta que está intentando quemar calorías.

—¿Quemar calorías? Pues como no se prenda fuego...

*

En *Las trampas del deseo*, Dan Ariely analiza el sentimiento de la propiedad. Explica esto:

La propiedad tiene también lo que yo denomino peculiaridades. Por una parte, cuanto más trabajo ha puesto uno en algo, mayor será el sentimiento de propiedad que empezará a experimentar con respecto a ello. Piense en la última vez que montó un mueble. El hecho de tener que averiguar dónde va cada pieza y qué tornillo encaja en cada agujero potencia el sentimiento de propiedad.

Un poco más abajo dice este autor:

Mi amigo y colega Mike Norton (profesor en Harvard) y yo hemos acuñado un término para definir este fenómeno; lo denominamos el «efecto Ikea».

No voy a seguir leyendo el libro porque ahora ya sé lo mucho que debió de querer Raúl a su cama-armario.

*

—Me habían hablado de las incontinencias, pero me imaginaba otra cosa.

—No sé qué te imaginabas, pero la verborrea no deja de ser una incontinencia, solo que de tipo verbal.

*

Nerea, la fisioterapeuta, estaba dando un masaje en el cuello a mi madre porque la cabeza hacia la izquierda. Sonrió al verme. Debe de ser la trabajadora más joven de la residencia. Le echo veinticinco años como mucho. No sé cómo lo hace, pero logra que su juventud se esparza por los pasillos y entre en todas las habitaciones y sea como un soplo de aire fresco. Además, tiene una parte muy espiritual. Es de esas que están siempre hablando de chacras y no sé qué más. Mucha autoayuda consumida. Me recuerda a aquella pareja de Calonge. No he conocido padres más alternativos. Nada de hospitales ni clínicas: el niño nació en casa. Parto natural, con una comadrona para darte la mano, sin epidural, sin nada de nada. Así sientes el dolor y comprendes que estás dando vida. No se puede explicar. Hay que vivirlo. La hermana ya tiene nueve años y nunca nunca nunca la hemos vacunado. Al niño tampoco vamos a vacunarlo jamás. Lo dicen con orgullo. Cenábamos en el jardín. Nos pusieron comida también muy alternativa, ni muy buena ni muy mala, digamos que extraña, diferente. No paraban con lo del karma. Centros de energía por aquí, centros de energía por allá. Entonces el padre le dice a la niña: enséñales el Ginkgo biloba. La niña no lo entiende bien y pregunta: ¿El qué? Su padre le aclara: el árbol que hemos plantado esta semana. Luego dirige otra aclaración, un poco larga para mi gusto, hacia nosotros: es japonés, muy antiguo, sabemos que existió porque encontraron un fósil y luego pudieron recuperar la especie, y tiene hojas medicinales, y da muy buenas vibraciones, es muy espiritual, es mágico. Enséñaselo, Adriana. Adriana sigue sin verlo claro, duda, mira a un lado y al otro. El padre insiste: Allí, hombre, allí, a la izquierda. Entonces va y lo suelta:

—Al lado de donde enterramos la placenta.

No pude más. Ya era demasiado. Me levanté, apoyé las dos manos sobre la mesa, lo miré fijamente a los ojos y le dije:

—Por favor, dime que tu abuela se llamaba Placenta.

*

Al pintor norteamericano James Whistler no le caía bien Oscar Wilde. Le parecía frívolo, superficial, por su forma de vestir y porque siempre estaba buscando el momento oportuno para soltar una frase ingeniosa y acaparar todo el protagonismo. La Diva Wilde. Pero lo que menos soportaba era que el escritor se las diera de entendido en materia de arte. Con eso no podía. Le parecía que robaba ideas a quienes de verdad sabían y luego se las apropiaba. Se las robaba a Walter Pater, a John Ruskin y al propio Whistler. Un día coincidieron en una cena. En un momento determinado, Whistler hizo una observación que a todo el mundo le pareció brillante. Wilde se levantó y dijo: «¡Qué interesante esto que has dicho, James! ¡Qué pena que no lo haya dicho yo!». Whistler se quedó mirándolo y le respondió: «Ya lo dirás, Oscar, ya lo dirás...».

—¿Y esto a qué viene?

—Ya lo verás, hombre, ya lo verás...

*

Te has olvidado ya de caminar, mamá. Me dijeron que pasaría. De la cama a la silla de ruedas y de la silla a la cama. Eso es todo. Tenías unas piernas muy fuertes. Te lo decíamos siempre. Caminabas lo que hiciera falta mientras se tratara de ir de una tienda a otra mirando escaparates y probándote ropa. De caminar por la montaña, ni hablar. Pero eran buenas piernas. Ahora parecen dos alambres. Con lo que te gustaba bailar, mamá. Ya no podrías volver a La Gavina Azul.

*

Que no fumo, de verdad. No puedo darte un cigarro. Lo siento.

*

De nuevo ha perdido el audífono. Otra vez la sordera y el alzhéimer se aliarán para que todo sea más difícil todavía.

—Disculpa, pero no lo ha perdido.

—¿Lo tenéis vosotras?

—No. Lo tienes tú. He visto cómo te lo ponías en un bolsillo de la americana.

Comprobación rápida desde el escepticismo. Tiene razón Marcena.

—Perdona, culpa mía.

*

Lo de la compasión ahorrada funciona de maravilla. Mira, otro ejemplo:

—Mi madre tiene alzhéimer.

—Pobre. Dale recuerdos.

A tu puta madre se los voy a dar.

*

—Cuando la mujer de Jacob tuvo el ictus, él se deshizo en atenciones. La adoraba. Al principio pensó que mejoraría con la rehabilitación, y luego con un tratamiento neurológico al que la sometieron en París, pero pronto se desvaneció toda esperanza. Tuvo que ser muy duro. Imagínatelo. Trabajas todo el día, llegas a casa, se va el cuidador o la cuidadora y te quedas cuidándola tú. Así años.

—¿De qué trabajaba? ¿Lo sabes?

—Creo que era director de una oficina bancaria.

—Marc me contó que no tuvieron hijos.

—No, no tuvieron. Al menos habría tenido alguna ayuda. Bueno, y en cierto modo la tuvo.

—¿Raquel?

—Lo has adivinado. Se conocieron en la oficina del banco, por algún trámite, y no tardaron en intimar y ser amantes.

—Joder. Qué historia. Pero no entiendo. ¿Vivían juntos?

—No. Jacob me contó que nunca quiso mezclar las cosas. Pero vete a saber cómo se organizaban. El caso es que cuando Jacob y su mujer vinieron aquí, Raquel los siguió y... y me parece que te estoy contando ya demasiadas cosas.

—¡No me vas a dejar así!

—Bueno, el resto ya te lo puedes imaginar. Dos enamorados disimulando para que nadie se diera cuenta de nada y comunicándose por carta, en secreto, cada noche.

—Vaya. ¿Y nadie lo notó?

—Todos lo notamos. Pero aprendimos a disimular también. Yo misma me encargué a veces de que alguna carta llegara discretamente a su destino.

—Entiendo que la mujer de Jacob no podía enterarse de nada.

—Jacob no dejó nunca de cuidarla. Hasta el último día.

Gracias a esta conversación con Ana supe por fin en qué se metía la chica del 17.

*

Me da miedo que me pase como con tantos relatos de Raymond Carver, que son como promesas incumplidas. Empiezan a contar una historia interesante y luego resulta que no pasa nada o pasa justamente eso: nada.

*

Tú agonizabas, papá, y ella se pasó la noche entera tumbada junto a ti en la cama, hablándote. Te decía, sonaba casi como un susurro, que te quería mucho, que lo habíais pasado muy bien juntos, que no te preocuparas porque estaba allí contigo, haciéndote compañía, y siguió hablando y hablando durante toda la noche, sin parar.

¿Sabes? Ahora hace lo mismo.

*

La discusión la empezó Raúl.

—Que no, hombre, que no, que son más marrones que esta mesa.

—Te digo que son azules.

—Marrones.

—Azules.

Se referían a los ojos de Martina, la auxiliar que se había incorporado el día anterior como refuerzo y todavía no sabía quién era quién ahí dentro. El astuto Bernat quiso ganarse su simpatía a la antigua, con un piropo que nos pilló a todos por sorpresa.

—¿Dónde te has comprado esos ojos, niña?

La niña en cuestión se sonrojó. No estaba preparada para responder a las armas de seducción de un anciano de ochenta y siete años.

—No te esfuerces, Bernat, que ya tiene novio.

El comentario lo hizo Fanny y provocó risas que todavía animaron más a Bernat.

—Con esos ojos azules, lo raro sería que no lo tuviera.

El detalle cromático fue lo que abrió la disputa. Raúl no estaba dispuesto a aceptar que los ojos de Martina fueran azules, entre otras cosas porque no lo eran y porque una cosa era ser disléxico y otra, daltónico.

*

No consigo entenderlo. No lo entiendo. Mi madre hablaba y hablaba, con el piloto automático puesto. Palabras inconexas, sin sentido. Yo ponía cara de interés, pero casi ni la escuchaba

porque al final, ya sé que esto suena fatal, desarrollas esa habilidad. Y, de repente, en medio de la incoherencia, se lo escucho decir: «Te quiero mucho». Lo siguiente que dijo volvían a ser palabras, palabras, palabras. La interrumpí: «¿A quién quieres mucho, mamá? ¿A mí?». Palabras, palabras, palabras. Más palabras y, de nuevo, una sorpresa: «¡Tener que verme así a estas alturas!». Dijo eso. Lo juro.

*

—Las auxiliares dicen que tu madre apenas bebe agua. Tendría que beber más.

—Uy, Marc, esa es una batalla perdida. Ni el nefrólogo lograba convencerla. Y eso que la asustaba anunciándole un fallo renal cualquier día.

—Es un poco tozuda, ¿no?

—Si solo fuera un poco...

*

Los ojos de Borges. Mi escritor favorito. Ojos de ciego. Cada uno en distinta dirección. Como buscando algo que nunca van a encontrar. Habré visto esa imagen inquietante en más de cien entrevistas. Borges en Internet. Ahora esos ojos son también los de mi madre. Los tuyos, mamá. Quién iba a decírmelo. Tú, tan ajena a la literatura, heredando los ojos de Borges. Los ojos de la literatura.

*

Nunca habla de mi abuela paterna, su suegra. La odiaba. Se odiaban. Recuerdo muchos gritos en casa, cuando los abuelos vivían con nosotros. Grave error, papá, nunca debiste permitirlo. Debilidad de hijo único. Pero también eras marido único. No debiste permitir aquel infierno. Día sí, día también. El horror, el horror.

*

No solo se podía ir a escuchar a la Orquesta Neptunos y a la Orquesta Gene Kim; también se organizaban partidos de baloncesto (*basket-ball*, se decía) en La Gavina Azul. Incluso por las noches. Localicé un anuncio antiguo por Internet. Era de un partido entre el Barcelona y el Patrie. Me encantó la parte final:

Para evitar toda confusión, la empresa nos comunica que solo tendrán libre entrada los componentes de los Comités de las Federaciones Nacional y Regional, del Colegio de Árbitros y los periodistas. Los socios de ambos clubs abonarán media entrada. Para el bello sexo, desde luego, la entrada será libre.

Dudo que asistieras al partido, mamá, porque nunca te gustó el deporte. Pero, ya lo ves, no habrías pagado. Desde luego.

*

—Marrones.

—Azules.

Martina podría haber resuelto el enigma inexistente, pero la discusión entre Bernat y Raúl debió de parecerle divertida y se la veía encantada siendo la protagonista. Se limitaba a reír, sin decir nada. Fanny sí que intervino, repartiendo juego.

—¿Tú qué opinas, Dolors?

Podría haber escogido a cualquiera, pero escogió a Dolors. Las novatadas existen en todas partes. Dolors giró la cabeza lentamente hacia Martina, la examinó de arriba abajo y, con su hieratismo de siempre, sentenció:

—Azules ni en broma. Como mucho, azulados.

—¿Azulados?

—Sí. Uno azulado del otro.

Martina, te presentamos a Dolors.

*

Ya vuelvo a invocarte a través de la escritura, mamá. Es como lo de aquella película canadiense de Peter Medak que tanto nos marcó a todos. Luego mil noches sin poder dormir. Por el miedo. *Al final de la escalera*. Solo mucho después supe el título original, *The Changeling*. Nunca se llamará así para nosotros. Todavía puedo escuchar la voz de aquella médium invocando al espíritu del pobre niño paralítico. Sabemos que estás con nosotros. ¿Quieres comunicarte? Estamos aquí para ayudarte. ¿Cómo te llamas? Y la voz escalofriante del niño. Un susurro extendido. Mi padre, mi habitación, no puedo caminar, mi medalla. Me llamo Joseph Carmichael.

El niño hablaba y la médium no dejaba de escribir.

Esto es un poco distinto. Escribo yo y tú no paras de hablar.

*

¿Atarla? ¿Cómo atarla? ¿Qué quiere decir atarla? ¿Como si fuera un perro? ¿Es eso? ¿No ves que estás hablando de mi madre? ¿Por su bien? ¿Seguro? ¿Para que no se caiga de la cama? ¿Pero es que se ha caído de la cama? ¿Que anoche estuvo a punto? ¿Solo un cinturón grueso y nada más? ¿Seguro? ¿No va a agobiarse mucho? ¿De verdad que es necesario?

*

Un día pensé que ibas a dejarme, que ya no volverías a cruzar nunca más el Passatge de la Concepció para encontrarte conmigo. Me enojé mucho. Pero luego comprendí que te quería demasiado como para hacerte reproches y por eso te mandé la postal en la que aparecía aquella pintoresca cala de la Costa Brava a la que me llevaste una vez y en la que te daba las gracias por todos los momentos de incomparable felicidad.

*

Esto lo explica el psiquiatra Luis Rojas Marcos en uno de sus libros. Dice que lo vio cuando él dirigía los hospitales públicos de Nueva York. Entró una señora de unos setenta años muy angustiada en el despacho de un doctor y dijo que no venía a hablar de ella, sino de su esposo. Al parecer, le habían hecho un análisis de sangre y luego llamaron a su casa desde el laboratorio para pedirle disculpas porque habían confundido los resultados y no sabían si tenía alzhéimer o sida. Fue ella quien cogió el teléfono. De ahí la angustia. «Doctor, ¿qué puedo hacer para salir de la duda?», preguntó la mujer. El médico reflexionó unos segundos y respondió: «Mire, dígle a su esposo que salga a darse un buen paseo. Si regresa a casa por su cuenta, no se acueste con él».

*

A lo mejor hoy podrías preguntar a tu madre por qué te llevó a un colegio religioso si en casa jamás hablasteis de religión ni recuerdas haber pisado una iglesia con tu familia salvo en las típicas celebraciones de compromiso. Se lo has preguntado ya alguna vez, y se lo preguntaste también a tu padre, pero nunca hubo una respuesta convincente. Era un colegio privado, era caro, y querían llevar a sus hijos a un colegio privado y caro. ¿Que por qué religioso? ¿Y por qué no? Nunca te pareció que le dieran importancia a eso. Tampoco se la dieron a la política docente del colegio. Resultado: nunca te gustó estudiar. Suerte que luego cayó aquel cuento de Borges en tus manos. No entendiste nada, pero algo pasó. Una epifanía. Ya no pudiste dejar de leer.

Claro que crees en Dios.

*

No quiero escribir sobre sentimientos, sino sobre literatura. La literatura y los sentimientos no tienen nada que ver. La prueba está en que una de las novelas que más quiero, *Matadero Cinco*, me la recomendó una persona a la que odio.

*

Me estoy equivocando con Dolors. Empieza a parecerse a la típica matona de cárcel, rodeada de sus secuaces y buscando víctimas. Dolors, la Dolors de verdad, no es así y me gustaría que el personaje conservara la esencia del modelo en el que está inspirado. Tengo que rectificar, hacer que se vea la parte más humana de Dolors. Está escondida detrás de esa boca hierática y esos comentarios impertinentes, pero existe. Yo la vi.

*

Subo las escaleras y ya la oigo. Es ella. No puede ser. Deben de tenerla en la habitación, sola, para que no moleste. Seguro que es eso. Llego al rellano cargado de angustia. Llamo. Espero los tres minutos de rigor que desde dentro dejan pasar siempre antes de dar señales de vida. Por fin abre la cocinera. Hola, su madre está... Sí, ya, ya la oigo, gracias. Lo he dicho enfadado, como si quisiera llamarles la atención solo con el tono de mi voz. Ha sido sin querer. En el fondo sé que no es culpa suya, que hacen lo que pueden y que, aunque mi madre sea mi madre, para ellos es una residente más y no van a permitir que fastidie al resto con su verborrea. Aunque tendrían que haberme llamado, no pueden tenerla así, encerrada.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? ¿Le habéis dado una quetiapina?

—Hola, hola, hola, Flora, no sé, no sé dónde está tía Flora, hola, yo no sé, tengo que coser, tengo que coser...

—Le hemos dado una esta mañana y no le vuelve a tocar hasta la cena. Son dos al día.

—Pero si está así hay que darle otra, por amor de Dios. Lo dijo la doctora Parra.

Se miran, me miran, no saben hacia dónde mirar, vuelven a mirarme.

—Dadle otra. Enseguida. Yo asumo la responsabilidad. No puede estar así.

*

Reflejo muscular totalmente involuntario, glúteos que se tensan de repente, contracción de todas las fibras, hendidura interglútea completamente cerrada. Explicación científica: se acerca Carmen.

*

Albert: ¿A vosotros mamá también os llama tres o cuatro veces al día?

Xavi: A mí ayer me llamó hasta cinco veces. Tres por la mañana y dos por la tarde.

David: Esto no pinta nada bien.

Ricard: Nada bien.

*

—Tengo una pregunta, doctora Parra.

—Tú dirás.

—¿Es posible que el cerebro de un enfermo de alzhéimer tenga momentos en los que todo se conecta de nuevo y la persona recuerde y hable con coherencia? Aunque sean solo unos segundos.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque el otro día, en medio de muchas incoherencias, mi madre dijo dos cosas que tenían mucho sentido y me pareció que, por un momento, volvía a ser ella. No duró nada.

—No sé qué decirte. Cuando el deterioro progresa, ya nada lo detiene y no se vuelve atrás.

—Ya, pero a lo mejor misteriosamente las neuronas se conectan de nuevo un momento y la persona puede manifestar algo que siente, aunque desde afuera no podamos verlo. Mi madre me dijo que me quería, ¿sabe? Así, de repente.

—Bueno, entonces es bonito pensar que puede pasar lo que has dicho.

—Sí, pero ¿puede pasar?

—En el caso de tu madre, la enfermedad avanza deprisa. Ya se han manifestado la afasia, la apraxia y la agnosia.

Palabras, palabras, palabras. A veces, la doctora y mi madre no son tan distintas.

*

Anoche no podía dormirme. Cogí la caja de zapatos donde guardo tus cartas y me entretuve releando algunas. No me acordaba en absoluto de lo que me habías escrito cuando me fui a vivir a París para que Rosa se sometiera a un tratamiento neurológico. Creías que te había abandonado para siempre y te pusiste muy apocalíptica. Ni siquiera tenías ánimos para escribirme y usaste las cartas de amor desesperado que la monja portuguesa Mariana Alcoforado escribió desde su convento. Buscaste palabras de cada una de las cinco cartas.

De la primera: «Desde que te vi por primera vez, te di mi vida entera y he llegado a encontrar una especie de placer en sacrificártela».

De la segunda: «Estaba demasiado a gusto contigo, y disfrutar a conciencia de ese gusto me impedía pensar que algún día podría perderlo».

De la tercera: «No sé por qué te escribo; ya veo que solamente conseguiré despertar tu lástima, y tu lástima no la quiero».

De la cuarta: «Me doy perfecta cuenta de la demencia de mi amor, y sin embargo no me quejo de sus turbulentos latidos; me he acostumbrado a la tiranía de mi corazón, y ya no sería capaz de vivir sin ese deleite que descubro amándote en medio de mil dolores».

De la quinta: «Adiós. Me cuesta mucho más acabar esta carta de lo que te costó a ti acabar conmigo, tal vez para siempre. Adiós».

*

En el templo de la diosa Literatura, lo primero que se sacrifica es la verdad.

—¿Cosecha propia?

—Sí, Whistler, sí.

*

«¡Tener que verme así a estas alturas!» Es casi lo mismo que le pasó a Billy Pilgrim cuando fue a visitar a su madre, ya medio moribunda, al asilo de ancianos de Pine Knoll al que la había llevado.

Así se lo hace contar Kurt Vonnegut al narrador de *Matadero Cinco*:

La anciana casi no tenía voz, de manera que Billy tuvo que pegar su oreja derecha a los apergaminados labios para oírla. Evidentemente tenía algo muy importante que decir.

—¿Cómo...? —empezó. Y calló. Estaba demasiado cansada. Esperaba no tener que terminar la frase, confiaba en que Billy lo haría por ella.

—¿Cómo... qué, madre? —preguntó.

Ella tragó saliva con dificultad, e incluso derramó alguna lágrima. Después reunió toda la energía que quedaba en su decrepito cuerpo, incluida la de las puntas de los dedos de los pies, y al fin pudo acumular la suficiente para murmurar la frase completa.

—¿Cómo me he vuelto tan vieja?

*

Ya ha vuelto a conseguir un cigarro. No sé cómo lo hace. Se supone que está prohibido fumar aquí. ¿Tienes un cigarro? ¿Me das fuego? Debe de hacer estas preguntas más de quinientas veces al día. Igual por eso alguien acaba cediendo, para que se calle de una vez. Luego lo ves feliz en la terraza, fumando y escuchando música con un transistor viejísimo.

*

Es curioso cómo los recuerdos van encadenándose y unos llevan a otros. Antes me he acordado de la película de Peter Medak y ese recuerdo ha hecho que emerja algo de lo que me había olvidado por completo. Creo que fue la única vez que fuimos tú y yo solos al cine. La única. Vimos *La decisión de Sophie*, y juraría que fuimos a verla porque la protagonizaba Meryl Streep y unos años antes te había encantado esta actriz en *Kramer contra Kramer*, donde descubrimos también a Dustin Hoffman. Pero en *Kramer contra Kramer* tengo el vago recuerdo de alguien

más acompañándonos. No sé bien quién. Albert, supongo. Papá seguro que no, y Ricard no creo porque solo iba a ver películas de Bruce Lee. Y Xavi era muy pequeño entonces. Lo que no sé es por qué solo fuimos tú y yo a ver *La decisión de Sophie*. Qué duro tener que decidir por culpa de un nazi de mierda a cuál de tus dos hijos salvas de la muerte. Y, a pesar de esto, guardo un buen recuerdo de la película porque me resulta agradable pensar que la única vez que fuimos solos al cine fue a ver la adaptación cinematográfica de una novela de William Styron en la que el tema de fondo es, precisamente, la maternidad.

Es curioso cómo los recuerdos van encadenándose mientras tienes recuerdos.

*

Mi tía Glòria es la mejor persona del mundo. Lo sé porque lo decía siempre mi madre antes del alzhéimer y sigue diciéndolo ahora. Es la prueba de fuego.

—Es muy buena, tía Glòria, muy buena.

Ya lo ves, tía, mi madre habrá olvidado muchas cosas, pero tu bondad se le ha quedado grabada para siempre. En el disco duro.

*

—Oye, ¿por qué no sales a regar las flores de la terraza?

—¿Pero no ves que está lloviendo?

—Bueno, pues coge un paraguas.

Martina ya conoce a Dolors, pero no lo suficiente.

*

En un 99 por ciento de los casos, la genética no es un factor determinante en la aparición del alzhéimer. Incluso si se hereda la variante del gen APOE e4, que es un factor de riesgo significativo de la enfermedad, es muy posible que nunca se llegue a desarrollar alzhéimer.

—¿Y si tienes tan mala suerte que formas parte del uno por ciento de los casos?

—Entonces puede que tengas alzhéimer antes de los sesenta años.

*

En realidad, no eran cartas. Eran más bien notas. Algunas muy breves. De una sola frase, incluso. Otras eran más largas, pero nunca tanto como una carta. Se habían estado viendo todo el día, pero la obligación del disimulo hacía que apenas pudieran cruzar unas palabras de cortesía. Al llegar la noche, aprovechaban para escribirse y comentar sus recuerdos. Esas notas los mantenían

muy unidos. Cuando murió Rosa, digamos que el disimulo bajó de intensidad y las notas se fueron haciendo innecesarias.

*

Hoy se ha incorporado una enfermera sustituta porque Ana está de baja. La nueva se quedará por lo menos un mes y ha dicho que quiere conocer a los residentes. Me ha pillado visitando a mi madre, así que cuando le ha tocado a ella he presenciado la escena, aunque como convidado de piedra. Lo primero que ha hecho la nueva enfermera (por un mes no voy a aprenderme el nombre) ha sido mirar la ficha de mi madre. La ha mirado dos veces porque algo no le cuadraba. Al final he sabido qué, cuando ha preguntado el año en que nació mi madre. Se lo ha preguntado a ella, pero he contestado yo.

—En 1933.

—Vaya, pues pensaba que era un error. Parece mucho más joven.

Enseguida he mirado a mi madre para ver si estaba pasando lo que efectivamente estaba pasando. Media sonrisa, solo media sonrisa, pero ahí estaba.

*

Ahora me he acordado de que mis padres no llevaron a todos sus hijos a un colegio religioso privado y caro. Xavi, mi hermano pequeño, no fue a ningún colegio religioso.

—Igual por eso se fue de casa sin avisar.

*

Ahora que estamos solos, mamá, a ver si me ayudas con una duda que tengo. Sé que Anita era una de tus amigas más antiguas, pero no recuerdo de qué os conocíais. ¿Trabajaba contigo en la fábrica de caramelos? ¿Erais vecinas en el Poblenou? ¿Coincidíais en La Gavina Azul?

—Sí.

—¿Sí qué, mamá? ¿Sí lo primero? ¿Lo segundo? ¿Lo tercero?

Ya sé que mis preguntas parecen un intento patético de demostrar que tengo razón cuando digo que a veces se te olvida que tienes alzhéimer y vuelves a ser tú, pero qué quieres que haga, no puedo evitarlo. Un momento. ¿Qué estás haciendo con las manos? ¿Significa lo que creo que significa? ¿Estás envolviendo caramelos? ¿Así conociste a Anita? ¿En la fábrica de la calle Trafalgar? ¿Por qué no hay nunca testigos cuando haces estas cosas?

*

—Llevas una camisa preciosa, Raquel.

—¿Te parece?

—Sí. Me encanta.

—Pues creo que a tu mamá también porque antes la estaba acariciando.

—Eso es que es muy bonita porque mi madre siempre ha tenido muy buen gusto. Hace muchos años tuvo una tienda de moda. Se llamaba Rialda.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Me lo contó ella.

—¿Mi madre? Imposible.

—Bueno, a su manera. Escuché cómo le vendía una falda a una señora y me lo imaginé.

—¿En serio?

—Te juro.

Me encanta hablar con Raquel mientras tomo la mano de mi madre y voy acariciándola para que se calme y la verborrea baje de intensidad. A veces Raquel toma la otra mano de mamá y copia mis gestos. Es justo lo que pasaba el otro día cuando, de repente, nos interrumpió Dolors y pidió a Raquel que le pasara la jarra del agua. Era imposible saber si el tono era maleducado, poco acertado o, simplemente, el tono de Dolors. El caso es que a Raquel no debió de gustarle ese tono y respondió con palabras que no debió de costarle mucho encontrar:

—Quien quiera coger peces, que se acuerde del refrán.

*

La doctora Parra y su visita de rutina. Le toma la temperatura, la examina detenidamente, la ayuda a hacer algunos movimientos. Todo con mucho cariño. Es muy cariñosa. Si coincide que estamos allí, nos va explicando cosas. Cómo la ve, lo que falta por venir. Cosas. Hoy trae algunos objetos para interaccionar con mamá. Trae una muñeca, una pelota, un cubo de Rubik y un vaso de plástico de color verde.

—¿De qué color es este vaso, Pepita?

Mi madre sonríe, pero no dice nada. La doctora insiste:

—¿De qué color?

Yo me sumo al intento:

—Mamá, ¿de qué color es el vaso?

Nada. Solo sonrisas. Ni siquiera sabemos si ve esos objetos, aunque parece que está mirándolos.

Último intento de la doctora:

—Venga, Pepita, ¿de qué color es este vaso?

Por fin, mi madre contesta:

—La pelota es redonda.

*

Te escribí con palabras prestadas porque se me acabaron las mías. Te había dicho tantas veces que te quería, de tantas formas distintas, que entendí que mis palabras habían agotado ya su capacidad para transmitirme mi amor. Y entonces apareció ella, Mariana Alcoforado, la pobre monja portuguesa metida desde niña en un convento. Me identifiqué tanto con ella que pensé que en sus cartas cabía toda nuestra historia. Escogí una parte de cada carta para que vieras claramente toda la evolución, desde la máxima felicidad concebible hasta la peor de las desgracias.

Por suerte, mi destino no fue el suyo. El amor de su vida se quedó para siempre en Francia. Tú, en cambio, decidiste regresar.

*

Verdaderamente se trata de una residencia muy familiar. Todo el mundo se conoce. No es solo que Marc y Xavier y las auxiliares sepan el nombre de todos los residentes; es que también se saben los de los familiares de los residentes. Para mí, que siempre tengo serios problemas para recordar nombres, la situación es sorprendente.

—Somos así. No es algo forzado.

—Es verdad. A veces lo hemos hablado entre nosotros y nos proponemos marcar una cierta distancia para protegernos, pero nunca lo conseguimos.

—¿Protegeros? ¿De qué?

—Bueno, es gente mayor. Algunos están muy mal y eso te acaba afectando. Ves el deterioro de cada día.

—Y luego está lo inevitable. Un día se mueren. Son ausencias duras cuando los tratas como a miembros de tu propia familia.

—Lo entiendo. Vaya trabajo.

—Exacto, eso es lo que cuesta aceptar, que es solo un trabajo.

*

—¿Cómo era? ¿Cómo era aquello, David? Lo de los friquis espirituales. Todavía me río. El tío va y le dice a la niña, el árbol, enséñales el árbol, y la niña ni puta idea, buscando el árbol, qué árbol, papá, y el padre que le dice el de al lado de donde enterramos a la abuela, ¡ay, no!, lo de abuela viene luego; nada, que el padre le dice allí, al lado de donde enterramos la... ¿cómo era?

¡Ah, sí!, ya, ya. Y tú que te levantas de la silla, te apoyas en la mesa, miras al padre y se lo sueltas: «Oye, dime que tu abuela se llamaba Quetiapina». Buenísimo, buenísimo.

—¿Cómo quieres que se rían con lo mal que lo cuentas?

*

Sí, callar, ya me callo, enseguida me callo, callar, tengo que callar, ya verás cómo me callo, no te preocupes que ya me callo, ahora mismo me callo...

*

Me sorprendió tanto que Raquel se atreviera a contestar así a Dolors que se lo dije directamente a ella, aprovechando que estaba mostrándole fotografías de una revista a mi madre. «A esa le saqué la ficha hace mucho tiempo», me dijo.

*

—Xavier, creo que tendríamos que renovar todo el mobiliario.

—Pero si lo hablamos ayer y opinabas todo lo contrario, Marc.

—Ya. Pero dime una cosa: ¿ayer se escribe con hache?

—¿Y eso a qué viene?

—Tú contesta: ¿ayer se escribe con hache?

—No.

—¿Y hoy?

—Sí, hoy sí.

—Pues ya ves lo que cambian las cosas de un día para otro.

*

Marc, Raúl, Aurora, Dolors, Raquel, Pili, Jacob, mi madre. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Aunque yo prefiero la fórmula que leí hace tiempo ya no sé dónde: cualquier parecido con la coincidencia es pura realidad ficticia.

*

No entiendo esta enfermedad. De repente, mi madre ha dejado de hablar tanto, y parece que ve mucho mejor, y hasta puede caminar. Es como si la enfermedad se olvidara de la lógica de su

propio funcionamiento. Como si no recordara qué síntomas genera.

¿Puede sufrir de alzhéimer el alzhéimer?

*

—¿Os acordáis de la de veces que nos decía que nunca la llevaríamos a una residencia?

Los cuatro nos acordábamos. Claro que sí. Lo preguntó Albert. Lo que no sé es a cuento de qué.

*

Cada vez que te contaba cómo me sentía, me respondías con una misma palabra para decirme que tú sentías lo mismo. Decías: coincido. He pasado la noche entera soñando contigo. Coincido. Ayer no paré de pensar en ti. Coincido. No sabes lo que daría por estar a tu lado ahora mismo y abrazarte. Coincido. Qué bien que coincidiéramos tanto.

*

Cuando ayer en clase explicaba el *Quijote*, dije cosas que habré dicho ya mil veces. Pero hubo una que me sonó de forma distinta. Hablé de los «intervalos de lucidez» del personaje. No es un loco, dije, sino un loco entreverado. Lo de los intervalos de lucidez me hizo pensar en tres personas. Pensé en Martí de Riquer y la conferencia que dio sobre el *Quijote* en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (empezaba, me acuerdo perfectamente: «El *Quijote* es una novela itinerante»). Pensé en Antonio Vilanova, que fue profesor mío en los cursos de doctorado y me explicó la relación de Cervantes con el erasmismo. También pensé en Pepita Piquer Peñaranda. Mi madre.

*

La chica del 17 lleva zapatos de tafilete,
sombrero de gran copete,
y abrigo de petit-gris.
Los guantes de cabritilla,
medias de seda con espiguilla,
y viste la chiquilla como en París.
Por eso a las vecinas les da por murmurar
y al verla tan compuesta le dicen al pasar:
¿En qué se mete la chica del 17?
¿De dónde saca para tanto como destaca?

Pero ella dice, al verlas en ese plan:

La que quiera coger peces, que se acuerde del refrán.

*

Cuando llegué, Aurora me puso enseguida al día, como hace siempre. Lo tiene todo controlado sin moverse de su silla y con medio cuerpo tendido sobre la mesa.

—Tu madre está en la terraza, con Raquel.

—Gracias, Aurora.

Efectivamente, estaba con Raquel. Sentadas. Cogidas de la mano. La chica del 17 y la de La Gavina Azul. Parecía que hablaran, aunque lo más probable es que mi madre estuviera contando sus historias y Raquel escuchando y haciendo ver que la entendía. Las observé desde dentro, sin atreverme a salir a la terraza para no interrumpir esa estampa que, por alguna razón, me reconfortaba. De todos modos, no podía esperar demasiado tiempo porque mi madre ladeaba mucho la cabeza y, si la dejaba en esa postura, iba a tener luego problemas de cervicales. Raquel no se había dado cuenta. Raquel no, pero hubo alguien que sí.

Dolors estaba cerca de mí, sentada en un sillón orejero de terciopelo verde. Vi cómo se levantaba, entraba en su habitación, volvía con una almohada en sus manos y salía a la terraza. Con mucho cuidado, para no interrumpir, se acercó al rincón en el que estaban mi madre y Raquel. No dijo nada. Simplemente corrigió la postura de la cabeza de mi madre con una mano mientras con la otra le colocaba la almohada detrás de la nuca, apoyándola en el respaldo de la silla. Comprobó que todo estaba en orden y se fue. Volvió a entrar sin mirarme, sin decir nada.

Esa también es Dolors.

*

Zona erógena o punto de castigo corporal. Dos posibilidades. Para Carmen, la primera. Para mí, la segunda.

—Te expresas como el culo.

—Exacto.

*

Lo que faltaba. Ahora resulta que la pérdida de audición puede estar relacionada con el alzhéimer. Se ve que si oyes mal llega menos información al cerebro y entonces el nervio auditivo tiene que trabajar el doble y empieza a debilitarse y se produce un deterioro cognitivo. La zona del cerebro relacionada con la audición y la memoria se ve obligada a optimizar recursos, y si ya existía una cierta demencia todo se complica.

El artículo lo firma un investigador de la Universidad Johns Hopkins, de Baltimore.

*

De verdad que me sienta genial escribir sobre ti, mamá. De verdad que algo pasa. No sé, estás aquí, a mi lado, como si miraras por encima de mi hombro y leyeras lo que voy contando. Es muy raro. La monja portuguesa que tanto le gusta a tu amiga Raquel sentía algo parecido cuando le escribía a su enamorado. Le decía: «Cuando te escribo me parece que estoy hablando contigo y que te tengo un poco más cerca».

—¿Cuándo vas a contar que esa monja portuguesa nunca existió?

—No seas aguafiestas.

*

Nerea masajeando el cuello de mi madre otra vez. Cuando me ve, me dedica una sonrisa. Es su forma de saludarme sin palabras para no tener que interrumpir su trabajo. Yo también sonrío, agradecido, y entonces su sonrisa se expande como dibujando una segunda sonrisa que no quiere que se confunda con la primera. Ahora no es un saludo, sino una manera de decirme que entiende perfectamente que esté agradecido cuando alguien se ocupa de mi madre con tanto mimo. Qué bien, así, así. Mi madre está encantada, medio dormida entre esas manos mágicas. No me ha visto porque tiene los ojos cerrados y ninguna intención de abrirlos. Nerea me dice que siempre reacciona así, relajándose. Me lo dice en voz baja, casi susurrando. También dice: «Tu madre me recuerda mucho a mi abuela. Son igual de cariñosas».

La abuela de Nerea.

La abuela Placenta.

*

La cara de Ana al abrirme la puerta era un signo inequívoco de que algo iba mal.

—¿Mi madre? ¿Le pasa algo?

—No, no, tranquilo. No es tu madre. Es Aurora. Se ha muerto esta noche.

—¿Aurora? Pero si ayer...

—Sí, sí, todos hemos dicho lo mismo. Ayer estaba bien, pero hoy ya no está.

Hoy. Ayer. Con hache. Sin hache.

*

Cuando esta tarde Fanny te ha traído un trocito de tarta de nata para merendar y le has guiñado

un ojo como gesto de complicidad, me has parecido la mujer más encantadora del mundo. Te habría comido a besos. Me pasa tantas veces. Te observo desde la distancia y, de repente, da igual si es por un movimiento, una mirada, una sonrisa, lo que sea, de repente siento que te comería a besos. ¿Te pasa lo mismo alguna vez? ¿Coincides?

*

Mis padres se hicieron construir una casa en una urbanización de la Costa Brava cuando yo tenía unos siete u ocho años y, desde entonces, nuestros veranos olieron al mar de Platja d'Aro, Sant Antoni de Calonge y Palamós. Mi madre era feliz allí porque esa era su casa, la única que sentía como propia, pues en la de Barcelona estaba obligada a compartir espacios con su suegra y en este caso el roce no hizo el cariño, sino que más bien encendió chispas. Muchas.

Pasear por las calles de Platja d'Aro, esquivando a la gente y parándose ante cada escaparate de tienda de ropa, y luego tomar algo en una terraza eran las grandes diversiones veraniegas de mi madre. En los paseos solía acompañarla la prima Maria Rosa, y a lo de la terraza ya se apuntaban también mi padre y el primo Jaume, a quien todos los niños adorábamos porque era el único que nos llevaba a las atracciones del Magic Park. Los recuerdo a los cuatro en la terraza del bar Bona, casi delante de El Cisne y a pocos metros de los Magatzems Valls, con dos grandes copas de helado (abanico y bengala incluidos) delante de mi madre y de Maria Rosa y dos copas de cerveza delante de mi padre y de Jaume.

Es un recuerdo nostálgico, sobre todo porque algunos de los lugares que aparecen en él quedan ya más lejos que la memoria de mi madre.

*

Al lado de la puerta hay una anciana llorando. No me atrevo a preguntar. Pero una auxiliar pasa (¿Fanny, Jussiara?) y, con un aire cansino, como de quien está ya un poco harta de hacer lo mismo día sí día también, pregunta:

—¿Qué te pasa, Pilar?

—Que este señor no me deja salir.

El señor en cuestión es Marc, que la mira desde la puerta de la cocina y, con el mismo tono cansino de la auxiliar, responde:

—Pero, Pilar, ya sabes que sola no puedes ir a ningún sitio. No llores más.

Pilar llora más. Yo abandono la escena. Seguro que cuando sus padres vengán a buscarla hoy les dirá que no quiere volver nunca más a la guardería.

*

Alguien dijo que los escritores muertos nos resultan remotos porque nosotros sabemos ya mucho más que ellos. T. S. Eliot le contestó: exacto, y lo que sabemos más que ellos es, precisamente, ellos.

No se me ocurre mejor manera de explicar la tradición literaria.

*

Hoy hay espectáculo de magia y luego música. Dos amigos de Marc, un mago y un cantante, vienen cada año por estas fechas y hacen este regalo a la residencia. Son buena gente. Ha habido cambio radical de decoración. El comedor se ha convertido en un teatro, con sillas bien ordenadas, formando filas. Cabrán unas cuarenta personas, puede que más. Los familiares están invitados también. El escenario, con la glorieta detrás, queda muy bien, o digamos que da el pego gracias a que lo han elevado un poco con cuatro ladrillos y unas maderas. Empieza el mago, que se hace el simpático aunque no hacía falta porque ya se veía que era simpático antes de que dijera nada. Se sabe bastantes nombres de los residentes y va interpellándolos para que participen. También gasta bromas. Gags precocinados. Se cree más gracioso de lo que es, como todos los magos. Saca de la nada un ramo de flores y se lo regala a Raquel. Luego le pide que piense un número del uno al cien. Todos gritan «el 17, el 17». Raquel, emocionada, sonríe, pero seguro que no ha pensado el 17. Demasiado fácil. El mago se acerca, pone su mano derecha sobre la cabeza de Raquel, cierra los ojos, finge entrar en trance, abre los ojos y anuncia en voz alta: el 24.

—Esta noche es Noche Buena y mañana...

La hija de Miguel tapa la boca de su padre con una mano y pide perdón. Se escapan muchas risas. Era el 24, sí. Abracadabra.

*

Tiene usted razón, señor, solo se sale si primero se entra. Otra vez me quedo de piedra. Algunas neuronas han vuelto a conectarse. Es eso. Seguro que sí. Usted ya puede decir misa, doctora Parra.

*

Coincido.

*

¿Y si no es verdad lo de la anécdota de la mujer que no sabe si su marido tiene alzhéimer o sida y pide consejo al doctor? ¿Y si cualquier parecido con la coincidencia es pura realidad ficticia? ¿Y

si Luis Rojas Marcos no visitaba nunca los hospitales de Nueva York para ver cómo trataban a la gente? ¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?

Pues que tendrá razón Paul Ricoeur cuando dice (más o menos) que la literatura es el reino del *como si*.

*

Hacía mucho tiempo que no venía por aquí, papá. Al principio venía muy a menudo y no me pasaba como hoy, que llevo horas dando vueltas por este laberinto de nichos porque no había manera de recordar el número exacto del tuyo. Antes me lo sabía de memoria. Hoy te he encontrado gracias a que, de repente, he visto en una lápida el nombre de Néstor Luján y me he acordado de que estabais más o menos cerca. Al final he identificado este pino que hay al principio del pasillo y el nombre de Leonor, ya casi invisible, pintado en la pared del fondo. Bueno, aquí estoy. No sé muy bien por dónde empezar y, además, me sigue impresionando mucho ver, junto a la tuya, las fotografías de los abuelos Pepita y Carlos, y las del tío Emilio y la prima Maribel. Sobre todo la de la prima Maribel. En fin, que he venido a decirte algo, como cuando vine a contarte que habían nacido Lia y Lena, ¿te acuerdas? Ahora se trata de mamá. Tiene alzhéimer. Sí, ya sé que suena fatal, pero tú no te preocupes de nada porque a ti no te ha olvidado. Eso es lo que quería contarte. Que no te ha olvidado.

*

El mago sigue con sus trucos. Después de la grata experiencia con Raquel, se atreve con Dolors. La sube al escenario. Nos muestra una mano y dice: «Nada por aquí». Ahora la otra mano: «Nada por allá». Dolors lo interrumpe: «O sea, que eres pobre». El mago no sabe dónde se ha metido. Ríe la gracia, pero no le hace gracia. «No me interrumpas, Dolors, que estropearás el truco y tengo que quedar bien». Lo ha dicho con toda la amabilidad del mundo, sonriendo al público, y nos ha parecido muy profesional. Nada por aquí, nada por allá y, *voilà!*, una paloma blanca. El número está muy visto pero, aun así, hay bastantes bocas abiertas. Claro que algunas lo estaban ya desde el principio porque siempre están así. Miro a mi madre para ver si le ha gustado. Ni miraba. Estaba en su mundo, con Anita y mi padre y tía Flora. El mago aplaude a Dolors y provoca que todos la aplaudan. Jacob no aplaude. Raquel sí.

¿Te ha gustado el número, Dolors? La pregunta la hace el mago, se nota que para reconciliarse con Dolors. Me gustó más el que me hizo otro mago hace mucho tiempo, dice ella. Así va a ser difícil la reconciliación. ¿Qué te hizo ese mago? En bandeja, se lo ha servido en bandeja. Respuesta de Dolors: Me echó un polvo mágico y desapareció.

*

Mis hijas, Lia y Lena, tienen diecisiete y catorce años. No hace tanto que les daba de comer su papilla. O puede que sí. Puede que la nostalgia acerque las cosas o se niegue a separarlas demasiado. Ahora es a ti a quien le doy de comer. Todo triturado. Pura papilla. De primero papilla y de segundo más papilla. Colores distintos, eso sí. Color verde. Color calabaza. Y un yogur de postre. El ciclo de la vida. Pasas de dar de comer a tus hijas a dar de comer a tus padres.

—Es lo que te dijeron al principio: aquí todo todo como en la guardería.

*

Mi tatuaje es tuyo.

*

Woody Allen habla de un psicoanalista que vive retirado en una casa de campo, en Suiza, y «está revisando su autobiografía con el propósito de incluirse en la misma». Bromas aparte: ¿está alguien incluido en su autobiografía? Si entendí bien al neurólogo de mamá, los recuerdos pueden perderse, bloquearse, enterrarse, transformarse, reprimirse, etc. Título de las memorias de Francisco Ayala: *Recuerdos y olvidos*. Aclaración del autor: este libro «se ofrece al lector más vacío de olvidos que lleno de recuerdos». Así que esto va de luchar contra el olvido, pero esta lucha no equivale a recuperar recuerdos fidedignos. La memoria nunca es fiable, y menos todavía cuando escribimos para que otros nos lean. Para concluir: Proust no comía magdalenas.

—¿No te ha quedado algo pedante esta parte?

—Puede que sí.

*

Mi madre acaba de parir. Un niño y una niña. No se los han enseñado todavía. Está muy contenta por la niña. Del niño no dice nada. No me extraña, siempre quiso tener una hija. Buscándola, buscándola, tuvo cuatro hijos. Lo del aborto añadió aún más dramatismo a la espera. Qué diablos, se merecía esa niña hace tiempo.

Enhorabuena, mamá.

*

Es el turno del cantante. Guitarra en mano, saluda, se ajusta el micrófono y empieza con su repertorio. *Paraules d'amor*, de Serrat. Pone voz de oveja para parecerse a Serrat, pero Serrat le queda muy lejos. Ahora le toca a Llach. Espero que no sea *L'Estaca*. No es *L'Estaca*.

Exagerando fricativas, el cantante logra parecerse un poco a Llach. El silencio entre el público es absoluto. Algo está pasando. La magia de la música les gusta más que la magia de antes. Se está creando un clima medio melancólico, envolvente, llega a todos los rincones. Me lo temía: primeras lágrimas.

—¿Qué te pasa, Raquel?

—No sé, no sé dónde estoy, me he perdido.

—Estás aquí, con nosotros, no te preocupes.

Se nota que Marc ya se esperaba esas lágrimas, a las que enseguida se suman otras. Bernat. Carmen. Ahora Pilar. Hasta juraría que Dolors tiene los ojos humedecidos.

—Siempre pasa. La música les encanta, pero los pone tristes.

—Habrá que pedirle que toque algo más animado, Marc.

Lo que ese familiar ha querido decir es: Marc, para esto, haz algo, dile al cantante que cambie de canción o trae todos los paquetes de Kleenex que encuentres. Miro a un lado y al otro para ver si viene la doctora Parra con su libro sobre musicoterapia para aclararnos la situación, pero no. El cantante se da cuenta de lo que pasa y por fin reacciona. Elvis. Esto ya es otra cosa. *All Shook Up*. Adiós lágrimas. Empiezan los movimientos, la mayoría arrítmicos, aunque yo no soy la persona más indicada para criticar a nadie en este tema, precisamente. Además, también hay algo de «quien tuvo retuvo». Con buen criterio, el cantante vuelve a escoger una canción animada, y luego otra, hasta que ya toca descansar un poco y hace una pausa porque es la hora de los bocadillos, los dulces y los refrescos. Intento que mamá coma algo, aunque solo sea un trocito de pastel. Lo chafo con una cucharita y se lo doy poco a poco porque me da miedo que se atragante. Un poco de agua, otro trocito, más agua. Diría que le gusta y no me extraña porque lo dulce siempre le ha gustado. Nunca perdonaba el postre.

Empieza la segunda parte del espectáculo. Otra vez Llach. *Nin non*. Es una canción de cuna. *Nin non, Maria...* Muy acertada. Llach se la dedicó a su madre porque se dio cuenta de que los papeles se habían intercambiado cuando ella se hizo mayor, mayor y pequeña, con un físico que recordaba a una niña. El hijo convertido en el padre, y la madre en una niña a la que había que cantarle una canción de cuna. Y a la que seguramente había que darle de comer.

Ahora el que llora soy yo.

*

—Hoy no vengo por mi madre, doctora Parra.

—Ya me imagino a qué vienes. Unos tardan más que otros, pero al final todos vienen.

—¿Y qué les dice?

—Que solo hay un uno por ciento de posibilidades. Eso les digo.

*

Debía de ser por el efecto de tu tatuaje, Raquel, pero nunca me he sentido tan en paz como cuando me dabas cobijo entre tus brazos y los dos apretábamos fuerte, muy fuerte, como si supiéramos que algún día un abrazo parecido a aquellos sería el último.

*

Estuve pensando en el chiste del doctor que le da a su paciente la buena noticia de que, cuando llegue a su casa, ya ni se acordará de que tiene alzhéimer. El doctor da por supuesto que es una ventaja tener una enfermedad que te impide ser consciente de que tienes esa enfermedad. ¿Tendrá razón? Quiero decir: nosotros vemos el deterioro de mi madre, pero no parece que ella se dé cuenta de nada. ¿Sufre? ¿No sufre? Sus intervalos de lucidez podrían indicar que sí, pero duran tan poco. Cualquier enfermo consciente de su enfermedad tiene que pasarlo mucho peor. Por no hablar de los remordimientos. Si desaparecen los recuerdos, también tiene que desaparecer el remordimiento provocado por aquello que nunca debimos hacer. Es un alivio.

*

Siendo extremadamente generoso, podría decir que en la residencia hay un gimnasio. En honor a la verdad, diré que en el rincón de la sala que hay que cruzar para salir a la terraza hay una espaldera, una bicicleta estática, una colchoneta y dos mancuernas. Es la zona en la que Nerea supervisa los ejercicios de fisioterapia que hacen los residentes.

El otro día cacé al vuelo una conversación entre Bernat y Dolors. Ella estaba sentada en el sillón de terciopelo verde. Él llevaba un pantalón de chándal Adidas y una camiseta de tirantes blanca, y se dirigía hacia el gimnasio. Se paró en seco y, mirando a Dolors, le preguntó: «¿Qué máquina me recomiendas para impresionar a Martina?». Dolors no se lo pensó dos veces:

—Prueba con el cajero automático.

*

Por primera vez desde que visito esta residencia, el televisor del comedor está apagado. Si no fuera por el ir y venir de las auxiliares y por el sonido que hace la campana extractora de la cocina, el silencio sería absoluto. Nadie se mueve. Ni se miran entre ellos. Y todos evitan mirar hacia el rincón en el que solía sentarse Aurora. Su muerte se ha obstinado en entristecer a todo el mundo. Ahora lo entiendo bien. Residencia familiar. Familiar. Familia.

*

—¿Sabes? No sé si he acabado de pillar todo ese rollo de la memoria, los recuerdos y los olvidos.

—Era para decirte que algunas obras de ficción se escriben en forma de no ficción.

—¿Me estás diciendo que tu madre no existe?

—Mi madre hace mucho mucho tiempo que dejó de existir.

*

No voy a olvidarte.

Nada me importa.

Ni los otros que te amarán

ni el tiempo que pase.

No voy a olvidarte.

Por mucho que viva.

Por mucho que muera.

*

Hoy las dos horas se me han pasado volando y tengo que irme ya. Odio que tú tengas que quedarte. Ya sé que no te queda otra, pero ojalá esto pudiera cambiar. Si al menos me prestaras tus poderes para viajar en el tiempo. Cómo me gustaría encontrarte detrás de una copa de helado con bengala y abanico en la terraza del bar Bona, mirando hacia El Cisne y pensando ya en las hombreras que mañana coserás para el jersey nuevo que te acabas de comprar en los Magatzems Valls mientras paseabas tranquilamente con la prima Maria Rosa porque no tenías que ocuparte de ninguno de tus hijos gracias a que estaban todos pasándolo bien en el Magic Park con el primo Jaume.

Qué difícil es despedirse.

*

La doctora Parra ha tomado una decisión: ingresará a mi madre en una residencia especial, donde la tendrán unos cuarenta días en vigilancia intensiva y tratarán de ajustarle toda la medicación. Será como hacer un *reset*, dijo la doctora. También dijo que sería bastante duro para nosotros. Pero es la única manera de saber si el estado actual de mi madre se debe a una nueva fase en la enfermedad o a un descontrol con la medicación, pues con tantos cambios y rectificaciones ya no sabemos qué le va bien y qué le va mal.

—Se llama Mutuam Collserola. Está muy cerca del Hospital Vall d’Hebron.

—Me suena de verla cuando pasas por la Ronda de Dalt.

—Exacto. Esa es. Allí podrán seguirla muy de cerca y nos marcarán un nuevo patrón para su medicación.

*

Hace dos semanas que no visito a mi madre. La muerte de Aurora me ha afectado más de lo previsto. No pienso en otra cosa. La ausencia es otra forma de presencia, dijo alguien, y seguramente por eso sigo viendo a Aurora tumbada sobre la mesa y dándome el parte diario sobre mi madre.

También pienso en la muerte de mi madre. Espero que tarde mucho en llegar, pero sé que a su edad y en su estado no puedo pasarme de optimista. Y he pensado en mi propia muerte. No sé por qué. Vasos comunicantes, supongo. Hasta me he puesto a leer cosas sobre el tema de cómo hay que relacionarse con la muerte para intentar que no nos paralice en vida, como me está pasando estos días. Encontré esto:

El más espantoso de los males, la muerte, nada es para nosotros, pues mientras nosotros somos, la muerte no está presente, y, cuando la muerte se presenta, entonces no existimos.

No sé si a Meneceo lo convenciste, Epicuro, pero yo sigo sin conseguir que la muerte se muera de una puta vez.

*

Que no fumo, ¡joder!

*

Me vuelvo cada vez más sentimental. Es eso. Me senté en la parte de atrás del taxi, con mi madre. Ricard se puso delante, al lado del conductor. Cuando el taxi empezó a moverse Diagonal arriba, miré hacia atrás y, a medida que aumentaba la distancia, supe que ni mi madre ni yo volveríamos a cruzar esa puerta. Algo me decía que la residencia Bonaire se había terminado para nosotros. Y qué extraño, como si me despidiera de una mujer a la que sabía que no iba a volver a ver, aunque ella creyera que sí, me llevé la mano derecha, bien extendida, a la cabeza, improvisé un respetuoso saludo militar y luego dije en voz muy baja: «Bonaire, si ves que me voy haciendo más pequeño, es que me estoy yendo».

*

Reconozco que la Mutuam Collserola es otra cosa. Casi un hotel. Con un *hall* elegante, donde las visitas pueden estar muy cómodas, y encima te garantizan que hay dos médicos, doctor y doctora, atendiendo a los residentes cada día o al menos comprobando que todo esté en orden. La

habitación de mi madre es la 327, en la tercera planta, y, aunque tendrá que compartirla, está muy bien, es luminosa y bastante amplia, con un baño que ya le gustaría tener en casa a más de uno, y de dos. Creo que mi madre se encontrará a gusto. Pero compadezco a la mujer que dormirá a su lado, que no dormirá a su lado, mejor dicho, porque mi madre sigue sin callar. Esto no parece tener remedio. No creo que logren frenarlo aquí.

*

Puede que sea una casualidad o puede que no. Tú nos llevaste al colegio San Juan Bosco y ahora te llevamos nosotros a una residencia que está justo delante. Cuando te sacamos a pasear lo vemos allí, con su forma de castillo medieval. Antes morir que pecar. Alguien podría pensar que es una forma de venganza. Que te hemos traído aquí para que tengas remordimientos. Para castigarte. No llevaré nunca más a mis hijos a un colegio religioso. Una, dos y tres, a copiar otra vez por no obedecer.

*

¡Santiago, vámonos a casa! ¡Santiago! ¡Santiago! ¿Qué hacemos aquí? ¡Vámonos a casa! ¡Santiago!

La mujer lleva más de media hora así. Y el dichoso Santiago no aparece. ¿Existirá?

—Sí que existe. Es su marido. Viene casi cada tarde, a eso de las cinco, cuando sale de trabajar.

*

La mujer a la que compadezco porque comparte habitación con mi madre y ya no podrá dormir tranquila se llama Andrea y tiene noventa años. Es muy tímida o el tipo de demencia que tiene le da esa apariencia. Voy a compincharme con ella para que me cuente la verdad de cómo tratan aquí a mi madre. Necesito aliados. Ya no tengo a Raquel, ni a Dolors, ni a Pilar, ni a Aurora. Que en paz descanse.

*

Aquí hay auxiliares de aquellos países, pero también de estos. Ángeles y Lourdes son de aquí. Además, resulta que Ángeles vive en el mismo barrio en el que vivía mi madre. La reconoció el primer día. ¿Es la señora Pepita? ¿La de la óptica? Cuando le dijimos que sí, se puso contenta y triste a la vez. Contenta por volver a verla después de tanto tiempo. Triste por verla... allí. Luego está David, que es muy joven. No debe de tener más de veinticinco años. Amanerado no, lo

siguiente (va por ti, Dolors). Es un encanto. Se preocupa muchísimo por mi madre y nos mantiene informados de todo.

—Entonces la cosa ha mejorado respecto de la otra residencia, ¿no?

—Literariamente hablando, ha empeorado muchísimo.

*

Al entrar en la Mutuam Collserola hay que firmar en una hoja que tienen en el mostrador de la recepción y escribir el nombre del residente al que vas a visitar. Pregunté por qué. Me dijeron que había dos motivos. Primero: es una manera de saber qué residentes reciben visitas y cuáles no. Segundo: si hubiese un incendio o alguna otra desgracia, se tendría constancia de quién estaba en el edificio. Son motivos de peso. Habría que usar el primero para llamar a más de un familiar y decirle: «Usted es un capullo que no ha venido a visitar a su madre desde hace más de cuatro meses».

*

Tenías un romance conmigo y otro paralelo con mi tatuaje. La forma en que lo mirabas, la manera de tocarlo, acariciándolo delicadamente con la yema del dedo índice de tu mano derecha y recreándote en el relieve, la pasión con que lo besabas y las cosas que le decías, como si de verdad pudiera escucharte. Todos esos detalles me hacían ver que adorabas esa parte de mi cuerpo que cada vez fue menos mía y más tuya y que nunca fue de nadie más que de nosotros dos.

*

Es una tontería, pero tengo que decirlo: echo de menos a la gente de la residencia Bonaire. Ahora busco en cada residente de aquí a alguien que pueda equipararse a los de allí. Hay una mujer alta que podría ser Dolors. Se pasa el día comentando lo que hacen los demás, terminando sus frases, apostillando. Ayer por la tarde, a eso de las cinco, ya se oían los gritos de la que grita «¡Santiago! ¡Santiago!», y la señora alta añadió enseguida: «Se ha ido a la playa». Cosas así hace. Tiene bastante gracia porque habla con un tono entre irónico y cínico, como burlándose de todo el mundo, como si estuviera por encima de los demás, aunque se encuentre entre ellos. Tiene bastante gracia, pero no es Dolors.

Te han cambiado los compañeros de clase, mamá, y no sé qué haré con la novela.

*

Ha sido un acto reflejo. Me da hasta vergüenza decirlo. Estaba en el comedor, intentando molestar lo menos posible mientras cuidadoras y cuidadores iban sirviendo la cena y, al apartarme para dejar paso al carro con las bandejas, he quedado muy cerca de una anciana que estaba esperando su comida. Ella sentada, yo de pie y dándole la espalda. Entonces lo he notado. Mis nalgas apretándose y preparándose para el golpecito que no llegó.

Carmen, incluso a ti te echo de menos.

*

—¿De verdad que eres profesor de literatura? ¿En la universidad?

Dije que sí a lo primero y a lo segundo. Entonces David, mi auxiliar favorito ahora, inició una conversación que casi parecía una entrevista. Me preguntó por mis clases, por mis estudiantes, por la vida universitaria. Luego por mi familia. Enseguida otra vez por cosas de la universidad. A él le habría encantado estudiar una carrera, pero no era buen estudiante, y esto y aquello. Pero le encanta leer. Le encanta mucho (lo dijo así). Claro que no sé tanto como tú de literatura y seguro que leo novelas malas. Aunque a mí me gustan, la verdad. Qué interesante me parece tu profesión. Y qué bonita. ¿Hace mucho que das clases? ¿Tanto tiempo? Debes de ser muy buen profesor.

*

Hora de la merienda. Casi siempre me pilla allí. Mi madre con un yogur o una gelatina ya tiene bastante. Los demás comen galletas y toman leche.

—¡Quiero más!

—¿Más qué?

—¡Leche!

—Y cacao, avellanas y azúcar.

Ya está apostillando tu *alter ego*, Dolors.

*

Cuando la paseas con la silla de ruedas por delante del colegio San Juan Bosco tu madre no tiene remordimientos porque no puede tener remordimientos. Me lo explicaste tú mismo. Dijiste que era un alivio para los enfermos de alzhéimer.

—*Touché*.

*

Para salir de la planta tercera tienes que marcar un código o no se abre la puerta. Es una medida de seguridad. El código es 0482. He tenido que anotarlo en el móvil porque no hay manera de que me acuerde.

Lo que daría Pilar para que la cambiaran de guardería y yo le pasara este código.

*

Chiste lacaniano contado en nueve fases muy elementales:

1. Un hombre se cree que es un grano de maíz y no un hombre.
2. Lo llevan a una clínica mental y lo curan.
3. Ya sabe que es un hombre, y no un grano de maíz.
4. Cuando sale de la clínica, se encuentra en la calle una gallina.
5. Vuelve a entrar, aterrorizado, en la clínica.
6. Los médicos le preguntan que qué le pasa.
7. Él responde: «Hay una gallina en la puerta y tengo miedo de que me coma».
8. Los médicos le explican: «Pero si tú ya sabes que no eres un grano de maíz, sino un hombre».
9. Respuesta inesperada: «Yo claro que lo sé, pero ¿lo sabe la gallina?».

Según Slavoj Žižek (*Mis chistes, mi filosofía*), en este chiste se encuentra la clave del tratamiento psicoanalítico, que consiste no solo en convencer al paciente de la verdad inconsciente de sus síntomas, sino que hay que lograr convencer también al inconsciente. ¿Qué pasa si no se consigue? Pues que por mucho que trabaje el psicoanalista no cambia nada. De ahí la famosa frase de Madame du Deffand: «No creo en los fantasmas, pero me dan miedo».

Ya lo veis: siguen asustando los fantasmas y las gallinas.

*

Ayer cenamos en casa de mi hermano Xavi. Sus hijas y las mías se llevan muy bien y nos gusta fomentar esta relación. Y a nuestras mujeres les cuesta muy poco buscar una excusa para vernos. Mi hermano vive cerca de la residencia Bonaire y pasé por delante con el coche a propósito. Lo que no hice a propósito ni podría fue poner la canción que sonó en la radio cuando el semáforo se puso en rojo y nos detuvimos justo a la altura del número 382 de la Avinguda Diagonal.

If You See Me Getting Smaller, I'm Leaving. Qué gran título. Tengo que escuchar más a Jimmy Webb.

*

¡Santiago! ¡Santiago!

Al final te acostumbras a estos gritos y a tantos otros que se escuchan por aquí, voces desesperadas que salen de las habitaciones, voces de gente a la que todavía no he visto y quizás nunca veré.

La planta tercera es la de las demencias más severas.

*

Yo también creía que ibas a dejarme. Cuando regresé de París. Te habías enfadado tanto que estaba seguro de que no querías volver a verme. Te escribí para decirte que no iba a olvidarte nunca, ni siquiera cuando me muriera.

*

Hoy he tenido un sueño muy raro. Mi madre y yo entrando en La Gavina Azul. Ella no paga (bello sexo). Nos encontramos con Anita y con un joven bastante apuesto, con bigote, al que se le ilumina la cara en cuanto ve entrar a mi madre. Me recuerda mucho a mi hermano Xavi, igual porque ese joven es mi padre y mi hermano Xavi se parece mucho a mi padre. De repente, suenan tres canciones. Una es *Llegar a viejo*, de Joan Manuel Serrat, cosa incomprensible porque esa canción no existía en la época de La Gavina Azul (yo tampoco) y porque no es bailable y la gente que está allí quiere bailar. La siguiente canción es *Resistiré*, del Dúo Dinámico, algo más comprensible, pero la gente tampoco se anima a bailar porque el disco se ha quedado encallado en «Cuando se rebelen los recuerdos...». La última canción es *La chica del 17*. No me la quito de la cabeza.

*

—Vas a flipar. El familiar que me acompaña ha salido de la ambulancia y está escalando para saltar la valla de la entrada a la residencia.

La de la ambulancia me dijo que le había hecho este comentario por teléfono a su compañero cuando me vio saltar. Me dijo: «He flipado». Luego se acordó de su compañero y matizó: hemos flipado los dos. Quien verdaderamente flipó más tarde fue el vigilante de noche cuando la oyó gritar. Era más bien bajita, poca cosa, no sé dónde le cabía tanta mala leche.

*

Sabino Méndez me ha escrito un correo electrónico para decirme que se ha inspirado en una de

mis clases para escribir su artículo semanal en *La Razón*. Al parecer, en alguna asignatura expliqué el mecanismo de la ironía y él ha jugado a ser irónico en su artículo, siendo muy consciente de los riesgos que asume siempre quien se comporta así. Decir lo contrario de lo que piensas en vez de decir lo que piensas y pretender que se den cuenta de que no piensas lo que has dicho es arriesgarte a que nadie te entienda.

He contestado que me gustaba su artículo y que la esencia de lo que él hacía la recoge una frase de Graciela Reyes: «El locutor irónico se hace el tonto: su fracaso es que lo confundan con el tonto».

*

Mamá, haz el favor de beber un poco más de agua. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mí. Por nosotros. Por tus hijos. Y por el nefrólogo, que está ya harto de reñirte. Ahora que eres especialista en transformar la realidad, ¿no podrías convertir este vaso de agua en tu bebida preferida? ¿Cuál era tu bebida preferida? Ya me acordaré, ya.

*

Al entrar en la habitación que tienen preparada para las visitas en la tercera planta por si te da pereza bajar al *hall* de la residencia (lo que no sería raro porque la espera del ascensor es eterna), me di cuenta de que alguien se había olvidado un libro en el sofá. Lo cogí, pero casi no me dio tiempo a mirarlo porque enseguida entró David, mi tocayo, y me preguntó si había visto un libro por ahí. «No sé dónde lo he dejado y me gusta leer mientras vuelvo a casa en metro», dijo. «¿Es este?», le pregunté mostrándole el que tenía en mi mano derecha. Lo era. Pero no se lo devolví enseguida. Pudo más mi curiosidad. «¿A ver qué cosas lees?», dije sonriendo mientras me fijaba en el título del libro: *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie. «Vaya, todo un clásico de la autoayuda», dije. Luego quise mostrar interés y busqué la página donde estaba colocado el punto de libro que me mostraría por dónde iba David en su lectura. Mis ojos se fueron directamente hacia un párrafo que estaba subrayado con rotulador fluorescente de color lila:

Hay una ley de suma importancia en la conducta humana. Si obedecemos esa ley, casi nunca nos veremos en aprietos. Si la obedecemos, obtendremos incontables amigos y constante felicidad. Pero en cuanto quebrantemos esa ley nos veremos en interminables dificultades. La ley es esta: trate siempre de que la otra persona se sienta importante.

Le devolví el libro con una sonrisa que se convirtió en carcajada cuando me quedé ya a solas con mi madre. Estaba claro a qué había venido tanto interés en mis clases universitarias. Mi auxiliar favorito había sabido desplegar toda su estrategia para convertirse en mi auxiliar favorito.

*

No recuerdo una época de mi vida en la que no fueras rubia y creo que entré en *shock* cuando supe que en realidad eras morena y que te teñiste de muy joven para esconder un mechón de pelo blanco que tenías en el flequillo, me parece que de nacimiento. Alguien me dijo que a eso se le llama *poliosis*. No sé si lo supiste alguna vez ni por qué me da ahora por recuperar recuerdos tan antiguos.

Un mechón de pelo blanco. Me cuesta imaginármelo. Imagínártelo. Escondiste muy pronto aquel secreto y me pregunto dónde estarán tus otros secretos ahora que no sabes dónde guardaste la llave.

*

Cuando esta tarde estabas con Nerea, haciendo tus ejercicios para controlar el dolor de espalda, has hecho un movimiento inesperado, se te ha subido el jersey más de la cuenta y, de repente, la he visto. Mi paloma de la paz. Ha sido una visión fugaz, pero ni te imaginas los recuerdos que me ha traído. Cuánto tiempo, Dios mío, cuánto tiempo ya.

*

Volvíamos en ambulancia desde el Hospital Vall d'Hebron. El médico de la Mutuam Collserola nos había derivado de urgencias porque mi madre tenía los ojos muy rojos y apenas podía abrirlos. Era una infección que él no podía tratar allí. Yo había ido de visita y me encontré con la sorpresa. Nos llevó una ambulancia y, cinco horas después, regresábamos en otra. En la primera iban un conductor y un enfermero. En la segunda, solo una conductora con cara de pocos amigos. Después de tantas horas en urgencias, tampoco yo tenía muchos amigos. Y mi madre ya estaba agotada, la pobre. Era muy tarde, cerca de la una de la madrugada. Sabía que encontraríamos la puerta cerrada, pero la de la ambulancia me dijo que estuviera tranquilo, que siempre había un vigilante de noche y que en cuanto llamásemos al timbre nos abriría. Le había pasado muchas veces. Tranquilo. Y me tranquilicé. No, no hace falta que bajes de la ambulancia, le hago luces desde aquí y ya nos verá. Lo dijo muy convencida, muy confiada. Pero nada. Nadie hizo caso desde el otro lado. Más luces. Otra vez sin ningún éxito. Mejor bajo, ¿no? No, no, tranquilo, que llamo a la central y desde allí llamarán a la Mutuam. Vale. Me tranquilizo. Una llamada. Dos. La central contesta. La de la ambulancia habla con su compañero. Ya solo tenemos que esperar a que llamen a la Mutuam y nos abran. Suena esperanzador, pero nada, no hay señales de vida. Llevamos más de veinte minutos esperando. Ya no estoy tranquilo. La de la ambulancia tampoco está tranquila. Su cara de pocos amigos se ha convertido en una cara con

muchos enemigos. Tendremos que volver al hospital, me dice. Imposible, le digo, y, como me doy cuenta de que no le ha gustado mi tono, lo cambio enseguida y añado: al hospital otra vez no, por favor. Mientras espero que mi por favor haga su efecto, bajo de la ambulancia y me acerco a la puerta, que está integrada en la valla de hierro. De cerca es menos alta de lo que parecía, así que me atrevo a saltarla. A la de tres. Como en la residencia Bonaire cuando los levantan por la mañana. Uno, dos y tres. Lo logré, ya estoy dentro. Cruzo una zona ajardinada y llego a otra puerta, una automática, de las que se abren al detectar la presencia de alguien. Pero a mí no me detecta. Deben de desconectarla a estas horas. Busco algún botón que a lo mejor, que quién sabe, pero no encuentro ninguno. Meto tantos dedos como puedo entre las dos hojas de la puerta automática y la fuerzo, a riesgo de estropearla, cosa que me importa más bien poco. Trato de hacer más fuerza. Por fin logro entrar. Grito y grito mientras camino a paso acelerado abriendo las puertas de todas las habitaciones. De repente adivino la luz de una linterna al fondo del pasillo. Grito más. Aparece el vigilante y se lleva un susto de muerte. No entiende nada. Quién soy, qué hago, qué está pasando. Por fin reacciona. Abre la puerta, entra la ambulancia, bajan la camilla y llevan a mi madre hacia su habitación.

La conductora de la ambulancia grita mucho más fuerte que yo. El vigilante está flipando.

*

Nabokov no soportaba a Freud y me he acordado de esto por lo del chiste de Lacan. En una entrevista, le preguntaron si lo habían psicoanalizado alguna vez y su primera reacción («¿Por qué, Dios mío?») ya presagiaba lo peor. Lo peor vino enseguida:

El freudismo y todo lo que este ha contaminado con sus implicaciones y métodos grotescos me parece uno de los engaños más viles ejercidos por la gente sobre sí misma y sobre los demás.

*

—¿Al final fuiste o no a hablar con la doctora?

—Sí, sí que fui.

—¿Y qué tal?

—Me dijo lo que le dice a todo el mundo y yo ya sabía.

—¿Lo del uno por ciento de posibilidades?

*

Cuando entró en desgracia, Oscar Wilde se sintió muy enfermo. Se encontraba débil, agotado, triste. Los médicos le decían que tenía neurastenia. Se lo contó por carta a un amigo: «Estoy neurasténico; mi médico dice que tengo todos los síntomas». No se quedó ahí porque Wilde era

mucho Wilde y la tentación del ingenio siempre podía con él. Así que siguió: «Es reconfortante tenerlos todos porque eso me convierte en un caso perfecto».

A estas alturas, y después de tantas conversaciones con la doctora Parra y de tanto buceo en Internet, ya me sé de memoria (tiene gracia) todos los síntomas del alzhéimer.

Y, por si sientes curiosidad, te lo diré, mamá: sí, eres perfecta.

*

Te pedí que vinieras con nosotros a la residencia cuando me enviaste aquel poema de Idea Vilariño como despedida. Lo enviaste desde el enfado, casi te diría que desde la rabia, porque yo no te había dado demasiadas explicaciones. Los médicos me asustaron, me dijeron que en cualquier momento Rosa podía tener un derrame cerebral y que era mejor que estuviera cuidada por manos expertas, que sabrían cómo reaccionar, y no en casa, conmigo, que no sabría qué hacer si en plena noche... No lo pensé dos veces. Tú interpretaste que todo se había terminado, pero yo, lo siento, ni siquiera pensé en nosotros. No tuve tiempo.

A la semana de vivir en la residencia, me llegó tu carta con el poema. Solo recuerdo los últimos versos porque fueron los que me llevaron a pedirte que vinieras a Bonaire. Nunca pensé que lo harías, pero yo tenía que pedírtelo porque estas palabras no me daban otra opción:

*... Ya no estás
en un día futuro
no sabré dónde vives
con quién
ni si te acuerdas.
No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.
No volveré a tocarte.
No te veré morir.*

*

Empiezo a estar harto de esta novela. Me quita el sueño y hace que no pueda pensar en nada más. Es obvio que no me gusta escribir. Tiraré a la basura (a la papelera de reciclaje) todo lo que he escrito y me dedicaré a leer libros de autoayuda que me autoayuden a entender por qué empecé todo esto, o pediré cita a un psicoanalista para que me aplique alguna versión conveniente del complejo de Edipo por un precio razonable.

—¿Lo dices en serio?

—Creo que me has confundido con el tonto.

*

—Lo que yo entiendo de todo este rollo metaficcional que te estás marcando, esparciendo comentarios sobre lo que escribes, es que los escritores sois bastante mentirosos. Seguro que, mientras escribís, os va creciendo la nariz.

—Deja que te responda Nabokov:

La literatura no nació el día en que un chico llegó corriendo del valle neanderthal gritando «el lobo, el lobo», con un enorme lobo gris pisándole los talones; la literatura nació el día en que un chico llegó gritando «el lobo, el lobo», sin que le persiguiera ningún lobo.

—O sea, que tengo razón.

—Pues no.

*

Hoy se ha tomado la merienda bastante bien. Un yogur natural, sin azúcar, y medio vaso de zumo de melocotón. La auxiliar me ha explicado que el de melocotón es el que le va mejor porque es tan espeso que no hace falta añadir espesante, que es lo que el médico dijo que hay que hacer para que mi madre no se atragante al beber. Con el espesante, el agua parece gelatina. Mientras le daba el zumo, no dejaba de repetir: «Qué bueno, qué bueno».

Creo que ahora lo entiendo. Mi madre reconoce el sabor de lo que le gusta, aunque también pueda tomar cosas que antes no le gustaban en absoluto. También responde a los saludos y a las preguntas más básicas. Seguramente todo esto lo tiene muy interiorizado porque lo ha repetido millones de veces a lo largo de su vida. No interviene la razón, sino una especie de inercia. Estímulo-respuesta. Pura mecánica conductual. Es fácil de entender y lo entiendo. Sin embargo, cuando alguna vez dice algo coherente (como el día en que me dijo que me quería o cuando lamentó tener que verse en esta situación) es como si en su inconsciente sí que supiera que tiene alzhéimer y esa verdad solo aflorara al nivel consciente en momentos muy puntuales, durante unos pocos segundos, y luego quedara reprimida de nuevo y regresara a la inconsciencia.

La clave está en el chiste del hombre que se creía un grano de maíz, o en la famosa frase de Madame du Deffand. Yo creo que el inconsciente de mi madre sabe que tiene alzhéimer y, aunque a los especialistas en psicoanálisis mi teoría pueda parecerles muy rudimentaria, voy a hacerles una pregunta inquietante: ¿Es posible hipnotizar a un enfermo de alzhéimer?

Poe hizo que hipnotizaran a un muerto. Yo no pido tanto.

*

¿La policía? ¿Aquí? ¿Qué quiere? ¿Por mi madre? ¿Seguro que preguntan por mi madre? ¿Bonaire? ¿Que si la conozco? ¿Cómo ha dicho que se llaman?

—Ella, Raquel, y él...

—No, no hace falta que me diga cómo se llama él.

*

—Venga, por favor, explícame otra vez lo de los friquis espirituales y la niña buscando el puto árbol.

—No me apetece. Me cansa esa historia. La he contado tantas veces que ya no sé si la recuerdo de veras o si tan solo recuerdo las palabras con que la cuento.

*

Nunca he conocido a ninguna mujer tan presumida como mi madre. Recuerdo que, aunque solo tuviera que salir de casa para comprar el pan en la acera de enfrente, se tomaba su tiempo para vestirse y maquillarse porque no soportaba que la vieran en cualquier otro estado que no fuera la perfección.

—Oye, juraría que esto ya lo habías contado.

*

La chica de la recepción es la que nos ha avisado. Ellos mismos le han dicho que llamara al número que aparece en la tarjeta. Residencia Bonaire. Primero nos ha avisado a nosotros, claro. A dirección. Hemos comprobado si eran residentes nuestros y hemos visto que no tenían ficha. Les hemos preguntado si eran familiares de alguien y han dicho que no, que venían a visitar a una amiga. A tu madre. La querían saludar. Por eso te hemos llamado. ¿Conoces la residencia Bonaire? Hemos llamado y estaban asustadísimos. La policía no ha tardado nada en llegar y ahora esperamos a un tal Marc, o a un tal Xavier, o a los dos, ya no sé cuál de ellos ha dicho que vendría al final.

*

Un momento. Un momento. Un momento. Esto me interesa mucho. Juro que no lo he encontrado en Internet:

En un sentido muy real, todos nosotros tenemos dos mentes, una mente que piensa y otra mente que siente, y estas dos formas fundamentales de conocimiento interactúan para construir nuestra vida mental. Una de ellas es la mente racional, la modalidad de comprensión de la que solemos ser conscientes, más despierta, más

pensativa, más capaz de ponderar y de reflexionar. El otro tipo de conocimiento, más impulsivo y más poderoso —aunque a veces ilógico—, es la mente emocional.

Daniel Goleman escribió todo esto para explicarnos que esas dos mentes suelen colaborar, aunque a veces la emocional secuestra a la racional y por eso actuamos de forma completamente apasionada. En el amor, en el odio, en el crimen. En estos casos se produce una especie de secuestro neuronal, puesto que nuestras emociones reclutan para sí todos los recursos del cerebro, y el neocórtex (la zona cerebral responsable del pensamiento lógico y consciente) no tiene tiempo de reaccionar e imponer un comportamiento racional. Solo cuando ha pasado el tiempo del secuestro podemos valorar hasta qué punto nuestra respuesta ha sido desproporcionada, es decir, irracional. Esto significa que ha habido un cortocircuito temporal, pero que la colaboración entre la mente racional y la emocional se restablece. Muy bien. Muy bien. Muy bien. Esto se entiende muy bien.

*

No se han soltado de la mano en ningún momento. Insistían en ver a tu madre. Que eran sus amigos, decían. Los tenemos allí esperando, sentados en un sofá. Da cosa acercarse ahora porque parece como si estuvieran en el sofá de su casa. Te lo juro. Le falta una mantita a cada uno. La televisión ya la tienen.

«Mamá, ¡mira quién ha venido a verte!» Tendré que decir algo así cuando abra la puerta de la habitación 327 y mi madre me mire con ojos de no entender nada, que son los mismos que yo he utilizado para expresar lo que he sentido al ver a esa pareja entrañable en el contexto equivocado.

*

A veces desde el dolor no salen palabras lindas y por eso preferí decirte lo que tenía que decirte con los versos de Idea Vilariño. Por segunda vez otra mujer me ayudaba a comunicarme contigo y por segunda vez supiste escuchar mi voz apagada.

*

Evolutivamente hablando, la mente emocional es muy anterior a la racional. Esto lo sabemos todos. Entonces, me parece muy lógico que cuando alguien (ahora hablo de mi madre) padece una enfermedad mental (¿cómo era? Ah, sí: incurable, degenerativa y terminal) el deterioro progrese retroactivamente (ya sé que suena paradójico). Quiero decir: se empieza deteriorando lo más avanzado (la mente racional) y luego lo que existía antes (la mente emocional). No hace falta ser neurocientífico para ver que esto tiene que ser más o menos así. Sí hace falta ser neurocientífico, en cambio, para saber que existe algo que se llama *amígdala*, una especie de

glándula que funciona como un depósito de la memoria emocional, pues almacena recuerdos primitivos sobre nuestros afectos, y gracias a esto reaccionamos enseguida de la manera que más nos conviene ante los estímulos externos. Si algo puede hacernos daño, huimos; si algo nos disgusta, lo evitamos; si algo nos complace, tratamos de disfrutarlo. Etcétera.

Como a veces nuestra supervivencia depende de la rapidez con que reaccionemos, no siempre podemos permitirnos el lujo de esperar a que el neocórtex procese la información que procede del exterior para dar una respuesta racional, por eso nuestro cerebro dispone de un atajo para que lo percibido no tenga que pasar por el neocórtex y vaya directamente a la amígdala, que ofrecerá de inmediato la respuesta gracias a la cual podremos sobrevivir. Esto también tiene que ver con un secuestro neuronal. Otra vez las emociones secuestran a la razón.

¿Qué conclusión sacamos de todo esto?

Primera: que la mente racional de mi madre está muy dañada, pero la emocional no tanto y por eso a veces aún intenta realizar un secuestro neuronal para manifestarse.

Segunda: que, si tiene razón Goleman cuando afirma que «una vida sin amígdala es una vida despojada de todo significado personal», y tengo razón yo cuando digo que a mi madre la han operado de muchas cosas (de un codo, de cataratas, de glaucoma, de una hernia inguinal) pero nunca le han extirpado la amígdala, es obvio que el jodido alzhéimer no ha logrado aún que la señora Pepita Piquer Peñaranda haya dejado de existir.

Tercera: que mi madre todavía me quiere y por eso el otro día me dijo «te quiero».

*

—No sé cómo ha podido pasar. Un despiste de la cocinera. Al sacar la basura, la puerta no ha quedado bien cerrada y se han escapado. Por suerte, solo han sido ellos dos.

—Yo creo que lo tenían planeado. Había un trozo de madera en el suelo para impedir que la puerta se cerrara del todo. Y no se ha escapado nadie más porque ellos luego la han cerrado bien.

— Pero ¿cómo han llegado hasta aquí?

—En taxi. Han parado un taxi en la Diagonal. Jacob llevaría dinero, supongo.

—Te digo que lo tenían preparado. Míralos: sus abrigos, sus bufandas. Casi hacen la maleta. Además, en domingo porque saben que tú y yo no estamos.

—Es increíble que estén tan tranquilos, como si no fuera con ellos.

—Siempre te digo que los domingos Lourdes no se puede encargar de todo. Cocinar, abrir la puerta cada vez que llama un familiar, bajar la basura. Y las auxiliares ya tienen bastante con lo suyo.

—La hija de Raquel está histérica. Por suerte, cuando la hemos llamado ya sabíamos que estaban aquí.

—La bronca que le caerá a Raquel.

—Y a él también hay que reñirlo.

—Como si fueran niños...

—Sí. ¿Te acuerdas de que te lo dije?

Conversación a tres bandas. Marc, Xavier y yo. Salvo lo de que estaban muy tranquilos. Eso lo dijo un policía.

*

—¿A qué hora pasa el tren?

Mi mujer y mis hijas se quedan sin palabras porque no están tan acostumbradas como yo a estas sorpresas. No pasan tanto tiempo en la residencia. Por fin, una de ellas reacciona muy educadamente: «No se preocupe, señora, que ya no tardará».

La señora en cuestión se las queda mirando de arriba abajo y les dice: «Pero ¿os creéis que porque soy vieja tengo que estar mal de la cabeza? Os lo preguntaba para saber si estabais bien vosotras».

A este tipo de sorpresas tampoco yo estaba acostumbrado.

*

—Ya veo, ya. Cuando su padre le explicó que la pelota era redonda, usted se rio para expresar su desacuerdo y su rabia delante de ese competidor que le quitaba protagonismo a la hora de obtener todo el cariño de su madre.

—Gracias, doctor, ya me siento mucho mejor.

—Ya veo, ya.

Como me suelte otra gilipollez, se lo digo a Nabokov.

*

Le pusiste Rialda por tus tres hijos: Ricard, Albert y David. Las dos primeras letras de cada nombre. Recuerdo con mucho cariño aquella tienda de ropa. En el probador había incluso una larga pasarela y nunca he vuelto a ver una cosa igual. Una pasarela de moda en un probador. Rialda es un nombre muy logrado. Yo lo he utilizado como contraseña más de una vez, ahora que para todo hay que tener contraseñas. Rialda. Luego nació Xavi, pero no se te ocurrió cambiar el nombre.

¿De verdad que no sabes por qué se fue de casa sin decir nada?

*

Terrible noticia ayer en televisión, en casi todas las cadenas. Los Mossos d'Esquadra han

detenido a dos cuidadores (hombre y mujer) de una residencia de Barcelona, del distrito de Sants-Montjuïc, por maltrato físico y sexual a una anciana octogenaria enferma de alzhéimer. La hija de la anciana había sido alertada por otros trabajadores del centro de que algo extraño estaba pasando y optó por poner una videocámara en la habitación en la que no solo duerme su madre, sino también su padre. En la denuncia a los Mossos se adjuntan hasta veintinueve grabaciones. Las imágenes que se ven en televisión son muy duras. El cuidador somete a la madre a vejaciones y constantes abusos sexuales, y la cuidadora le retuerce un dedo, la golpea en las manos y hasta le pone una almohada en la cara y la deja mucho tiempo sin respirar. He sentido una indignación infinita. Ahora mismo creo en la pena de muerte. Pero se me queda corta. Primero habría que torturar a esos hijos de puta, sacarles los ojos, descuartizarlos, empalarlos, hacerles sufrir mucho mucho mucho.

—¿Y qué dirías cuando te detuviera la policía?

—Alegaría secuestro neuronal.

*

Leído en un artículo que quiere demostrar que el ser humano es un procesador y productor de energía que sigue las leyes cuánticas:

Desde este estudio afirmo que en el proceso de la Memoria el «olvido total» no existe, lo que sucede en el denominado «olvido» es que la información psicológica, acumulada en paquetes energéticos, desciende por medio de los saltos cuánticos a niveles de energía que se encuentran fuera del umbral de procesamiento del cerebro.

Bla, bla, bla, y luego:

Cada partícula debe tener su antipartícula, de modo que debe existir un antielectrón idéntico al electrón, salvo por su carga, que sería positiva en vez de negativa, y un antiprotón, que poseería una carga negativa en vez de positiva. Cuando se combinan dos partículas opuestas, proceden a una neutralización mutua y desaparece toda la materia, se aniquilan, solo queda energía en forma de radiación gamma. Este mismo fenómeno puede existir en el campo cuántico psíquico.

De nuevo bla, bla, bla y luego:

La neutralización de un macroacontecimiento de información producirá una laguna de memoria en el recuerdo del organismo afectado. La información del cerebro no ha desaparecido, simplemente ha sido neutralizada, por lo que queda abierta la posibilidad para la ciencia de invertir este proceso y aportar una nueva estrategia de intervenir sobre la enfermedad de Alzheimer.

Otra vez la patrona de Josef K.: No entiendo, pero tampoco hace falta entender.

*

Como me temía, mi madre sigue con su verborrea. No han logrado pararla tampoco aquí. Es verdad que a veces se calma y se queda callada un buen rato, pero luego arranca de nuevo y vuelven a apretujarse en su boca palabras infinitas peleándose para salir antes que las demás. Por eso tiene la boca tan seca. Casi siempre, lo primero que hago al llegar es pedir agua a algún auxiliar. Agua y espesante. Qué distinto es esto a tu queridísimo Bitter Kas, ¿verdad, mamá? Rojo, amargo, con hielo, con una aceituna y una rodaja de naranja. Tu aperitivo favorito. Incluso cuando pasó de moda (¿quién se acuerda hoy del Bitter Kas?) tú seguiste tomándolo. Aunque, por lo que recuerdo, llegaste a ponerte al día gracias a mis hijas y empezaste a beber Nestea. Se acabó todo eso. «Dad de beber al sediento», decía siempre papá cuando quería que alguno de nosotros fuese a la cocina y trajera otra botella de agua.

Nunca le trajimos esta gelatina medio asquerosa que estás a punto de beberte.

*

Algunos neurólogos afirman que el origen del alzhéimer se encuentra en la muerte de neuronas encargadas de la producción de dopamina, el neurotransmisor vinculado a la coordinación de movimientos, al placer y a los cambios de humor. El sistema de recompensa de nuestro cerebro hace que, cuando vivimos una experiencia placentera, intentemos luego reencontrarnos con ella tantas veces como sea posible y nos vamos fijando así objetivos que nos resultan motivadores. Estas fuentes de motivación funcionan como una brújula que orienta la mayor parte de nuestras acciones: hacemos lo que hacemos porque hemos aprendido que eso es lo que nos genera emociones más agradables. Un déficit de dopamina en el hipocampo puede provocar que dejemos de sentir la satisfacción que sentíamos antes al hacer ciertas cosas y caigamos en un desinterés general y hasta en una grave depresión. La pérdida de recuerdos podría ser una consecuencia lógica de quien ha perdido toda motivación y se ha quedado sin objetivos vitales.

¿Por eso de repente dejaste de ver tus programas de televisión preferidos, mamá? ¿Te deprimiste y se te empezó a olvidar el mundo? ¿O fue al revés? ¿Se te olvidó el mundo y por eso te deprimiste? ¿No será que te diste cuenta de lo penoso que era ver cada mañana ese horrible programa de Telecinco?

*

Yo no creo que note nada lo de las gafas de sol, pero mis hermanos dicen que sí, que le molesta la claridad y así está más cómoda. Igual tienen razón. Pero que las lleve también dentro de la residencia, incluso al atardecer, no tiene mucho sentido. Claro que la luz artificial también puede molestarle. Igual tienen razón. Luego está lo otro. Es incómodo reconocerlo, pero a todos nos pasa. No soportamos ver los ojos de mamá moviéndose de un lado para otro, buscando nada, sin

detenerse en ninguna parte. Iris y pupila deslizándose sin orden por la esclerótica. La ceguera tiene estas cosas. Los ciegos no ven y a nosotros no nos gusta ver que no ven.

Las gafas de sol no solo te protegen a ti, mamá.

*

Del mismo artículo de antes sobre mecánica cuántica:

El inconsciente está formado por un conjunto de partículas de información que debido a su baja frecuencia energética son incapaces de aflorar al umbral de procesamiento, y fuera de este umbral el cerebro no puede procesar de forma consciente un determinado intervalo de energía.

Bla, bla, bla y entonces:

Memorizamos más información de la que somos capaces de recordar, poseemos recuerdos globales de cuya existencia no somos conscientes, pero que por el efecto de un activador accidental pueden recuperarse de forma espontánea.

Ya voy entendiendo algo, pero nadie responde a mi pregunta: ¿se puede o no se puede hipnotizar a un enfermo de alzhéimer? ¿Para qué? Pues para ver si allí dentro, en lo profundo, existe una vida psíquica que sigue funcionando como antes de la enfermedad y, por tanto, se conservan intactos los materiales (odios, obsesiones, afectos) relacionados con la mente emocional.

¿Alguien tiene la respuesta?

*

Me pasaba a menudo y mis amigas se enfadaban muchísimo. Ellas seguían hablando, pero yo ya no las escuchaba porque, de repente, me iba a otro planeta y tardaba bastante en regresar. Eran ausencias extrañas, aunque nunca me preocuparon demasiado. Se estaba muy bien a millones de años luz de cualquier lugar del mundo en el que no estuvieras tú.

*

Última estación: Sitges. En efecto, mamá, Albert ha hecho algunas gestiones y te llevaremos a Sitges, a una residencia que tiene pinta de ser muy acogedora. La ventaja está en que Albert vive muy cerca y podrá pasar a verte cada día. A los demás nos costará un poco más ir, pero a todos nos parece prioritario que uno de nosotros pueda verte con muchísima frecuencia. Además, es Albert, tu preferido. Antes te reías cuando te decía esto. Igual que los tíos Glòria y Cristóbal, que también prefirieron siempre a Albert y yo lo convertí al final en una broma, a lo mejor un poco incómoda para ellos. Se reían cuando sacaba el tema, pero nunca desmintieron nada. Y mira que

si yo bromeaba tanto sobre esto era para ver si algún día lo desmentían. Pero no, ni tú ni ellos negasteis nunca la verdad.

—¿Celos? ¿En serio?

—No, hombre, no. Una broma. Puro humor.

—Ya, del que procede de la tragedia.

*

Me fío más del doctor Bertran que de nadie. Ayer fui a verlo. Por las dudas. Seguro que no hacía falta, pero por las dudas. Hacía más de un año que no iba a su consulta, pero no me riñó. El doctor Bertran nunca riñe. Es el mejor internista de Barcelona, me dijo Nora cuando me lo recomendó, y seguro que le dijo lo mismo a Annalisa, como hice yo luego con Robert. Siempre pienso que sería divertido coincidir un día los cuatro en la sala de espera. Colegas de la universidad apuradísimos buscando cada uno la mejor manera de no contar a los demás por qué han ido al médico.

*

Si no recuerdo mal, pero quién sabe, tu madre, mi abuela, era de Murcia, y tu padre, mi abuelo, de Barcelona. Ella llegó de Murcia con cinco o seis años y creo que no volvió nunca más, así que es casi como si nunca hubiese estado allí. Tus padres hablaban catalán entre ellos y a sus hijos, pero entre los hermanos hablabais castellano. Luego tía Flora se casó con tío Emilio y hablaban en catalán, y tío Cristóbal se casó con tía Glòria y hablaban en catalán, y tú te casaste con papá y hablabais en catalán. Todos hablasteis en catalán a vuestros hijos y ellos hablaban en catalán con sus hermanos. Cuando estábamos en alguna celebración familiar, me llamaba mucho la atención ver que cambiabas de lengua para dirigirte a tía Flora o a tío Cristóbal y regresabas al catalán para hablar con los demás. Tanto baile de lenguas podría marear a cualquiera si no fuera porque estaba tan asimilado que nadie reparaba ya en los cambios.

Ahora que te mueves con mayor comodidad por el pasado que por el presente hablas más castellano que nunca, quizás porque piensas que vives aún con tus hermanos.

Y mira que lo hablas mal, mamá.

*

Usain Bolt: 9,58 segundos en 100 metros planos. Yulimar Rojas: 15 metros y 43 centímetros en triple salto. Katinka Hosszu: 2 minutos, 6 segundos, 12 centésimas en 200 metros de natación en modalidad de combinados femeninos. Armand Duplantis: salto de pértiga de 6 metros y 17 centímetros.

Nada, absolutamente nada de esto me impresiona después de lo que vi ayer. El fisioterapeuta de la residencia de Sitges quiso comprobar si mi madre podía sostenerse en pie. Le dijimos que eso ya era muy improbable después de tanto tiempo en silla de ruedas, pero él insistió. Pidió ayuda a una auxiliar y entre los dos cogieron a mi madre, cada uno de un brazo, y la pusieron de pie. Se quedaron quietos para ver cómo reaccionaba. Ahí estaba, muy quieta, sin decir nada. El fisioterapeuta se animó y dijo que quería probar si mi madre podía andar un poco. Una locura. Mucho tiempo en silla de ruedas. De la cama a la silla. Y al baño en aquella grúa horrible. Imposible. Pero... milagro. Juro que mi madre empezó a caminar. Un paso, otro y otro más. Anduvo por toda la habitación. No la soltaron en ningún momento, pero habrían podido hacerlo y ella no se habría caído. Estoy seguro.

Usain Bolt y compañía, ya podéis ir haciendo marcas, ya.

*

En una novela de Julian Barnes alguien que está escribiendo un libro recibe un diagnóstico fatal y le pregunta al médico: «¿Cuánto tiempo, doctor? Necesito saber». El doctor le contesta: «Yo diría que unas doscientas páginas. Doscientas cincuenta, si tiene usted suerte o escribe rápido».

Tengo un mal presentimiento y más vale que sea capaz de terminar pronto esta novela.

*

—Buenos días, muy buenos días, ¿cómo está? ¿Y la familia? ¿Las niñas? Ya sabe que si necesita algo, cualquier cosa, lo que sea, estoy aquí y solo tiene que pedírmelo.

Nelson es ahora mi gran esperanza. No sé aún qué haré con él, pero tengo que sacarle algún partido literario y creo que si lo enfoco bien podría funcionar. Es el hombre que atiende en la recepción de la residencia de Sitges. Te recibe siempre con una sonrisa de oreja a oreja y una boca en la que todo son dientes. Tanta simpatía no es creíble y ahí está la gracia, porque él no se da cuenta, pero es muy evidente que a la gente no le gusta esa actitud tan servicial y, a la vez, tan invasiva. Si llegas cargado con un par de bolsas o tres, antes de que te des cuenta ya te las ha arrancado de las manos y las ha dejado en el suelo del ascensor mientras retiene la puerta y espera a que entres. Y cuando sales de la residencia deja lo que sea que esté haciendo para acompañarte hasta la puerta principal y darte la mano y desearte un buen día y decirte que ha sido un placer enorme volver a verte. El primer día está bien, hace gracia, y hasta se te contagia esa sonrisa tan generosa. El segundo día no solo está bien, sino que incluso deseas que Nelson sea Nelson y haya alguien en el mundo que se alegre tanto de volver a verte. El tercer día ya cansa un poco. El cuarto, intentas evitar a Nelson y comprendes que nadie puede evitar a Nelson. El quinto día te presentas sin bolsas y corres hacia las escaleras para que se note que no tienes la menor intención de subir en ascensor. El sexto, esperas en la calle hasta que ves que otros

familiares quieren entrar y te sitúas detrás para que Nelson se ocupe de ellos y no de ti, pero enseguida te das cuenta de que hay demasiada gente en la calle mirando hacia la puerta y comprendes que tu idea no es muy original. El séptimo día Dios descansó, pero Nelson no, así que toca pagar el peaje antes de ver a mi madre.

Y llega un día en que te resignas a Nelson.

*

Me contaste lo de tus ausencias, pero nunca noté que te pasara eso conmigo.

*

Dos neuronas, por lo menos dos neuronas han vuelto a conectarse y de nuevo ha nacido una chispa de coherencia. Esta vez ha sido especialmente gracioso. Albert ha provocado la situación sin querer cuando se le ha ocurrido contarle mi secreto.

—¿Sabes una cosa, mamá? David está escribiendo un libro sobre ti.

Ahora, ahora es cuando las neuronas se conectan y mi madre hace una pregunta por sorpresa.

—¿Y qué dice?

Ha sonado un poco brusco, demasiado expeditivo, muy al grano, sin rodeos, directo a lo único que le interesaba, pero da igual, no se lo tendré en cuenta porque me ha hecho reír, y también a Albert, y a la auxiliar que se había acercado por si necesitábamos algo.

Albert ha improvisado una frase sin saber lo cerca que ha estado de la verdad.

—Dice que eres muy guapa.

Quedan todavía unos segundos de conexión, pocos, pero ahí están.

—Ah, muy bien, muy bien.

Se terminó. Ya está. Después de concederme un aprobado justito con ese comentario condescendiente, mi madre ha vuelto a su otro mundo de la mano de una pregunta que ya casi echábamos de menos.

—¿Dónde está tía Flora?

*

Ya nadie envía cartas y por eso me ha hecho tanta ilusión recibir esta. Cuando la portera me ha avisado de que tenía correspondencia la he mirado con cierta incredulidad. Pero era verdad. Venía de la residencia Bonaire y supuse que se trataría de algún papel que olvidamos formalizar cuando decidimos que, después de su estancia en la Mutuam, mi madre no volvería allí, sino que la llevaríamos a Sitges.

Nada que ver con lo que había imaginado. Acabo de abrirla y he visto que la carta la envía

Ana, la enfermera de Bonaire. Pregunta por mi madre, pero se nota que no me ha escrito para saber de ella porque enseguida pasa a hablarme de otro tema. Dice que se acuerda de que yo estaba escribiendo una novela en la que narraba la historia de Raquel y Jacob y quiere contarme algo importante. No sé cómo sabe lo de la novela porque estoy seguro de no habérselo contado, pero no me extrañaría que me hubiese visto tomando notas, como hacía tantas veces mientras estaba en Bonaire, cada vez que me parecía haber atrapado al vuelo alguna idea con posibilidades literarias.

Ana dice en esta carta que la última nota que escribió Raquel para Jacob se extravió y nunca llegó a su destino. Fue culpa suya. Ella la retuvo. Nunca supo si fue una decisión acertada o no, pero fue la decisión que tomó. Dice algo de la angustia por el remordimiento, habla de noches de insomnio y hasta de plantearse dejar Bonaire. Suena algo exagerado. Unas cuantas faltas de ortografía después, me asegura que si le prometo no publicar la novela hasta que Raquel y Jacob hayan muerto me hará llegar esa nota. Lo que viene a continuación debe de ser su número de teléfono.

*

Deja de consultar Internet. Acuérdate de lo que decía Nietzsche: «Cuando miras largo tiempo a un abismo, también el abismo mira dentro de ti».

*

Mi prima Eva me dijo que Murakami (¿o era Ishiguro?), antes de publicar algo, se lo deja leer a su esposa y, aunque no siempre hace caso de sus sugerencias, sí hace el esfuerzo de entender por qué no funciona lo que ella le dice que no funciona.

Yo no siempre hago caso de lo que me dice mi prima cuando me lee, pero repaso una y mil veces lo que no le ha gustado y a menudo veo que tiene razón.

Por eso esta novela termina como termina y no como terminaba.

*

Más artículos. Me acerco, presiento que me acerco.

Se considera la hipnosis como un sueño incompleto de tipo especial provocado artificialmente por medio de la sugestión de acciones físicas y psíquicas durante las cuales el sujeto obedece a las sugerencias del hipnotizador. Es un estado de profunda relajación en el que se produce una disminución de las ondas cerebrales y una laxitud de los miembros. Puede utilizarse en el tratamiento de disímiles trastornos psicológicos. Es muy útil en el control de la ansiedad, como técnica para aprender a tranquilizarse. En algunas investigaciones se destaca la eficacia de la inducción hipnótica para el tratamiento de síntomas depresivos, para prevenir náuseas producidas por el tratamiento del cáncer, para controlar el dolor durante los procedimientos médicos y como método diagnóstico en procedimientos forenses.

¿Como método diagnóstico en procedimientos forenses?
Joder, Poe, qué grande eres.

*

Papá, que el otro día se me pasó decirte una cosa y por eso he vuelto tan pronto. Esta vez Collserola no me ha parecido un laberinto y te he encontrado enseguida. Lo de Néstor Luján ayuda bastante, la verdad. Nada, que te dije que mamá todavía te recuerda, pero no te conté (guárdame el secreto) que tampoco se ha olvidado de ella. No del todo.

*

Uno por ciento versus 99 por ciento. No se puede tener tan mala suerte.

*

Un virus terrible ha puesto al mundo entero en jaque. Miles y miles de muertos. Los Gobiernos han decretado el estado de alarma y hay que quedarse en casa porque este virus no perdona. La gente mayor es la población más frágil en esta situación y se están produciendo muchos contagios en residencias geriátricas. Mis hermanos y yo tenemos el corazón en un puño. Me han contado que en la Mutuam Collserola ha habido ya algunas muertes. Y también en Bonaire. No quiero saber nombres. En la nueva residencia de mi madre, en Sitges, de momento no hay contagios. Cruzo los dedos.

*

Amaba Jacob a Raquel, y dijo a Labán: «Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor» (Génesis: 29-30).

*

—Aunque la pregunta esté entre paréntesis (¿quién se acuerda hoy del Bitter Kas?), creo que merece comentario porque tampoco es que escribas sobre cosas muy modernas, la verdad. ¿Quién se acuerda hoy de Antonio Machín?, ¿y quién se acuerda hoy de La Gavina Azul?, ¿y quién se acuerda hoy de la canción de *La chica del 17*?

—De la canción de *La chica del 17* me acuerdo yo. Todos los putos días. A todas las putas horas.

*

—Pienso que te contradices al decir que tu madre hace mucho tiempo (dijiste «mucho mucho tiempo», en plan enfático) que dejó de existir y luego buscas argumentos por todas partes para decir que sigue ahí.

—Tal vez tengas razón, pero me importa un comino porque no voy a dejar de buscar argumentos que me la devuelvan.

*

Ahora me acuerdo de cuando te recetaron los parches transdérmicos de rivastigmina, mamá. Eran para frenar un poco el avance de la enfermedad o reducir sus síntomas, pero a ti te dejaban bastante mareada y te hacían muy poca gracia. Además, no parabas de quejarte porque decías que te picaba mucho la espalda, supongo que porque la parte adhesiva de los parches te irritaba la piel. Cuando nadie te veía, te los quitabas y los escondías en cualquier sitio. No nos dábamos cuenta hasta el día siguiente, cuando tocaba hacer el cambio. Delia solía reñirte mucho y tú te enfadabas y le decías que se volviera a aquellos países.

Pobre Delia, con el cariño que te tenía.

*

Nunca notaste mis ausencias porque vos eras el planeta al que me iba cuando me iba.

*

Como sucede en todo campo artístico, el campo literario cuenta con agentes expertos que, de acuerdo con criterios técnicos, fijan los valores específicos a partir de los cuales se concederá o se negará prestigio a los autores. Cuando alguien se aparta de los valores internos, es considerado un intruso, una especie de caballo de Troya que se ha introducido en el campo y al que hay que expulsar cuanto antes. Sin embargo, «producir efectos en él, aunque sean meras reacciones de resistencia o de exclusión, ya es existir en un campo». Esto prueba que el campo literario es un campo de fuerzas, de posicionamientos en conflicto, un campo de luchas con «unas *plazas* que hay que defender y conquistar».

(Ideas extraídas del libro *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, de Pierre Bourdieu.)

*

Acabo de darme cuenta de que no he dicho cómo se llama la residencia de Sitges. Se llama residencia Hospital Sant Joan Baptista porque, al parecer, el edificio era antes un hospital con ese nombre y tampoco era cosa de currarse mucho el nuevo. No conozco aún al personal, pero hay una chica muy dulce, Alba, que tiene una sonrisa acogedora, de las que te inspiran confianza, y un chico encantador, Óscar, que ejerce de trabajador social. Como ahora está prohibido visitar una residencia por culpa de la pandemia, Alba y Óscar se dedican a organizar videollamadas y así los familiares podemos ver y escuchar a los residentes.

La que está sentada en el sofá de la esquina, junto a la ventana, y dice que ya se calla, que enseguida se va a callar, que se calla ya, es mi madre.

*

—Un comentario más. Dices que estás escribiendo una novela, pero a mí esto no me parece una novela.

—Pues deja que te recuerde lo que dice David Shields: «Los géneros son cárceles de mínima seguridad».

*

Cuando leo tantos comentarios estúpidos sobre la pandemia en las redes sociales ya no sé si lo que este virus provoca es la matanza de los inocentes o la conjura de los necios.

*

Nelson abusa del ambientador en la recepción y no usa desodorante. La mezcla es explosiva. Una atmósfera irrespirable. Al pasar por allí, quien más quien menos aguanta la respiración tanto como puede. Es de esas cosas que nadie le dice a nadie, pero que todo el mundo sabe. Basta con una leve sonrisa maliciosa de ida y vuelta para saber que los demás están en sintonía contigo.

Ahora daría cualquier cosa, lo que fuera, por reencontrarme con ese olor tan intenso y ver esa sonrisa de oreja a oreja con mil dientes muy blancos al descubierto. Y ya no digamos por escuchar a alguien decir que se alegra mucho de volver a verme.

*

Nunca me he enfadado y reído tanto al mismo tiempo. Aquel día pasamos los dos de una emoción a otra en décimas de segundo. Hacía poco que estábamos juntos, Mireia, y te pareció que discutir de política con tu mejor amiga había sido una pésima idea por mi parte. Ahora ya no

vas a caerle bien, me dijiste. Me puse en guardia y contraataqué con alguna impertinencia. Te enfadaste más todavía y decidiste que la conversación había terminado. Entonces lo soltaste:

—Corto y cambio.

Para seguir provocándote, sonreí con suficiencia y te corregí:

—Perdona, pero querrás decir «cambio y corto».

Estuviste muy rápida con la respuesta:

—No: corto contigo y cambio de novio.

*

Me lo explicó Noé, la jefa de enfermería de la Mutuam Collserola, y veo que tenía toda la razón. Me dijo: «Ahora es mucho más importante el tacto que las palabras». Se refería a que había llegado un punto en que las caricias, los besos, los abrazos iban a ser más eficaces para comunicarse con mi madre que cualquier intento de conversación. Tocar para expresar emociones, aprovechando que la piel nos cubre por completo y las terminaciones nerviosas se mantienen en alerta, a la espera de la promesa que traen esos labios que se acercan o del calor de esos brazos que están a punto de rodearnos.

*

Me siento un impostor que se ha colado por debajo de una verja oxidada en el campo de los novelistas, casi un mercader en el templo de la literatura. Dentro del caballo de Troya se está más o menos cómodo, pero ahí afuera los novelistas de pata negra van a enfadarse en cuanto vean que me asomo. Ellos saben que nunca hay que arriesgarse a escribir sobre cosas con fecha de caducidad y yo voy y me pongo a escribir sobre una pandemia que a lo mejor dentro de poco tiempo ya no tiene demasiado interés o lo tiene tan solo para los historiadores.

Tengo que encontrar la manera de resolver esto.

Voy a pensar.

*

Después de ver el vídeo que nos han enviado hoy desde la residencia como regalo sorpresa, tengo que decírtelo, Albert: tenías razón. Te juro que me he emocionado. Mamá caminando sola (sí, sola, sola) por el pasillo que lleva a su habitación. De acuerdo, tenía muy cerca, detrás, a una auxiliar, pero eso no le quita ningún mérito. Lo otro es muy fuerte. Hora de la cena y ella comiendo sola (sí, sola, sola), sin que nadie la ayudara. Una cucharada de aquella crema (¿de zanahoria?), ahora otra y otra, una pausa para limpiarse los labios con la servilleta, siguiente cucharada. Increíble. ¿Qué está pasando? Con esta enfermedad, por preguntas que no quede. Lo

que no hay son respuestas. ¿A qué viene esto, mamá? ¿Qué están haciendo contigo en Sitges? ¿Milagros? Ahora entiendo bien la carta de aquella auxiliar de geriatría que amaba su profesión y lamentaba que casi nadie supiera valorarla. Estaba muy cansada de todo, decía. Si conociera a los que gestionan esta residencia y a quienes ahora están cuidando a mi madre, recuperaría la fe. Estoy seguro.

Tenías razón, Albert. No me extraña que seas el preferido de media familia.

*

¿Cárceles de mínima seguridad? Lo que pasa es que los escritores os creéis James Bond, con licencia para matar (aunque la llaméis licencia poética), y por eso hacéis lo que os sale de los versos.

*

Anoche recordé nuestro peor momento. De pie, en el recibidor de mi casa, abrazados durante más de media hora. Me habías dicho que tenías dudas, que la culpa, que qué sé yo. Y luego soltaste lo de iros a vivir a una residencia. Sentí como nunca la amenaza de una despedida. Sentí que esta vez sí, que esta vez ibas a dejarme, que nuestra historia se terminaba. Intenté controlarme, pero no pude y empecé a llorar sin dejar de abrazarte. Mis lágrimas se mezclaron con el rímel de mis pestañas y mancharon el cuello de tu camisa, pero no te avisé porque no quería separarme de ti. Necesitaba llorar sobre tu cuerpo, llorar mucho sobre tu cuerpo. Al día siguiente se lo expliqué a mi amiga Elena y ella me ayudó a entender mi reacción cuando me hizo dos preguntas seguidas sin esperar ninguna respuesta a cambio:

—¿No te das cuenta? ¿Qué se hace en un velatorio?

*

Lo bueno del doctor Bertran es que es un especialista en generalidades. Los otros saben cada vez más sobre menos y al final parece que lo saben todo sobre prácticamente nada. Él sabe mucho sobre muchas cosas porque es el mejor internista de Barcelona. Me lo dijo Nora. El doctor Bertran me explicó muy bien los beneficios de un diagnóstico temprano, pero creo que se dio cuenta de que dejé de escucharlo enseguida y de que no me haría ninguna de esas pruebas que me recomendó.

*

Al final de la videollamada de hoy, mi madre nos ha mandado besos de despedida acercando una

mano a sus labios y ha dicho que nos quería mucho a todos y todos le hemos respondido que también la queríamos mucho a ella.

Luego ha prometido que hoy se callará, que se callará ya.

*

No sé cómo puedo ser tan idiota. Yo mismo la he buscado una vez más en Internet para escucharla, así que no tendría que haberme pillado por sorpresa. Suerte que no hay nadie más en casa porque no sé cómo me justificaría. Aquí ya todo el mundo se sabe *La chica del 17* de memoria. Si ahora entrara alguien, solo se me ocurriría decir en defensa propia lo que dijo no sé quién en alguna parte: «No lloro, es que se me ha metido esta canción en los ojos».

*

Estos días he podido avanzar bastante con la novela. Quiero insistir mucho en lo que significa estar separado de mi madre a la fuerza porque, por mucho que la vea y la oiga en esas videollamadas, no tocarla lo cambia todo. Se aleja más. El alzhéimer nos ha ido separando, pero cuando la cogía de la mano era como si la retuviera un rato conmigo. Venga, mamá, quédate un poco más. Solo un poco.

Ahora no hay manera de retenerla.

*

La ansiedad es la madre de todos los fracasos. Me lo recordaron hace mucho tiempo ya y no sirvió de nada. Sigo experimentando episodios de ansiedad intensa cada vez que tengo un proyecto entre manos y no logro ver el final ni entender por qué hubo un principio.

*

Hoy mi madre estaba muy dormida y no ha habido manera de que interaccionara durante la videollamada. La auxiliar insistía: venga, Pepita, que están tus cuatro hijos viéndote. Pero nada. Igual se han pasado con la medicación. ¿No vas a decirles nada? Venga, Pepita. Se notaba que la auxiliar lo pasaba fatal, como si la pobre tuviera alguna culpa. Para el último intento, ha escogido mi nombre. Va, Pepita, ¿no quieres decirle nada a David? Pepita ha contestado con un rotundo: no.

Te aviso, mamá, si me vuelves a hacer esto corto contigo y cambio de madre.

*

Dicen que Flaubert estaba obsesionado con la precisión de los detalles. Si un personaje suyo tenía que coger un tren, él tenía que asegurarse de qué trenes y a qué hora exactamente salían de aquella estación en la época en la que se situaba la historia que se contaba en la novela. Cosas del realismo.

*

Los autores de autoayuda, que son muy listos, suelen decir que si algo tiene solución no tiene sentido preocuparse, y, si no la tiene, no tiene sentido preocuparse. Me lo repito cada vez que me pongo delante del ordenador y me quedo bloqueado con la novela. ¿Qué hago? ¿Busco un final previsible? ¿Imprevisible? ¿Fiel a la realidad? ¿Fiel a la literatura?

*

Esta mañana he recibido un correo electrónico de Marc y me ha hecho mucha ilusión. Qué cariñoso. Me pregunta por mi madre, me da recuerdos para mis hermanos, me dice que se acuerda mucho de todos nosotros. Por suerte, no me cuenta nada de los residentes de Bonaire. Bueno, casi nada. Me pide permiso para darle mi teléfono a la hija de Raquel porque quiere proponerme algo. Raquel. ¿Estará bien? Qué miedo me da esa llamada. Pero no puedo negarme.

*

Se acerca el primer domingo de mayo. Día de la Madre. Recuerdo que mis hermanos y yo a la nuestra siempre le regalábamos pequeños electrodomésticos (una batidora, una sandwichera, una freidora, una licuadora) que nos beneficiaban más a nosotros que a ella. Pero nunca se quejó. Con el paso del tiempo, nos volvimos más sofisticados. Tampoco mucho: perfume, un pañuelo de cuello, unos pendientes. Creo que en realidad los regalos los pagaba siempre mi padre y a nosotros nos correspondía solo el mérito de ir a comprarlos.

Un día vi un chiste en una revista mientras esperaba mi turno en la consulta del doctor Bertran. Se veía a un hombre con algunos productos de limpieza en las manos y cara de pocos amigos, quejándose delante de su mujer porque le había regalado todo aquello para el Día del Padre. Ella, desafiante, le decía: «Son para que limpies el horno que me regalaste el Día de la Madre».

Fue automático. Tuve remordimientos. Aquel acto de venganza me hizo recordar nuestros primeros regalos a mamá y pensé que nos habríamos merecido que, por nuestros cumpleaños, ella nos regalara piezas de fruta, una bolsa de pan de molde, patatas congeladas, una botella de leche. Así usaríamos todas esas máquinas y entenderíamos por qué no hacían feliz a una mujer.

Cuatro hijos y un marido pueden sumar cinco idiotas.

*

O sea, que la camisa blanca con la mancha de rímel que nunca desapareció se convirtió en mi mortaja. Para tu amiga, digo. Suerte que me enviaste los versos de Idea Vilariño y resucité.

*

Mi madre sigue haciendo lo que le da la gana con el tiempo. Es su juguete preferido. Juega a invertirlo, a mezclarlo, a negarlo, a detenerlo. Puede estar en dos épocas distintas de su vida sin cambiar de frase. O hacer que el pasado sea su futuro.

Ya sé que no fuiste a la escuela, mamá, pero cuando te veo hacer estas cosas me recuerdas a esos filósofos que han intentado explicarnos que el tiempo es una ilusión, un proceso mental, porque en realidad vivimos en un eterno presente. Nuestra vida, dicen, no es una sucesión de momentos, sino un solo instante infinito. Solo existe el ahora. Ya sé que es difícil de entender porque siempre hemos pensado que el tiempo corre desde el pasado hasta el presente y luego hasta el futuro, así que imaginarse la simultaneidad de esos tres tiempos requiere una capacidad de abstracción bastante elevada. Y tú, sin haber ido a la escuela, incluso te atreves a plantearnos un tiempo cíclico a veces. Repites cosas sin inmutarte porque sabes que esas repeticiones no lo son en sentido estricto. Para ti, esas cosas no pasan dos o más veces, sino que, simplemente, pasan. Ya está. Una única vez, y luego otra única vez, y así sin parar. Todo esto es muy raro, ya lo sé, pero es que dicen que se le ocurrió a Nietzsche, así que muy normal tampoco podía ser. Él decía que el número de átomos que componen el mundo es finito, mientras que el tiempo es infinito, y entonces le parecía lógico que, alcanzadas las combinaciones posibles de todos esos átomos, se regresara al punto de partida. Una combinación finita en un tiempo infinito por fuerza tiene que repetirse, pensaba Nietzsche. Y ahí se le ocurrió lo del eterno retorno. Que no está nada mal porque significa que de nuevo volverás a casarte con papá y de nuevo tendrás cuatro hijos y de nuevo volveremos a estar todos juntos en casa, comiendo tranquilamente mientras nos observa desde dentro de un cuadro que nunca supe cómo llegó allí un óptico ambulante de los que debieron de existir allá por el siglo XVI o XVII.

Aunque, claro, también todo lo demás volverá a pasar de nuevo.

*

—Espero que no aspire a ser Flaubert porque estuve hablando con tu tío Cristóbal y resulta que te has inventado lo de que tus abuelos maternos hablaban catalán entre ellos y a sus hijos. En aquella casa, todos hablaban en castellano.

—¿De verdad? Pues lo recordaba distinto. Qué raro. Aunque ahora que lo dices no tendría sentido que los hermanos hablaran castellano entre ellos si sus padres les hablaban en catalán.

—Exacto. Por eso pregunté a tu tío. Y cuando me contó la verdad entendí que si tu madre ahora habla en castellano tan a menudo es porque ha vuelto a la época de su lengua materna.

—Claro. Tiene lógica.

—Sí, la lógica del alzhéimer.

*

Te enterraron en el cementerio de Collserola el 24 de diciembre de 1995 a las 10 horas y 45 minutos, Néstor Luján, así que llevas allí más tiempo que mi padre, cinco años más, casi exactos porque mi padre también murió en diciembre, pero el día 4, y lo enterramos el día 6. No sé si te habrás fijado alguna vez; está unos metros más allá, justo al doblar la esquina, a la izquierda, en un nicho a ras de suelo. Tú fuiste un experto en gastronomía y mi padre era de los que disfrutaban con una buena comida (a poder ser, finalizada con una tarta al whisky), así que no os faltarían temas de conversación.

Sí, sí, es justo al doblar la esquina. Ya sé que tiene gracia que te lo diga así.

*

¿Los jueves siguen siendo míos?

*

Los que saben de arte dicen que un bodegón es un rincón de un cuadro renacentista que, en el Barroco, se desplaza hacia el centro y exige todo el protagonismo.

Vete con cuidado, Albert, porque ayer me llamaron tío Cristóbal y tía Glòria para decirme que me quieren mucho, que saben que estoy escribiendo una novela sobre mamá, que tienen ganas de verme y que me quieren mucho. Sí, dos veces. Lo dijeron dos veces.

Me queda poco en el rincón.

*

Pregunta escuchada miles de veces en muchas partes (sobre todo en películas): «¿Hay algún médico en la sala?».

Pregunta que no se escucha nunca en ninguna parte: «¿Hay algún novelista en la sala?».

Qué ganas de decir yo.

*

Que tu lengua materna no sea la lengua materna de tu madre es motivo más que suficiente para desconfiar del lenguaje.

*

Giovanni Boccaccio, Daniel Defoe, Albert Camus, José Saramago... no dejo de encontrar autores que escribieron sobre epidemias y nos enseñaron que la literatura puede ser el mejor escudo protector frente al peor de los horrores. Es un alivio encontrar precursores de este tamaño. Igual no soy tan impostor. Se está cómodo dentro del caballo de Troya, pero empiezo a sentir claustrofobia y a lo mejor me atrevo a salir.

*

Como mi tía Flora tuvo alzhéimer y mi madre está como está, mi tío Cristóbal tiene miedo de que también a él le toque pasar por esta enfermedad. Sería muy mala suerte que los tres hermanos pasaran por lo mismo. Pero nunca se sabe. Aunque tampoco se trata ahora de sufrir cada vez que mi tío no se acuerda de algo o repite cosas. Nos pasa a todos. Cuando el otro día, en la playa de Palamós, se puso a reír y dijo que se había acordado de repente de cómo se fue mi madre de la fábrica de caramelos de la calle Trafalgar, diciendo que a ella no la echaba nadie de ningún sitio, sino que se iba porque le daba la gana, reconozco que me agobié un poco porque no hacía tanto que me había contado esta anécdota, pero luego, al ver la cara que puse, él mismo se dio cuenta de lo que pasaba y dijo: «Esto ya te lo había contado, ¿verdad?».

Menos mal. Me quedé más tranquilo.

*

Por fin el virus ha concedido una tregua y la gente ya puede salir de casa. Algunos ponen primero la punta del pie en la calle, para ver si está fría o caliente. Nadie se fía de nada. Aún tardaremos un tiempo en poder visitar a mi madre porque las residencias geriátricas tienen que ser muy cautelosas después del infierno por el que tantas han pasado. Pero ya queda menos. Ya casi puedo acariciar tus manos, mamá, y notar que siguen tan heladas como siempre, y tú me dirás que las mías están muy calientes y empezarán a hablar de sabe Dios qué, mezclándolo todo, jugando con el tiempo, y yo no voy a escucharte porque lo único que de verdad me importará es ver que sigues hablando y hablando, que sigues aquí. De un modo extraño, pero aquí.

*

Nunca me olvidaré del pañuelo de cuello que perdiste la única vez que estuvimos juntos en mi casa. Ni a ti ni a mí nos parecía buena idea profanar un espacio conyugal y por eso quedábamos siempre en tu piso de Gràcia. Los jueves eran tuyos, me lo recordabas continuamente. Pero aquel día no era jueves, sino martes, y pudimos ir a casa porque Rosa se quedó ingresada en el hospital para que pudieran hacerle varias pruebas. Era un pañuelo precioso, color crema, con el dibujo de un barco pequeño con dos velas, muy sencillo, como hecho por la mano de un niño. Lo llevabas muy a menudo y me acostumbré a él. Si cierro los ojos, todavía lo veo. Recuerdo habértelo quitado con mis labios aquel martes. Pero también juraría que te ayudé a ponértelo luego, cuando te fuiste. Debiste de perderlo de camino a tu casa, como tú misma sospechaste al día siguiente.

*

No sé cuántos novios tendrías antes de papá, pero me suenan al menos dos, y siempre decías que a sus madres les caías muy bien, que te querían mucho mucho mucho. Seguro que lo decías así porque la madre que al final fue tu suegra no te quería nada nada nada.

*

Tres llamadas perdidas. Tanta insistencia ha hecho que aumente mi miedo a hablar con la hija de Raquel. La última de las llamadas podría haberla cogido, pero no me he atrevido. Más vale que me quite esto ya de encima y llame yo. Sé que es ella porque Marc me anotó el teléfono en el correo que me escribió y lo añadí a mis contactos: Raquel (hija). Tuve que anotarlo así porque no recuerdo su nombre ni si lo supe alguna vez. Llamaré hoy mismo y me prepararé para lo que sea. ¿Por qué tiene que ser algo malo?

—¿Porque Raquel tenía más de cien años cuando la conociste?

—Ya. Mejor la llamo mañana.

*

—Esto va a salirle caro.

—No importa. Usted siga añadiendo flores. Quiero más tulipanes, y crisantemos de color malva. Y muchas rosas. Rojas, blancas, amarillas. También peonías. Las que quepan. Y combínelas con anémonas, por favor. Quiero que sea el mejor ramo de flores de toda la historia de la humanidad.

—Pues ya estamos cerca, señor.

—Sí, pero aún falta algo importante.

—Usted dirá.

—Añada dos gardenias.

*

Dentro de una semana ya estarán permitidas las visitas en la residencia. Por fin. Habrá que respetar muchas medidas de seguridad, pero al menos podré sentirme cerca de mi madre. Han pasado más de tres meses desde la última vez que estuvimos juntos y se han hecho eternos, aunque a lo mejor para ella es distinto y cuando me vea hace uno de sus malabarismos temporales y me dice que está enfadada por lo que le dije ayer.

*

La mayoría de los artículos de la sección «Al doblar la esquina» que el periodista, escritor y gastrónomo Néstor Luján publicó en la revista *Destino* entre 1946 y 1951 tienen un tono crítico con la política de servicios del Ayuntamiento de Barcelona.

*

Igual que hay fases para el alzhéimer, hay fases para los familiares de enfermos con alzhéimer. Son las mismas que se suceden cuando alguien se entera de que tiene una enfermedad terminal. Elisabeth Kübler-Ross las describió con claridad. Se trata de cinco fases: negación, cólera, negociación, depresión y aceptación. Para que se entienda: esto no puede estar pasándole a mi madre (negación), joder (cólera), me cago en la puta (más cólera), aunque peor sería la muerte (negociación), vaya mierda todo (depresión), más vale que lo asuma y me prepare para lo peor (aceptación).

Hace ya tanto que mis hermanos y yo ingresamos en la última fase que ni me acuerdo de cuando tenía la esperanza de que tantas llamadas seguidas para preguntarme lo mismo tuvieran que ver con un simple despiste o con señales de socorro emitidas desde la soledad, y no con una sombra oscura que iría creciendo demasiado deprisa.

*

Vive. Raquel vive. Increíble. Ciento tres años. Y quiere ver a mi madre. Su hija alucina tanto como yo, pero dice que no ha habido manera de disuadirla. Día sí, día también, insistía en que quería verla, hablar con ella de la Rialda, de si tenía nuevas amigas, de si la trataban bien en Sitges, de tantas cosas. Lo de que estaba en Sitges se lo dijeron precisamente porque no paraba de preguntar. Su hija me dijo que, desde la muerte de Jacob... y ya no seguí escuchando nada de nada.

Raquel viva, pero Jacob muerto. Por eso no quería saber. Se me muere un personaje y ni me entero.

Tendrían que encerrarme para siempre en el caballo de Troya.

*

No conozco a ningún familiar de las personas que están con mi madre en la residencia de Sitges, pero me caen todos muy bien. Se han reunido unos cuantos y han tenido una iniciativa estupenda para agradecer a todos los trabajadores la entrega que han demostrado estos días tan difíciles, cuidando con total dedicación a los residentes. Van a organizar un refrigerio en dos turnos, para evitar aglomeraciones, y contratarán a un músico para que amenice la fiesta. Además, van a preparar un vídeo, con montaje y realización hechos por profesionales, en el que los familiares que quieran podrán expresar su profundo agradecimiento. Finalmente, esto es lo mejor, la pintora Sonia Aguado va a regalar uno de sus cuadros (no me queda claro si lo pintará para la ocasión) a la residencia.

Con mucha elegancia, los organizadores han pedido al resto de los familiares que hagan una aportación económica que se sitúe entre los veinte y los cincuenta euros. Voy a proponer la cifra más alta a mis hermanos y sé que estarán de acuerdo porque, aunque no conozcamos a quienes han tenido esta idea, nos caen todos muy pero que muy bien.

*

Según la auxiliar que más veces aparece estos días junto a mi madre en las videollamadas, el mejor ramo de flores de toda la historia de la humanidad gustó y sorprendió tanto en la residencia que el Día de la Madre estuvo presidiendo la sala principal.

*

Me alegro mucho mucho de volver a verlo. Ya sabe que estoy aquí. Para cualquier cosa. Para lo que sea. Lo que haga falta.

*

No quiero que te vayas aún, mamá, quiero que te quedes más tiempo y por eso he construido una teoría a mi medida, un poco elemental si se quiere, a partir de todo lo que leo, y leo mucho, acerca del alzhéimer. Para nadie eres ya la misma y eso hace que te miren con lástima y piensen que esa ya no eres tú, y no te dejes engañar por las sonrisas y todas las otras muestras de cariño porque no sé a quién se las dedican, pero seguro que a ti no porque, aunque te tengan delante, no

te ven, no son capaces de verte. Creen que te fuiste hace ya mucho, pero algo me dice que se equivocan, que se han despedido de ti demasiado pronto, y me gustaría que se dieran cuenta porque me da mucha rabia que no se den cuenta y no quiero ni imaginarme la rabia que te dará a ti.

Vale que tu enfermedad está en un estado muy avanzado, pero cuando nos sorprendes con algún comentario coherente yo te reconozco, sé que eres tú quien ha dicho eso, digas lo que digas. Es que incluso utilizas tu voz de antes, ¿cómo es posible que no la escuchen? Aquí nadie me hace caso y no he conseguido que te hipnoticen para que vean que no me lo invento, que sigues ahí, escondida en el inconsciente, que emocionalmente sigues siendo tú. Te lo explicaría con lo de las dos mentes, el secuestro neuronal y la amígdala, pero es un poco complicado y además me da igual que tú lo entiendas o no; lo que quiero es que lo entiendan los demás, que despierten de una vez y aprendan a descifrar las señales que nos envías para decirnos que todavía no te has ido.

Qué rabia que no se enteren.

*

Odio las situaciones en las que alguien te saluda efusivamente, dejando claro que le hace muchísima ilusión verte, y tú ni siquiera sabes quién es. Ayer me tocó vivir una más. Primero fue el sonido insistente de un claxon. Miré a mi izquierda, como casi todos los que pasábamos por allí. Desde una motocicleta, alguien movía de un lado a otro su mano derecha mirando hacia mí. Siempre hay un momento de duda (¿seguro que es a mí?) y de miedo al ridículo, pero superada esa fase asumes que no tienes escapatoria y también sonríes y te muestras muy feliz de ver a vete a saber quién. Lo del casco ayudaba más bien poco, y encima con la visera bajada. Para no obstaculizar el tráfico, el de la moto subió a la acera y paró el motor. Quería hablar conmigo; no le bastaba con saludarme. Me acerqué a él, todavía sin descartar del todo la posibilidad del error. Por fin se quitó el casco y pude respirar tranquilo. Era Loren. Menos mal. Ya no tuve que disimular más porque de verdad me hizo ilusión verlo y poder hablar con él después de tanto tiempo.

Me contó que en su familia estaban todos bien, que su hija mayor estudia ya en la universidad (Filología Clásica), que sigue haciendo magia de vez en cuando y que su madre tiene alzhéimer. Mira por dónde. Alzhéimer. La está cuidando él en casa, pero ya no puede más y ha decidido llevarla a una residencia, la misma en la que estuvo su tía durante ocho años. En unos diez días la llevará. Ha escogido esa residencia porque guarda un buen recuerdo de la estancia de su tía, que estuvo siempre muy a gusto allí y que, además, olía siempre muy bien. Mi tía nunca olía a vieja. Repitió esta frase al menos tres veces. Debía de oler verdaderamente bien la tía de Loren porque cuando un día lo llamaron desde la residencia para decirle que la grúa había fallado y que su tía se había caído al suelo mientras la llevaban al baño, él se preocupó, pero no se enfadó con las

auxiliares ni con la dirección. La tía de Loren se había dado un fuerte golpe en la cabeza y a los pocos días murió. Pero olía tan bien que Loren no puso ninguna denuncia y seguramente por eso ahora en la residencia no han tardado nada en encontrar plaza para su madre.

No conozco a la madre de Loren, pero sé que dentro de diez días va a oler a rosas.

*

—Hola, mamá, ¿cómo estás? ¿Me reconoces? Cuánto tiempo, ¿verdad?

Silencio. Insisto:

—Mamá, amor, hola. ¿No vas a decirme nada?

Al silencio se le suma ahora un gesto de indiferencia. Vaya éxito.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿No te hace ilusión verme?

Por fin alguna palabra pronunciada casi sin despegar los labios. No he entendido nada. La auxiliar me ayuda y se pone en el papel de intérprete.

—¿Qué le has dicho a tu hijo, Pepita?

Mi madre repite, supongo, lo que ha dicho antes. Sigo sin entender. La auxiliar sí que parece haber entendido algo.

—Dice que está enfadada.

—¿Enfadada? ¿Conmigo? ¿Por qué?

De nuevo sus labios se despegan mínimamente, la auxiliar asiente con la cabeza, me mira y traduce:

—Por lo que le dijiste ayer.

*

Mi padre tenía una barriga considerable. Su pelo estaba repleto de canas, con unas curiosas ondas que le quedaban a la altura del flequillo y que ningún peine conseguía alisar. De joven había llevado bigote, pero yo nunca lo conocí así. Solo se ponía las gafas para conducir y para ver la televisión, aunque en realidad tendría que haberlas llevado siempre porque tenía una miopía de más de cuatro dioptrías en cada ojo. La piel de su cara estaba siempre enrojecida, sobre todo en la zona de las mejillas, como si hubiese bebido más vino de la cuenta, cosa que nunca llegó a suceder porque bebía más bien poco y, por cierto, nunca fumó.

Un día fui a comer con Mireia al restaurante La Menta, en Palamós, y el señor que nos atendió era muy parecido a mi padre. Mireia y yo nos miramos, los dos con los ojos muy abiertos, y no hizo falta que ninguno le explicara al otro por qué lo miraba así. La situación nos impresionó sobre todo porque no hacía tanto que mi padre había muerto y, de repente, verlo un poco allí, delante de nosotros, tratándonos con tanta amabilidad y anotando lo que queríamos

comer, en fin, no sabría explicar bien la sensación, pero era extraña, a la vez incómoda y agradable.

Algunos años después, pasé por delante de La Menta con mi madre y le conté esta anécdota pensando que le haría gracia. Sintió mucha curiosidad y me preguntó cómo era ese señor que nos había atendido. Se lo dije: con una barriga considerable, pelo canoso, con ondas en el flequillo, con la piel de las mejillas muy roja. Mi madre se sorprendió. «Pero ¿cómo que con barriga?, si tu padre era muy delgado», dijo.

Lo entendí enseguida: ella no pensaba en mi padre, sino en su novio. Estábamos en Palamós, pero igual estábamos tan lejos de allí...

*

Al día siguiente de la única vez que estuvimos juntos en mi casa y perdiste tu pañuelo, me enviaste aquella nota a la oficina del banco con una sola frase: «Me quedaría a vivir para siempre en el día de ayer».

Yo viví mucho tiempo allí.

*

Mañana es el gran día. Hemos quedado en la esquina de Diagonal con Bailèn. A las diez en punto de la mañana. Yo las recogeré en coche y nos iremos a Sitges. Por fin Raquel podrá saludar a mi madre.

*

Hacia el final de *Incerta glòria*, la gran novela de Joan Sales, se cuenta un chiste que apareció en un seminario satírico de Barcelona y tuvo mucho éxito. Un hombre entra en un bar y pide un vermut sin olivas. El camarero le replica: lo siento, pero tendrá que ser sin anchoas porque se nos han terminado las olivas.

Aplicar una lógica absurda en cualquier situación tiene siempre un efecto cómico, pero aquí la gracia está en que funcionara este chiste en un momento en que la miseria lo impregnaba todo porque no había nada. ¿Reír por no llorar? Puede que sea eso. Y además es sano reírse de cualquier cosa. Ya basta de lo políticamente correcto y de tanta hipocresía moral.

Miento y voy a dejar de mentir cuando digo que ya no me hacen gracia los chistes sobre el alzhéimer.

*

Dime la verdad, mamá. No tienes la menor intención de callarte. La verborrea es tu aliada. Lo haces a propósito. Sabes que el día que te calles todo se habrá terminado y la parte de ti que queda en ti se niega a la derrota frente al alzhéimer. Hablas y hablas porque te sientes viva y te resistes a perder el control por completo. Haces bien. Es como lo de la fábrica de caramelos de la calle Trafalgar, ¿a que sí? A mí no me echa nadie de ningún sitio, me voy yo porque me da la gana. Te irás cuando tú lo decidas, cuando ya no puedas más. Dices que te callarás enseguida, que te vas a callar ya, pero los dos sabemos que es mentira. Nosotros sufrimos al verte así, sufrimos mucho. Tú, en cambio, sigues y sigues hablando porque estás saboreando tu victoria.

*

Libertad (por fin sé su nombre) me ha dicho que su madre estaba emocionada, pero no hacía falta que me lo dijera porque la mirada de Raquel lo decía todo. La mirada y el regalo que ha traído para mi madre. Enseguida he reconocido la pelota que usaba la doctora Parra para estimular a sus pacientes. Qué gracia. La he dejado en el hueco que hay entre el cambio de marchas y el freno de mano para evitar que se cayera debajo de algún asiento. Se han sentado detrás las dos y ha sido un viaje muy agradable porque Libertad ha resultado ser una mujer de conversación muy interesante. Yo no quería hablar de literatura, pero ella sí y me ha sorprendido su gusto exquisito. No solo los previsibles Borges, Cortázar, Puig o Saer; también me ha hablado de Bolaño, y de Piglia, y de Aira. Incluso de Horacio Vázquez Rial, a quien conocí en 1991 y recuerdo que me regaló uno de sus libros, *La reina de oros*, con una dedicatoria que decía: «La ansiedad es la madre de todos los fracasos». ¿Por qué debió de escribirme aquello Vázquez Rial? La voz ha sonado distinta cuando Libertad me ha hablado de Antonio di Benedetto. No he tardado en saber que ella y su madre son de Mendoza, aunque ella vino a Barcelona con siete años y aquí sigue. A medida que la confianza ha ido imponiéndose, me he atrevido a contarle mi gran secreto. Le he dicho que estoy escribiendo una novela y que nuestras madres son las protagonistas. En el espejo retrovisor, los ojos de Raquel se han hecho gigantes.

—¿Y cómo vas a titularla? ¿*Thelma y Louise*?

La ocurrencia de Libertad me ha parecido genial y hasta me ha inspirado un posible título para la novela, algo así como *Mi madre y La chica del 17*, pero no lo tengo muy claro aún. Ya veré qué hago.

*

Te gustaba ir a la playa, pero nunca aprendiste a nadar y, cuando el agua te llegaba hasta la cadera, saltaba la alarma. Tenías mucho miedo a ahogarte. Ni siquiera te mojabas el pelo cuando te duchabas porque no soportabas la sensación del agua cayendo sobre tu cara, así que solo en la peluquería dejabas que te lo lavaran. Yo me encargué de contarle en Bonaire y Albert en la

Mutuam, pero nadie se acordó de avisar en Sitges y por eso te pusiste como te pusiste el primer día que quisieron ducharte. Dicen que te transformaste. Con lo tranquila que parecías. Se ve que los gritos se escucharon incluso en el jardín. Ayer nos lo recordaba Alba mientras nos contaba cómo ha sido tu evolución en la residencia. Nos hablaba a nosotros, pero te miraba a ti todo el rato y te preguntaba cosas («¿A que sí, Pepita?», «¿Te acuerdas, Pepita?»). He comprendido que aquí ya te han cogido cariño. Yo tampoco miraba a Alba todo el rato porque sentía la necesidad de explorar a mi alrededor en busca de personajes literarios interesantes. Así empezó todo. En Bonaire. Igual también todo terminó allí.

*

Se cuenta que, al morir un tío suyo, Balzac heredó bastante dinero y daba la noticia de la defunción más o menos así: «Ayer por la noche, mi tío y yo pasamos a mejor vida». Me acordé de esto el otro día. La portera de mi comunidad me avisó de que había muerto la madre de un vecino y, cuando por la tarde me crucé con él y le di el pésame, me llamó mucho la atención la frialdad con la que me dijo que su madre era mayor y ya le tocaba. Ley de vida, añadió. Lo miré como la muchedumbre miró a los asesinos de *A sangre fría* cuando por fin los detuvieron: con el asombro de descubrir que tenían forma humana. La mejor respuesta a un tópico es otro tópico, así que le dije: madre solo hay una.

Pero pensaba en la mía, no en la suya.

*

—Buenos días, muy buenos días. ¿Qué tal todo? ¿Y las niñas? Hoy viene muy bien acompañado.

A Libertad le ha encantado tanta amabilidad y que Nelson se ocupara enseguida de coger a Raquel de un brazo y acompañarla hasta el ascensor. Cuando nos vayamos, le encantará que Nelson le diga que ha sido un placer enorme conocerla y que a ver si vuelve pronto.

*

Lo busqué en el *Diccionario de mitología* de Pierre Grimal por pura curiosidad. Es extraño que no se me hubiera ocurrido antes porque consulto a menudo ese diccionario, normalmente por culpa de Góngora. Empecé por Lete, que me sonaba menos. Lete, el Olvido, es hija de Éride (la Discordia) y, según una tradición, madre de las Cárites (las Gracias). Había dado su nombre a una fuente, la Fuente del Olvido, situada en los infiernos, de la que bebían los muertos para olvidar su vida terrestre. Solo leí hasta aquí porque estaba impaciente por saber lo otro. Mnemósine es la personificación de la Memoria. Es hija de Urano y Gea y pertenece al grupo de

las Titánides. Zeus se unió a ella en Pieria durante nueve noches seguidas, y al cabo del año le dio nueve hijas: las Musas. Existía una fuente de Memoria frente al oráculo de Trofonio.

Eso es lo que me sonaba y ya he podido confirmarlo. Había dos fuentes: la del Olvido y la de la Memoria. Mamá, a ti el nefrólogo siempre te reñía porque bebías poca agua y eso era fatal para tu único riñón. Lo que no entiendo es por qué no te indicó nunca cuál era la fuente correcta.

*

No sabría decir si mi madre la ha reconocido o no. Tal vez. Siempre ha sido muy elegante en el trato y puede que solo la haya abrazado porque ha visto que Raquel iba a abrazarla. Luego las hemos dejado solas en el jardín para que se contaran sus cosas. La chica del 17 y la de la Gavina Azul juntas de nuevo. Seguro que han hablado de Dolors, y de la pobre Aurora, y de Xavier y Marc. Y de Jacob. Seguro que han hablado de Jacob. Las puertas del Passatge de la Concepció van a estar ya cerradas para siempre. Y se terminaron las notas y las miradas clandestinas. Y las sonrisas de punta a punta del comedor de Bonaire.

*

Habré leído unas cinco o seis veces *El extranjero*, de Camus, y me sigue impactando esa manera de comenzar la historia.

Hoy ha muerto mamá. O quizás ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo: «Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias».

No voy a negar que estas palabras tienen ahora otro significado para mí y me llevan a pensar en lo inevitable. ¿Será así? ¿Me llamarán un día? ¿Llamarán a Albert y luego Albert llamará al resto de los hermanos? ¿Qué estaré haciendo justo en ese momento? ¿Estaré haciendo algo importantísimo que enseguida se volverá insignificante? ¿Y la causa? ¿Una infección? ¿Neumonía?

*

Mi madre contaba siempre una anécdota protagonizada por mí que le hacía mucha gracia. Decía que, un día, cuando yo tenía siete u ocho años, la señora María, nuestra canguro de las tardes, me dio dinero para que comprara chucherías en el quiosco de la esquina y me dijo que luego le diera la vuelta. Al parecer, yo fui hasta el quiosco, me gasté todo el dinero y luego volví a casa por el camino más largo, rodeando toda la manzana. Cuando la señora María me vio, extendió una mano y me preguntó: «¿Y la vuelta?». Se ve que yo respondí «ya la he dado», y mi madre, que

estaba allí al lado, estalló en una risa espontánea y siguió riéndose durante años cada vez que recordaba este episodio.

Es muy probable que a esa edad yo todavía no supiera lo que significaba en ese contexto «dar la vuelta», o puede que sí lo supiera y decidiera gastarme todo el dinero y hacerme luego el tonto para que no me riñeran. Si fue esto último lo que pasó, me alegro porque no me importa nada que la anécdota me haga quedar como un tonto cada vez que alguien de la familia la recuerda si a cambio obtuve un montón de chucherías y, sobre todo, esa risa espontánea de mi madre que ya nunca más volveré a escuchar.

*

Cogidas de la mano, como en los viejos tiempos, aunque a saber qué significará esta expresión para una centenaria y una enferma de alzhéimer. Solo hablaba Raquel, pero mi madre no dejaba de sonreír a su amiga de aquellos países y de dejarse acariciar la mano por ella. La verborrea desaparecía con esas caricias.

Mientras tanto, Libertad y yo paseábamos por el jardín sin perderlas de vista. Al principio hablábamos de cosas triviales, pero luego ella me contó detalles interesantísimos de la vida de su madre, como el del tatuaje, quién iba a decirlo, que se hizo cuando estaban tan mal vistos y eran casi inconcebibles en una mujer.

*

Los pensamientos puestos en el papel no son, en general, más que las huellas de un paseante en la arena; se ve el camino que ha tomado, pero para ver lo que ha visto hay que emplear sus propios ojos.

—Esto lo escribió Arthur Schopenhauer.

—¿Y por qué lo copias ahora?

—Porque me encantaría saber qué veis los demás a partir de mis huellas en la arena.

—Yo te veo a ti en todas partes, aunque no aparezcas en ninguna.

—Es que al final aprendí a jugar al escondite mejor que mi hermano Ricard.

*

¿Necesitan algo? Recuerden que estoy aquí. Para lo que sea. Cualquier cosa. Solo tienen que avisarme.

*

Aparte de algunas resurrecciones (¿y de la propia?), y aparte también de alguna multiplicación

sorprendente (panes y peces) y de alguna transformación muy necesaria (el agua en vino), Jesús de Nazaret hizo, según los Evangelios, los siguientes milagros: tres curaciones de ceguera, dos de lepra, una de fiebre, otra de hemorragia, otra de brazo seco, otra de sordomudez, otra de parálisis, otra de cojera y otra de hidropesía.

Tiene mérito. Pero, francamente, no sé si habría conseguido que mi madre volviese a caminar después de tanto tiempo sin moverse de la silla de ruedas. Agustí, el fisioterapeuta, estaba tan orgulloso de su hazaña que no pudo evitar presumir un poco delante de mí. Rodeó a mi madre por detrás con un brazo y a Raquel con el otro y se paseó con ellas por el jardín. Viendo esa escena pensé que en una época bastante lejana muchos hombres habrían deseado estar en el lugar de Agustí.

*

Las palabras con las que Libertad intentaba que yo me hiciese una idea de cómo había sido su madre tiempo atrás desprendían orgullo y admiración a partes iguales. Ambos sentimientos crecieron, y se notó mucho, cuando me explicó que Raquel vivió siempre unos pasos por delante de su época y que por eso entre sus amigas tenía fama de ser demasiado moderna. Justo entonces, entre risas descontroladas que presagiaban ya la anécdota estrella, me contó lo del tatuaje que se hizo cuando eran solo cosa de marineros, presidiarios y otros tipos duros que se grababan en la piel un nombre de mujer y otras marcas para recordar alguna que otra proeza. «El de mi madre anunciaba ya el tipo de tatuaje que se harían luego los *hippies*. Era una paloma con una rama de olivo en el pico. El símbolo de la paz. Lo tenía en el costado derecho, más cerca del pecho que de la cintura.» No había terminado aún de pronunciar estas palabras cuando debió de adivinar en mis ojos lo que se me acababa de ocurrir y se apresuró a borrar de un plumazo mi fantasía.

—Hoy es casi imperceptible.

*

¿En qué se mete la chica del 17?

¿De dónde saca para tanto como destaca?

Me resultaba imposible mirar a Raquel allí, en el jardín, junto a mi madre, y no pensar en la canción.

*

—David, veo que me has llamado antes.

—Creo que te equivocas, mamá.

—¿No me has llamado?

—No, no te he llamado.

*

A Libertad se le ocurrió que podríamos ir a comer los cuatro a algún restaurante cercano para celebrar el reencuentro. Me pareció una idea genial y llamé a mi hermano Albert para que nos recomendara algún lugar. Me habló de un sitio ideal, en lo alto de una colina, con vistas al mar. Era el escenario perfecto. Incluso estuve tentado de convertir a Albert en mi hermano preferido, pero hasta ahí podíamos llegar.

Para que Raquel y mi madre no tuvieran que caminar demasiado, aparqué tan cerca como pude, en una calle bastante empinada. Ni siquiera tuve que maniobrar porque no había más coches aparcados, anuncio claro de que íbamos a estar solos en el restaurante. Ver comer sola a mi madre, aunque necesitara mi ayuda constantemente, me hizo feliz. Y poder tocarla de nuevo, notando sus manos frías entre las mías. El plan dejó de ser tan perfecto cuando ella se sintió inquieta y empezó a hablar de forma acelerada y a querer levantarse de la silla una y otra vez.

*

Me encantan los lugares con arrugas, poder leer en ellos las marcas del tiempo, imaginarme quién estuvo allí antes, cómo vivía, qué sé yo. La casa que Mireia y yo compramos en Calonge es del siglo XVIII, de hacia 1735, y la reconstruimos con mucha ilusión, pero en cuanto tú la viste, mamá, disimulaste fatal. A ti las arrugas no te van en ningún sentido. «Si a vosotros os gusta...», dijiste. No tuviste que decir nada más para que viéramos que no entendías cómo era posible que, con las casas tan modernas que había, hubiésemos escogido una de tres siglos atrás. Oscura, además. Con las paredes de piedra («las pintaréis, ¿verdad?») y el techo con vigas de madera y bóveda catalana («¿esto se quedará así o hay que taparlo?»).

*

—Oye, ¿tú qué prefieres tener, párkinson o alzhéimer?

—Mil veces párkinson.

—¿Por qué?

—Porque prefiero derramar un poco de vino que olvidar dónde he dejado la botella.

Pues sí, me he reído. ¿Qué pasa?

*

Antes de que mi madre nos dijese a su manera que era mejor volver a la residencia, durante la comida Libertad insistió en que le hablara un poco de la novela que estaba escribiendo. Seguí con mis mentiras y le dije que iba a ser la historia de una gran amistad descubierta al final de la vida. Me gustó cómo sonó y pensé que a lo mejor tendría que enfocarlo desde esa perspectiva. Libertad quiso saber más y, ayudado por el vino, le conté medias verdades. No dije nada de Jacob porque no habíamos tocado ese tema y yo no sabía hasta dónde sabía ella. De Dolors sí que le hablé. Le conté lo de convertirla en un personaje distante y cínico, pero con algún desliz sentimental. Le gustó. Me dijo que la veía claramente así. Como mostraba tanto interés, le prometí que si publicaba la novela le regalaría el manuscrito. Le aclaré que me refería a que le regalaría la copia impresa que contendría todas las correcciones hechas de mi puño y letra, que es como suelo trabajar. Ella sonrió, me dio las gracias y me dijo que, en cuanto yo muriera, lo vendería enseguida y así se haría rica. Entonces le dije que si yo fuese un perfecto caballero iría inmediatamente al baño y, al cabo de unos segundos, se escucharía un disparo.

Borges nos había unido y los dos lo sabíamos.

*

Iba a comerse el mundo, pero se lo tragó la tierra. Hace unos años me propuse escribir una novela y no pasé de esta primera frase a la que no quiso seguirle ninguna historia. Esta vez necesito ayuda para poder terminar la que estoy contando ahora. Tengo una llamada pendiente y voy a hacerla ya.

*

Qué curioso. Cada vez tengo más facilidad para acordarme de cosas que pasaron hace mucho tiempo y de las recientes me olvido a menudo. Cuando antes he hablado del quiosco que estaba en la esquina de mi calle, el de las chucherías, he recordado enseguida a Ciscu y a Eulàlia, su mujer, que eran quienes llevaban el negocio. Él era amable, pero lo justo, y muy serio. Ella era un encanto. Los dos murieron hace ya tiempo, así que no me extrañaría que ayer o antes de ayer mi madre los viera y estuviera charlando con ellos. Mi padre compraba el periódico cada día en aquel quiosco, y yo chucherías hasta una cierta edad y luego sobre todo cómics de Spiderman. Cuando tuve ya muchos, Eulàlia me propuso encuadernarlos y yo acepté encantado. No era muy caro y a mis padres les pareció bien. Tardé unas semanas en ver el resultado y recuerdo la enorme ilusión que me hizo. Mis cómics ya no eran cómics: eran un libro. Eulàlia los había dignificado. Digan lo que digan, yo sé que fue ella, y no Will Eisner o Art Spiegelman, quien inventó la novela gráfica.

*

Nunca tuve valor para contártelo. Ocurrió en plena noche, en la residencia. Serían cerca de las cuatro de la madrugada. De repente, se abrió la puerta de mi habitación y pensé que era Pili haciendo su ronda de siempre. Pero no era Pili. Era Rosa, tu mujer. Me incorporé como pude, sobresaltada, y le pregunté si se encontraba bien, si le pasaba algo. Sabía que no podía contestarme, en su estado, pero fue una reacción natural. Algo tenía que decir. Supuse que lo mejor sería avisar a Pili llamando al timbre para que se encargara de la situación, pero no hizo falta. Rosa se acercó lentamente, ya sabes que le costaba andar, y cuando estuvo muy cerca puso una mano en el bolsillo derecho de su batín, sacó algo y me lo entregó. Ni lo miré. No podía apartar la mirada de esos ojos tan brillantes en los que se adivinaba un esfuerzo sobrehumano para no llorar. Se fue como había entrado, arrastrando los pies, sin doblar las rodillas. Luego sí que miré lo que me había dado. Lo reconocí casi con horror. Mi pañuelo color crema con el dibujo del barco de dos velas en una de las esquinas. Lo había tenido ella todo este tiempo y ahora me lo devolvía. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Lo sabes, Jacob?

*

Ya no estábamos solos. Varias mesas habían empezado a ocuparse y mi madre molestaba demasiado con su verborrea, así que decidimos que lo mejor sería pedir la cuenta, volver a la residencia y luego seguir hasta Barcelona para dejar a Raquel en Bonaire. Al despedirnos, Libertad y yo prometimos organizar pronto otro encuentro entre nuestras madres, con comida incluida, aunque no creo que ninguno de los dos se planteara en serio esa posibilidad.

De vuelta a casa pensé en Jacob, en cómo cuidaba de mi madre y en sus largas caminatas por los pasillos de la residencia para que le bajara el azúcar.

Sentí una pena infinita.

*

La mayoría de la gente recuerda el cuplé *La chica del 17* por la película *Dos chicas de revista*. *Castizo* y *pícarón* son los adjetivos que más veces se utilizaron para hablar de él. Lo estrenó Mercedes Serós en 1926, pero lo popularizaron otras grandes cupletistas. En Argentina, por cierto, Libertad Lamarque.

Qué poco debió de costarte encontrar un nombre para tu hija, Raquel.

*

Anoche estuve pensando en un par de finales posibles para la novela. Incluso llegué a desarrollarlos y me gustaban bastante, pero mientras los releía para decidir cuál de los dos podría

funcionar mejor me di cuenta de que ninguno estaba a la altura. Ambos eran, no sé cómo decirlo, demasiado novelescos. Contenían una dosis de ficción muy elevada y yo quería quedarme un poco más cerca de la realidad. Yo solo quería hablar de mi madre, de Pepita Piquer, la mujer que no quería que sus hijos la llevaran a una residencia y por culpa del puto alzhéimer acabó estando en tres.

*

Sí, mamá, sé que vas a callarte enseguida, que estás a punto de callarte, que te callarás ya.

*

—Lia y Lena, venid un momento. Por favor.

Dos caras de fastidio se acercan poco a poco. A saber qué cosa tan interesante habré interrumpido.

—Necesito que me hagáis una promesa.

—Tú dirás, papá.

—Tenéis que prometerme una cosa.

—Sí, eso ya lo has dicho, papá. ¿Qué cosa?

—Prometeme que nunca nunca...

—¿Que nunca qué?

—Que nunca... Bueno, nada, da igual.

Quédate más tiempo
David Viñas Piquer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Archivo familiar

© David Viñas Piquer, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

© de la cita de *Duérmete, niño*, Eduard Estivill y Sylvia de Béjar, Plaza y Janés, 1996.
© de la cita de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, Dale Carnegie, Elipse, Edhasa, 2010.
© de la cita de *Inteligencia emocional*, Daniel Goleman, Kairós, 2010.
© de la cita de *La lectura, los libros y otros ensayos*, Arthur Schopenhauer, p.170, Editorial EDAF, 1996.
Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las citas. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, la editorial ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2022

ISBN: 978-84-233-6081-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

